

“LA BARRA NUNCA PIERDE”

Onésimo Rodríguez Aguilar

“LA BARRA NUNCA PIERDE”

Performance del conflicto y política
en las hinchadas de fútbol





© EUNA Editorial Universidad Nacional
Heredia, Campus Omar Dengo, Costa Rica
Teléfono: +506 2562 6750
Correo electrónico: euna@una.cr
Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)
La Editorial Universidad Nacional (EUNA) es miembro del
Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEUCA)

© “La barra nunca pierde”. Performance del conflicto y política en las hinchadas de fútbol
© Onésimo Rodríguez Aguilar

Primera edición: 2023
Dirección editorial: Marianela Camacho Alfaro
marianela.camacho.alfaro@una.cr
Diseño de portada: Programa de Publicaciones e Impresiones de la UNA

305.8
R696b Rodríguez Aguilar, Onésimo Gerardo
La barra nunca pierde : performance del conflicto
y política en las hinchadas de fútbol / Onésimo Rodríguez
Aguilar. -- Primera edición. -- Heredia, Costa Rica :
EUNA, 2023.
186 páginas ; 24 cm

ISBN 978-9977-65-758-5

1. GRUPOS SOCIALES 2. FÚTBOL 3. ETNOGRAFÍA 4. CONFLICTOS 5. ASPECTOS SOCIALES I. Título

De conformidad con el artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción con fines educativos).

*Para Yulita:
por toda la alegría y el amor que nos regalaste.*



AGRADECIMIENTOS

Este libro ha sido posible gracias a los esfuerzos y compromisos de muchas personas. En consecuencia, lo que acá expongo, sugiere ser un logro colectivo, permitido por el propio estado de derecho y la propia ciudadanía costarricense, la cual, con sus contribuciones, hace posible la existencia de una institucionalidad académica capaz de generar y difundir diversos tipos de conocimientos.

Las personas integrantes de las hinchadas son, por supuesto, parte de esas “muchas personas” y de la “ciudadanía costarricense”, que están directamente relacionadas con los alcances de este documento. Me refiero, de manera precisa, a la Ultra Morada y la Garra Herediana¹, dos de las organizaciones adscritas al fútbol más longevas del escenario barrista del país. A ellos y ellas, todo mi reconocimiento por permitir acercarme a sus vidas y contradicciones cotidianas, las cuales están atravesadas por tensiones y conflictos, pero también por alegrías y celebraciones mediadas por un cariño intenso al club de preferencia.

Retomando lo esbozado en el primer párrafo de esta sección, es fundamental acotar que, en nuestro país, existe –todavía y a pesar de diversos intereses económicos y políticos– una institucionalidad pública universitaria fuerte, desde donde se realizan muchísimas investigaciones en los más diversos campos del saber y conocimiento.

Lo anterior hace que sea imperioso agradecer a dos centros de investigación pertenecientes a las dos casas de enseñanza universitaria pública

1 La Ultra se adscribe al Deportivo Saprissa S.A., y la Garra, al Club Sport Herediano, ambos, clubes de fútbol masculinos de la Primera División de Costa Rica.

más importantes del país, de Centroamérica y el Caribe, me refiero al Centro de Investigaciones Antropológicas (CIAN) de la Universidad de Costa Rica (UCR) y al Instituto de Estudios Sociales en Población (IDESPO) de la Universidad Nacional de Costa Rica (UNA), lugares desde donde fue posible imaginar y concretar este libro².

Lo anterior implica la responsabilidad de una constante vigilancia con el desarrollo de procesos investigativos rigurosos, éticos y con cercanía social, que permitan, por un lado, evidenciar -como decía Walter Benjamin (1940)- las historias subterráneas de los vencidos y, por otro, el análisis de -en este caso particular- procesos socioculturales y su precisa difusión por los medios que estén a nuestro alcance.

Otras personas cuya acción fue determinante para que este escrito culminara y se publicara fueron los/as estudiantes de la UCR y de la UNA, no solo los/as que participaron en la recolección y sistematización de cierta información contenida en las siguientes páginas, sino, todos/as aquellos/as con los cuales pude compartir algunos datos preliminares en los diferentes cursos que he impartido en dichas casas de enseñanza.

Quisiera agradecer también el aporte de mis amigos/as, en especial al Dr. Mario Zúñiga Núñez, quien hizo una lectura rigurosa y comprometida de una versión preliminar de este documento; mis colegas, hermanas, sobrinos y a mi madre, quienes, de diversas, entretenidas y creativas formas, han empujado la realización y conclusión de este libro.

Mi sentido reconocimiento a la Dra. Rosana Guber, maestra y amiga, por sus aportes en el campo de la metodología etnográfica y por haber tenido la gentileza de escribir el prólogo de este texto.

Finalmente, a todas las personas que tuvieron que ver, de alguna u otra forma, con las líneas acá redactadas, les quiero expresar todo mi cariño y admiración, porque escribir un libro está lejos de ser una creación individual.

2 Desde estos dos espacios se gestaron y desarrollaron las dos pesquisas que nutren este libro. Desde el CIAN trabajé con la Ultra Morada y desde el IDESPO, con la Garra Herediana.

ÍNDICE

PRÓLOGO	13
INTRODUCCIÓN. Una etnografía con las barras organizadas de fútbol.....	17
Fabricio: “La barra nunca pierde” y sus prácticas plurales	20
Un libro sobre la experiencia con las hinchadas	25
Experiencia etnográfica con la Ultra y la Garra.....	27
¿Qué exactamente quise estudiar?	31
Cartografía de un libro sobre hinchadas.....	32
CAPÍTULO I. “¡Dios guarde mi mama se diera cuenta!” El desconocimiento público de la “descivilización” de las hinchadas	37
Claudio: “ser herediano es un estilo de vida”	39
Civilización, descivilización y outsiders.....	41
“A estos huevones les interesa ocasionar caos... que el mundo arda”	44
“Sos mi vida, mi pasión, mis alegrías”: el desconocimiento público de los/as descivilizados/as	58

CAPÍTULO II. “¡No le pegué uno solo, porque usted es mi compa!”	
La trastienda en las hinchadas y el abogado con aguante.....	71
Jairo: el outsider de los outsiders.....	73
Región frontal y región posterior.....	76
“Los odio, pero tengo amigos ahí”. La trastienda en las hinchadas.....	77
El abogado con aguante.....	89
“Tenga cuidado, pito”. Etnografiando dos barras de fútbol.....	94
CAPÍTULO III. “Mae, me jalé una torta”. La performance	
del conflicto en las barras organizadas de fútbol.....	103
Orko. “El fútbol no da para tanto... descivilizado”.....	105
La performance del conflicto.....	107
Mujeres desleales.....	112
Estructura, organización y liderazgo en las barras organizadas	
de fútbol.....	122
La rebeldía y exclusión de Jairo.....	126
El Norte contra el Sur.....	129
La barra de “Orko”.....	135
“Militancia”, “inteligencia” y cooperación en el reino de las peñas.....	147
La manta de la familia.....	155
CONCLUSIONES. “Las cosas no se arreglan así”: un vuelo rasante	
con los/as descivilizados/as del conflicto.....	161
Un vuelo rasante con las hinchadas de fútbol.....	163
La cara oculta de los descivilizados y su performance del conflicto.....	166
BIBLIOGRAFÍA.....	171
Noticias en medios de comunicación.....	182
Entrevistas.....	184

PRÓLOGO

Este libro que has comenzado a leer en tu pantalla, tu celular o, incluso, en un volumen compuesto por páginas encuadernadas con tapa y todo, es una puerta a distintos modos de vivir una pasión. La misma pero distinta, singular y plural. En ese trayecto y sus múltiples ramificaciones aprenderás sobre los “barristas” ticos, es decir, los primos hermanos costarricenses de los hinchas o torcidas, las barras bravas de Sudamérica. Ese aprendizaje te hará pensar en las similitudes y en las diferencias, y también en otras dimensiones de la vida social que están asociadas a ese mundo o que ese mundo alude, evoca y muestra, que no se te habrían venido a la cabeza si no hubieras decidido transitar esta aventura.

Así es *La barra nunca pierde*, la interesante, profunda y, sobre todo, comprometida apuesta que nos regala su autor, Onésimo Rodríguez Aguilar, en todas sus identidades actuales (puestas en acto) y sensibles (que denotan capacidades para el sentimiento y la reflexión).

Desde una cuidada prosa y con un sólido argumento, Onésimo el Tico te hará saber de muchas maneras que su investigación y este texto fueron elaborados, cultivados y pensados con referencia a su país. Te lo hará saber por cómo escribe y cómo se presenta, por cómo se involucra, y porque en su exposición te hará escuchar modos nativos de expresarse que él mismo emplea, y te hará saber de aquel espectro futbolístico que él mismo comparte.

Desde su identidad de simpatizante del Deportivo Saprissa, Onésimo el Saprissista se interna en la barra “Ultra Morada” para saber cómo son, qué es ser barrista y todo cuanto supone ser barrista en la opinión pública y en los medios de comunicación. Tan violentos, adictos y alborotadores

como apasionados, equilibristas, políticos y negociadores. Pero si ser barrista es vincularse (como sea) con otras barras, Onésimo el Saprissista se aventura por los pasajes de La Garra Herediana, la barra del Club Sport Herediano. Y lo hace casi al mismo tiempo, pasando de una a otra, mientras cada cual marca su territorio, se roban las “camisas” (Costa Rica) o “camisetas” (Argentina), los tambores y los trapos o banderas. Tarea nada fácil.

En ese ir y venir, Onésimo el Etnógrafo les ha advertido a sus interlocutores desde el comienzo su identificación con el Saprissa, pero que, de igual forma, puede llevar a cabo un estudio para la Universidad de Costa Rica donde, desde el 2020, dirige el Centro de Investigaciones en Antropológicas (CIAN). Dos pasiones que suben y bajan a lo largo de las pantallas/páginas que has comenzado a leer. Y pese a que la costumbre estrictamente clasificatoria de los barristas, acompañada por sentires definitivos y vociferados, haga difícil comprender ese cruce de fronteras sin ser tachado de traidor, garreros y morados lo comprenden y lo toleran y lo usan, pero siempre lo protegen y lo quieren.

Por eso, en estas pantallas/páginas el camino es variopinto y casi épico: no solo porque Onésimo el Saprissista decide aprender la barra propia y la rival; también, porque Onésimo el Etnógrafo hace valer su “ser-en-el-campo” ante sí mismo, como etnógrafo, y ante ellos, aunque le toque hacer de chofer, abogado, cara presentable ante los guardianes del estadio, confidente, compa y amigo. ¿Cómo lo sabemos? Porque su autor, Onésimo el Reflexivo, es un investigador que cree de verdad y en la práctica analítica y textual que no es posible conocer desde ninguna parte. Hablar de otros es, necesariamente, hablar de sí mismo, poner en entredicho el propio sesgo e interrogar la propia pertenencia.

¿Valió la pena su esfuerzo? Claro, porque la dinámica de las identidades barristas nos permite acceder a esas y otras realidades sociales. Es aquí cuando emerge Onésimo el Analítico. Fundado en las nociones de los clásicos antropólogos británicos y el gran alemán Norbert Elias, nuestro autor evita caer en la empresa fácil de la sentencia redentora. En vez, comprende el fenómeno barrista contrariando, de manera inteligente, los habituales atributos de la des-civilización, del exceso y la marginalidad. Desde allí, desde el aparente caldero de la pasión y las pasiones, exhuma cualidades, empeños, frustraciones y actividades, iniciativas que se anclan en la tradición familiar, en la ideología política, en los avatares de la vida. En suma, Onésimo el Analítico hace teoría desde el campo, es decir, desde el estadio,

el avión, la buseta, el carro, el piquete policial, la carne asada, las graderías, cuando gestiona un ingreso al estadio; cuando pregunta y contrasta con sus interlocutores en una entrevista que se parece más a una consulta o a una conversación; cuando eleva sus dichos al nivel de la teoría nativa. Por eso, Onésimo el Conciliador se ve involucrado. No solo cuando intenta tranquilizar a un barrista desbordado como Jairo; también porque compara argumentos sobre las mujeres barristas con ellas y con ellos; porque retoma sus respuestas y se las toma en serio para comprender, para interpretar, y sobre todo, para seguir en el campo.

Por estas cosas, y seguro por muchas otras que descubrirás en tu propio trayecto lector, Onésimo mi Colega Tico es Onésimo siempre la Persona: la que cree y sopesa; la que bebe y conduce; la que titubea y se pregunta, “por qué me habré metido en esto”; la que la policía y los guardias tratan con una consideración distinta a la de sus interlocutores-barristas-compas-amigos. La que prefiere resignar el ingreso “privilegiado” al estadio y hacerles “el aguante” a los compas a quienes se los han impedido.

En ese devenir, por último, encontrarás que Onésimo el Antropólogo es todos esos Onésimos juntos; desde el suelo tico; desde una disciplina “global” del Norte pero que aspira a anclarse en cada punto del Sur. Y así, Onésimo mi Amigo y Colega Tico me regala el uso de una noción que aprendió de mi etnografía sobre los pilotos de caza argentinos en la guerra de Malvinas, de la que en este año 2022 se cumplen 40 años. Una noción que ellos mismos me enseñaron y que se entrevera con las nociones que el mismo autor nos entrega: la *performance* del conflicto, la *trastienda* de las hinchadas, entre tantas otras que seguramente yo adoptaré cuando mire a mis guerreros. Acaso no tan distintos de estos apasionados ticos, barristas y académico, entreverados ya en el Pura Vida.

Rosana Guber
Ciudad de Buenos Aires, 21 de enero del 2022.

INTRODUCCIÓN

**Una etnografía con las barras
organizadas de fútbol**



Este libro trata sobre el carácter institutivo de la *performance* del conflicto (dramatización de las tensiones) y la dimensión política en las barras de fútbol³ en Costa Rica. Además, asociada con esta conflictividad, aborda cierta calificación “descivilizada” (atribuida por diversos sectores de la opinión pública) que pesa sobre estos colectivos, los cuales buscan ofrecer a sus audiencias una apariencia contraria, con lo cual tratan de esconder en su *trastienda* (región oculta) comportamientos socialmente considerados como “desviados”.

En las páginas que siguen, sintetizo un poco más de cuatro años de investigación con dos hinchadas del contexto futbolístico nacional: la Ultra Morada y la Garra Herediana. Este tiempo de investigación ha dado como resultado una obra con la que pretendo varias cosas: 1) pensar a las personas que integran barras organizadas de fútbol desde perspectivas alternativas con las que comúnmente son abordadas (irracionalidad, violencia, desviación, criminalidad, sospecha, etcétera); 2) ubicar a estos/as hinchas como actores políticos y performativos: son jóvenes que se agrupan bajo lógicas complejas de organización, con estructuras jerárquicas intrincadas, que instrumentalizan diferentes estrategias para conseguir sus objetivos; y 3) el uso de información diversa (experiencial, estadística, documental) con la que se me facilitó la construcción de interpretaciones complejas sobre las prácticas sociales y culturales de estos grupos.

Ahora bien, el énfasis, como la persona lectora podrá observar en el transcurso del escrito, fue puesto en el trabajo de campo etnográfico (el cual nace con Malinowski (1932), considerado el padre de la etnografía), pues fue el que definió mi interacción con ambas hinchadas.

Lo anterior, no solo porque el trabajo de campo es el “rasgo central” de nuestra ciencia, sino, porque se propone “conocer” al otro en su más profunda e infinita diversidad; siendo así, este proceder supone la interiorización de un *habitus*, quiero decir, una “práctica espacial

3 En lo sucesivo, las concepciones ‘barras’ e ‘hinchadas’ las utilizo de manera indistinta.

corporizada” (Clifford, 1999, pp. 73 y 95), que toma forma en la interacción con los “sujetos”.

La relación con esas otras personas que colaboran en nuestros estudios se da a través de prácticas corporales situadas en donde se van comprendiendo o no, un conjunto de sentidos que esos otros dan a sus construcciones más íntimas y personales.

Pienso que una forma de acceder a esos universos de sentido se puede hacer a través del detalle de las biografías de los/as actores/as. Empezaré con uno de los líderes de la Ultra.

Fabricio: “La barra nunca pierde” y sus prácticas plurales

Fabricio⁴, líder (en ese momento) de la Banda de los Morados⁵ y uno de los líderes generales de la Ultra Morada, es un hombre de 34 años, residente en un barrio urbano popular de la Gran Área Metropolitana (GAM) de Costa Rica. Tiene pareja. Se llama Fanny y también es Ultra. Ahí se conocieron. Son padre y madre de dos niñas.

Hace algunos años, Fabricio me daba la noticia de que iba a ser padre por primera vez. En ese momento tenía 30 años. “Es lo que siempre he querido”, me dijo, con una alegría que se le dibujaba en todo su rostro.

Este joven estudia una ciencia social en una universidad pública del país. Es muy trabajador: ha sido vendedor de lotería, ha trabajado en construcción, vende ceviche a domicilio los fines de semana y, en este momento, administra un centro de lavado de carros, propiedad de un familiar. Es hijo de una madre que trabajó durante muchos años como conserje en una escuela; también es hijo de un padre que trabajó mucho tiempo como albañil. Ella ya está retirada, él sigue trabajando.

4 Todos los nombres mencionados en este libro son ficticios.

5 Las barras de fútbol en Costa Rica y en América Latina se organizan en peñas; estas son subagrupaciones dentro de la organización central, las cuales tienen sus propios líderes. Estos líderes suelen tener comunicación directa con los mandos generales, todos ellos conforman la ‘primera línea’ de la hinchada, es decir, un conjunto de personas con algún grado de poder que toman las decisiones dentro de sus peñas y dentro de la dirigencia general, las cuales se ubican, casi siempre, cerca o en los alrededores de la Banda, en el centro de la Ultra cuando esta está en la gradería (ver capítulo III). La Banda de los Morados es la peña que se encarga de la musicalización de los eventos. Emplean murgas, zurdos (tambores pequeños), bombos y otros instrumentos de viento como trompetas y trombones.

Desde que lo conozco, Fabricio ha tenido tatuado el rostro de Ernesto ‘el Che’ Guevara en una parte de su cuerpo. Tiene varios libros sobre este personaje revolucionario. Es militante del Partido de los Trabajadores (PT), de tendencia socialista-comunista. Quizás por esto, pero sobre todo por su trayectoria personal y familiar, muy a menudo me hablaba acerca de la importancia de la igualdad y equidad social y de las atrocidades del neoliberalismo que, para él, tienen en la miseria a muchas personas en este país y en el mundo.

Este horizonte utópico de igualdad y equidad lo lleva adherido a su discurso y a su forma de ser, incluso, dichas ideas de bienestar social las ha puesto en práctica -él y sus compañeros de dirigencia- en la Ultra: han organizado varios eventos en beneficio de personas de escasos recursos económicos y siempre, desde que tengo memoria, todos los diciembre, han organizado “la navidad morada”, una actividad en la que desarrollan toda una logística dentro de la barra para comprar juguetes para niños y niñas de zonas urbano-populares. “La barra debe de tener un sentido social”, ha dicho repetidas veces el dirigente.

Lo conocí hace 20 años, cuando él empezaba su militancia (término empleado por Fabricio, sobre el cual realizo una breve reflexión en el capítulo III) en la organización sapsrissista. Por aquellos años (2002-2003), yo empezaba mi transitar por el fascinante mundo de las barras organizadas de fútbol⁶. Pero no profundicé mi relación con Fabricio sino hasta el año 2008, momento en el que le pedí ayuda para hacer mi trabajo de campo etnográfico para mi tesis doctoral con su cuadrilla de amigos del barrio (Rodríguez, 2017).

Lo conocía poco, pero lo conocía. Lo había visto varias veces en la cancha, cantando y alentando siempre al Deportivo Saprissa. Cuando lo llamé para pedirle colaboración, Fabricio me dijo que sí, que con mucho

6 Las barras surgen en el país en 1995, precisamente, con la constitución de la Ultra Morada. La idea de tener una hinchada fue de la propia dirigencia del Deportivo Saprissa, en aquella época, bajo la presidencia de Enrique Artiñano (Rodríguez, 2006). Este no es un asunto menor: las barras no suelen ser creadas por los clubes; en América Latina, el caso de la Ultra es único. Posterior a la Ultra se fueron creando otras barras, entre ellas, la Doce (Liga Deportiva Alajuelense) y la Garra. Ahora bien, es importante mencionar que las hinchadas de fútbol emergen en el escenario latinoamericano desde finales de 1950 e inicios de la década siguiente (para el caso argentino y brasileño). Posteriormente, en los siguientes 40 años, esta forma de agregación se extendió por toda la región (Rodríguez, Soto y Zúñiga, 2019).

gusto me ayudaba y me presentaba a sus amigos de la cuadrilla. En gran medida, mi tesis doctoral pudo ser por este joven.

Fabricio es muy saprissista, pero, sobre todo, es muy ultra. Observa partidos internacionales para tratar de incorporar, en su barra, algunas ideas de hinchadas internacionales que sirvan para alentar a Saprissa y, según sus palabras, “hacer crecer a la barra y ayudar a que el club gane campeonatos”. Él es respetado, no por todos, pero sí al menos, por los miembros de su peña, incluso, por el mismo Claudio -miembro de la Garra Herediana-, quien en algún momento me dijo: “Ese mae... mis respetos, porque lo da todo por la barra”. “Darlo todo por la barra”, significa trabajar con mucha dedicación y entusiasmo dentro del colectivo, lo cual supone ser un sobresaliente atributo dentro del capital simbólico de estas agrupaciones, tanto que es reconocido por miembros de barras rivales.

Una anécdota etnográfica me servirá para ahondar en este “darlo todo” referido por Claudio, la cual, a su vez, me permitirá esclarecer el porqué del título de este libro.

Justo después de un partido por la Liga de Campeones de la CONCACAF⁷ que Saprissa perdió 0-5 contra el Club América de México en el Estadio Ricardo Saprissa Aymá (experiencia sobre la cual me extenderé más adelante), me encontraba a la par de Fabricio. Lo vi triste. Razón por la cual le pregunté: “¿cómo está, mae?”, me respondió con cara y tono de aflicción: “**la barra nunca pierde, pito**”⁸. En ese momento pensé, “quizás está tratando de minimizar el dolor de la derrota”, una especie de economía emocional. Puede ser que algo de eso hubiese en la cabeza del referente. Pero había algo más que tiempo después logré comprender.

Como lo expondré en el capítulo II del presente libro, ellos deben de manifestar a la audiencia una “región frontal” de unidad y aguante; aunque en la región posterior o “trastienda” (Goffman, 1959) aquella pérdida haya sido superdolorosa. Pero, además, como lo ampliaré en el capítulo III, las barras tienden a dramatizar las tensiones: instituyen una *performance* del conflicto (Gluckman, 2003 y 2009; Turner, 1987), lo cual, entre otras cosas,

7 Torneo regional de fútbol que enfrenta a los equipos campeones de las ligas locales adscritas a la Confederación de Norteamérica, Centroamérica y el Caribe de Fútbol, conocida como CONCACAF.

8 Pito viene de papacito. En Costa Rica se usa para tratar con cariño a alguien cercano (familiar o no).

les ayuda a sobrellevar algunas desilusiones como la derrota inapelable contra el club mexicano.

La barra nunca pierde porque es así: la hinchada es una cosa, el equipo es otra. No puede ser de otra forma para estas subjetividades. La barra está para dar apoyo siempre, salir victoriosa siempre, aunque el club pierda. No se pueden permitir el sentirse derrotados porque, ¿quiénes darían aliento al equipo?, ¿quiénes les aplaudirían y cantarían a los jugadores cuando van saliendo de la grama a los camerinos a pesar de haber perdido? El *ethos* de barra no puede quebrantarse, aunque en realidad lo esté; deben de mostrar a la audiencia una imagen de entereza, no la *trastienda* de derrota, dolor y aflicción, porque para ellos, la hinchada sostiene al equipo en todo momento, pero sobre todo en los malos.

Me parece que es fundamental entender este código del hincha para poner a estos sujetos en otro lugar que no sea el que de forma habitual le dan ciertos sectores de la opinión pública. Para ellos “sostener al equipo en momentos difíciles” y hacer -con su apoyo o aliento- que el equipo gane, tiene todo el sentido dentro sus lógicas culturales; y, lo más interesante es que, si vemos más de cerca, ese código del hincha tiene que ver con valores estimulados por cierta parte de la sociedad, como la lealtad, la fidelidad y la integridad.

Dimensionar estas y otras lógicas de las hinchadas les permitirán al lector y la lectora avanzar en la lectura del presente libro; no para justificar sino para intentar comprender esos mundos que, en ocasiones, parecen ininteligibles.

Al respecto de la concepción de barra o hinchada de fútbol, se han escrito varias reflexiones en América Latina (una síntesis crítica de estos aportes se desarrolla en [Rodríguez, Soto y Zúñiga, 2019](#)); para este caso, y a partir de mis trabajos de campo experienciales ([Rodríguez, 2006, 2017, 2019a y 2019b](#)), las entenderé como agrupaciones de jóvenes con dimensiones socioculturales particulares, que manejan una sofisticada red de símbolos (banderas, lienzos -banderillas largas-, instrumentos musicales, etcétera) que les permite reproducir una serie de prácticas ligadas a lógicas masculinizadas y violentas (capital cultural del “aguante”⁹), pero también,

9 El aguante es una disposición de prácticas masculinas y masculinizadas que implican “carneval y combate” (dimensiones fundamentales en las hinchadas). La noción fue desarrollada originalmente en Argentina y hace referencia a la “fortaleza para soportar los riesgos de la vida del equipo y de la responsabilidad de ser hincha” ([Castro, 2010, pp. 144 y 150](#)); tiene que

a solidaridades, lealtades y códigos de honorabilidad. Las barras son agrupaciones muy organizadas; estructuradas –como ya he indicado– en cadenas de mando, con varios líderes generales, de quienes descienden poderes sobre líderes secundarios y, en ocasiones, terciarios. Además, tienen una importante relación con los barrios (Rodríguez, 2006 y 2017), los cuales funcionan como vínculo emocional e histórico, que nutren las lógicas simbólicas y dinámicas socioculturales que desarrollan los y las jóvenes en las graderías y otros escenarios.

Una barra organizada de fútbol se crea con el objetivo de apoyar a un club específico, está constituida, en principio, alrededor de una finalidad lúdico-deportiva. La hinchada depende de un espacio localizado en el estadio (o fuera de él), pues es desde ahí donde pueden demostrar su afecto por la barra y por el club.

Las personas que las integran no solo son hinchas, también desarrollan otros tipos de actividades, como lo he precisado para el caso de Fabricio; en consecuencia, la hinchada no es una opción absoluta o total, no para el común denominador de barristas en Latinoamérica. Además, su condición circulatoria (traslados a los escenarios donde juega su club) los hace, en cierta medida, itinerantes, por lo cual, deben de negociar constantemente con las autoridades clubísticas y policiales (ver capítulo III); no riñen siempre con la oficialidad, tampoco viven en un tiempo paralelo como exiliados de los sentidos imaginarios y materiales de la sociedad y no rompen con la perspectiva de futuro (Valenzuela, 2009), en fin, no devienen –en todos los casos– crimen organizado.

Ahora bien, debo hacer la aclaración de que, la barra o hinchada, como categoría analítica, no puede establecerse *a priori* (antes de conocer las lógicas culturales de cada grupo), máxime pensando en las diferencias existentes en los diversos contextos latinoamericanos, lo cual llama la atención sobre la necesidad de comprender los sentidos que los sujetos dan a sus prácticas (¿qué significa para ellos ser un hincha o un barrista?), esto con el fin de llegar a nociones más integrales y complejas, con lo cual se dejan

ver también con la valentía, resistencia física/corporal y la capacidad de enfrentar situaciones complicadas (peleas, rencillas, tensiones) y salir airoso de ellas. El sujeto con aguante es aguantador: soporta con hidalgüa, honor y orgullo, los momentos negativos por los que atraviesa su equipo y su barra. Sobre el aguante, también se pueden consultar los textos de Garriga (2014 y 2015) y de Cabrera (2013).

atrás expresiones que más bien suelen ser estigmatizantes y, finalmente, insuficientes para comprender las tramas vivenciales de estos actores plurales.

Sobre esta pluralidad de sentidos, es importante hacer una acotación teórico-metodológica. A partir de los hallazgos de esta investigación y de esfuerzos previos (Rodríguez, 2006, 2017 y 2019a, 2019b y 2023) parece existir una idea generalizada en diversos sectores (opinión pública y prensa) que ve a los/as barristas como sujetos anclados en una constante dramatización del hincha delincuente, violento o criminal (capítulo I): una subjetividad hipnótica, que no tiene otra cosa en el horizonte más que la barra y los comportamientos “descivilizados” (Elias, 1996 y Wacquant, 2010).

Como ya he podido dejar en evidencia con el caso de Fabricio, los ultras y los garreros tienen familias, hijos, padres, hermanos, generan vínculos profundos con sus familiares y amistades, trabajan, estudian, consumen sustancias, tienen pareja, se ilusionan, reaccionan con violencia, participan en otros grupos sociales o culturales, etcétera. La barra no es su único mundo, conviven y participan en múltiples escenarios.

Ahora bien, sí: la Garra, la Ultra, el Deportivo Saprissa y el Club Sport Herediano, son muy importantes en la configuración de sus personalidades, pero no son determinantes. Existen otras arenas de sentido en donde los jóvenes se juegan sus subjetividades, en donde ejercen agencia y dan significado a sus dinámicas. Pensar en el hincha furibundo que defiende a su equipo y su barra por encima de cualquier cosa sería caer en un estereotipo muy extendido en América Latina, como si los hinchas refrendaran siempre y a cada momento el código del aguan-te (violencia masculinizada¹⁰).

Un libro sobre la experiencia con las hinchadas

Esteban Krotz, en *La otredad cultural entre la utopía y la ciencia*, describe un maravilloso pasaje del trabajo de campo antropológico:

En nuestro caso, trabajo de campo significa el dejarse rodear por la otra cultura de manera temporal, intensa y, hasta donde sea posible, sin reserva, mediante lo cual el antropólogo o antropóloga se

10 Sobre esta violencia se pueden consultar los textos de: Žižek, 2009; Wacquant, 2010; Valenzuela, 2009; Rodríguez, 2006, 2017 y 2019a; Moreira, 2013; Garriga, 2014, 2015 y 2016 y Cabrera, 2013, entre otros.

convierten en “puente” del contacto cultural. Es decir, que el antropólogo *como* antropólogo se convierte en una “existencia marginal”, en un jinete “a caballo entre dos mundos”, en un “caminante fronterizo”. Así, lo extraño no pierde su extrañeza ni se vuelve cotidiano, ni tampoco lo propio es indebidamente exotizado, en la misma forma en que el antropólogo no debe permitir que la diversidad cultural pierda su significado por organizarla de manera etnocentrista o por aproximarla de manera relativista e impávida, ni tampoco debe convertirse en un desertor cultural. Su caminata fronteriza significa partir verdaderamente hacia otra cultura, pero implica también su regreso como alguien que ha cambiado (Krotz, 2002, p. 405).

Un jinete “a caballo entre dos mundos” que emprende una “caminata fronteriza hacia otra cultura”, es quizás lo más cercano a lo que hacemos los antropólogos y las antropólogas que hacemos etnografía. Un viaje, un tránsito a otros mundos extraños en donde somos vistos con cierto asombro por aquellos que luego se convierten en interlocutores, para regresar, después de un extenso caminar a realizar una síntesis explicativa de esos otros horizontes de sentido.

Krotz tiene razón: es imposible el retorno de un etnógrafo sin que haya experimentado un cambio; parecido -solo parecido- a lo que precisa Borges (1969) en su breve cuento “El etnógrafo”: un estudiante de antropología de la Universidad de Texas (Fred Murdock) que parte hacia una cultura indígena y regresa con un secreto, una especie de tesoro inconmensurable que no puede ser contado o más bien, que no precisa ser contado, prefigurando una especie de exotismo que la ciencia occidental frívola no entendería aunque lo describiera de cien formas distintas.

Lo de Borges es solamente parecido a lo enunciado por Esteban Krotz, porque intuyo que para el autor germano-mexicano es importantísimo poder describir y explicar esa “caminata fronteriza”; tal cual lo explicita Rosana Guber al hacer crítica del breve texto del afamado Jorge Luis:

Ahora bien, lo que quizás encierra aquella historia, que Borges no previó, fue la posibilidad de que los etnógrafos no fuéramos detrás de un secreto a lo Fred o Indiana Jones, sino que nos interesara aprender a caminar las sendas de otros cotidianos, incluso por los pasajes menos conocidos, los intersticios sólo a veces secretos, más a menudo anónimos. Si así fuera, Borges se habría referido al ideal

de la investigación antropológica como el hallazgo de una ciudad perdida o de una tribu desconocida, mientras nosotras estaríamos pensando en el hallazgo de un camino conjunto. Es esta la perla que Borges dice que Fred se negó a mostrar: si la vida social es posible en su desarrollo y reproducción a través de la reflexividad y la indexicalidad del lenguaje y todos los demás artilugios de la comunicación, entonces la negativa de Fred a hablar del secreto y de “los cien modos distintos” de enunciarlo, vendría a ser sinónimo de negarse a desarrollar y reproducir la investigación social (Guber, 2014, p. 35).

Yo no encontré ningún secreto exótico estando con las barras de fútbol. Digamos que caminé con ellos una caminata que me permitieron andar, en medio de relaciones indexicales y reflexivas¹¹ de mundos confusos, performativos, conflictivos, pero a su vez, llenos de honor, amistad y lealtad, los cuales no podría no contar (al estilo del Fred de Borges); más bien, siento la obligación de enunciarlo tan preciso como me sea posible, aunque el lenguaje no me alcance; aunque sepa que no será posible -nunca- intercambiar experiencias y pensamientos por palabras en una hoja en blanco; porque, como decía Foucault (2010), la relación entre las palabras y las cosas es infinita.

Experiencia etnográfica con la Ultra y la Garra

Desde el año 2003, empecé a hacer trabajo de campo etnográfico con las barras de fútbol del país. En aquel momento, me concentré en las prácticas culturales de la Ultra; mi intención era conocer sobre sus dinámicas

11 La indexicalidad, según Coulon, “son todas las circunstancias que rodean a una palabra, a una situación. Indexicalidad es un término adoptado de la lingüística, esto significa que, aunque una palabra tenga una significación transituacional, igualmente tiene una significación distinta en cada situación particular. Su comprensión profunda pasa por ‘características indicativas’, y exige que las personas ‘vayan más allá de la información que se les da’. Esto designa, pues, la insuficiencia natural de las palabras, que solo toman sentido ‘completo’ dentro de su contexto de producción, solo si son ‘ajustadas’ a una situación de intercambio lingüístico” (2005, p. 35). Ahora, la reflexividad para Coulon: “no debe de ser confundida con la reflexión. Cuando se dice que la gente tiene prácticas reflexivas no significa que reflexionen sobre lo que hacen (...) La reflexividad designa, pues, las prácticas que describen y constituyen a la vez un cuadro social. Es la propiedad de las actividades que presuponen y al mismo tiempo hacen observable la misma cosa. En el curso de nuestras actividades ordinarias, no solemos prestar atención al hecho de que mientras hablamos, a medida que enunciamos, estamos construyendo el sentido, el orden y la racionalidad de lo que estamos haciendo en ese momento” (ídem., pp. 43-44).

dentro y fuera de los estadios y, además, desarrollar mi investigación a través de la cual pude obtener mi título de maestría en Antropología Social por la Universidad de Costa Rica.

Recuerdo que en el año 2002 inicié los cursos en dicho posgrado. No tenía tema de investigación. Sin embargo, siempre había sentido una fascinación importante por el fútbol, el “deporte más hermoso del mundo”, como en algún momento dijera Luis Omar Tapia, periodista televisivo quien trabajara para cadenas internacionales como Fox Sport y ESPN. Por aquellos años, los medios de comunicación, como es usual, pasaban información descontextualizada acerca de la violencia de las hinchadas.

El inicio de esa década fue muy importante para la Ultra Morada, pues experimentó un alza demográfica sin precedentes en su historia, por lo cual estuvo, durante aquellos años, muy presente en los comentarios de diversos sectores de la opinión pública, incluida la prensa nacional.

Un compañero y amigo de la maestría me dijo: “mae, a usted que le cuadra [le gusta] tanto el fútbol, ¿por qué no hace un brete [un trabajo/investigación] sobre Saprissa y la barra?”. La idea me gustó tanto que pronto empecé a contactar personas involucradas con la barra del Saprissa. Un amigo sociólogo, por aquellos años estudiante universitario igual que yo, era integrante de la hinchada. Hablé con él y le expliqué mis intenciones. Sin dudarle, me llevó a la cancha un domingo veraniego del año 2003. Me presentó con quien fuera en aquel momento, el líder general de la barra.

A partir de ahí, pude acercarme a la dirigencia, varios miembros de la agrupación y, posteriormente, conocer múltiples prácticas socioculturales de este colectivo: simbologías, dinámicas ritualísticas, lógicas de poder, especificidades identitarias, etcétera.

Las barras organizadas de fútbol por aquellos años, y aún ahora, no aparecían mucho en las agendas de la academia costarricense y centroamericana (al respecto, ver: [Rodríguez, Soto y Zúñiga, 2019](#)). Ha habido estudios sistemáticos, sí, casi dos décadas de ellos, pero no ha sido un esfuerzo colectivo o de parte de algún grupo de trabajo que se haya puesto como objetivo conocer a profundidad esta fenoménica; lo cual sí ha ocurrido -desde hace décadas- en otros países como Argentina, Brasil, Colombia, México, entre otros¹².

12 Es importante acotar que en la región latinoamericana se han empleado, fundamentalmente, un total de cuatro categorías para abordar el tema de las barras/hinchadas; estas son: dimensión

Este es el primer libro sobre barras organizadas de fútbol en Costa Rica y Centroamérica¹³. Lo digo con más decepción que orgullo, por no haber podido consolidar una línea de investigación alrededor de la temática en 20 años.

Ahora bien, para el caso que me ocupa en este texto, hice trabajo de campo etnográfico con las barras desde mayo de 2017 hasta febrero de 2020, momento en el que la pandemia obligó a las personas del mundo a reducir de forma drástica, sus actividades presenciales¹⁴.

-
- histórica; cultura e identidad; violencia y política. Para más detalles, ver: Rodríguez, Soto y Zúñiga, 2019. Algo importante acerca de esta última categoría (política): únicamente los esfuerzos de Rodríguez 2014a y 2014b -desde la academia-, se refieren a la organización y estructura de las hinchadas en América Central, específicamente, en Costa Rica.
- 13 Centroamérica ha enfrentado procesos sociales, políticos y económicos que, a lo largo de su historia, la han caracterizado como una región con muchas contradicciones y complejidades, las cuales han imposibilitado, en primera instancia, una integración regional y, en segundo lugar, la cristalización de procesos que permitan un nivel de bienestar digno para la mayoría de las personas que habitan en el Istmo (Rodríguez, 2023). Quizás por ello, un sector importante de la academia del Istmo, ya no solo en esta temática, sino en muchas otras, ha visto debilitado el proyecto de la investigación social profunda, tan necesaria en nuestros días.
- 14 Con la Ultra, la interacción etnográfica se extendió por alrededor de 16 meses: de mayo de 2017, hasta septiembre de 2018. Con la Garra, fueron alrededor de 25 meses, de enero de 2018 hasta febrero de 2020, con algunos brevísimos acercamientos virtuales durante el 2021. Con la primera hinchada realicé un total de 20 visitas -con la segunda, un total de 25-, a diferentes estadios donde se llevan a cabo encuentros futbolísticos de la Primera División de Fútbol de Costa Rica; varias de estas visitas fueron, en realidad, viajes llevados a cabo con La Banda o con los jóvenes dirigentes de la Garra: fuimos a Liberia (Pacífico Norte), Guápiles (Caribe), Cartago y otros escenarios del Valle Central de Costa Rica, incluyendo, por supuesto, Tibás (Estadio Ricardo Saprissa Aymá) y Heredia (Estadio Eladio Rosabal Cordero). Además de estas 45 visitas/viajes, participé en reuniones para ensayar y organizar procedimientos logísticos previos a los partidos; fui invitado a varios paseos familiares, incluso, a un té de canastilla. Pudimos ver algunos encuentros del Deportivo Saprissa en casas de algunos de los integrantes de la Ultra. En una oportunidad varios de los integrantes de la agrupación saprissista fueron a mi casa para observar un partido entre Heredia y Saprissa (específicamente, el 3 de diciembre de 2017. Esto, por la disposición emanada de los equipos locales del fútbol de Primera División que prohibía la entrada a sus estadios de hinchadas rivales); llevaron sus bombos, tambores y trompetas. Aunado a lo anterior, visité, en no pocas ocasiones, el barrio de donde provienen varios de los muchachos que integran La Banda de los Morados: Guararí de Heredia. También, pude realizar un viaje con varios de estos jóvenes a Ciudad de México (del 27 de febrero al 4 de marzo del 2018); viajaron alrededor de 80 hinchas para observar el partido entre el América de México y el Deportivo Saprissa en el Estadio Azteca, por la Liga de Campeones de la CONCACAF. Además, hice cinco entrevistas a profundidad con miembros de la Garra: dos dirigentes del colectivo, una mujer y dos hombres de Los del Sur; y una entrevista con un personero (gerente) del Club Sport Herediano. Con la Ultra hice únicamente una entrevista, con una mujer. Por último, del 4 al 18 de agosto de 2018, desde el IDESPO-UNA, realizamos la encuesta

Dicho proceso experiencial se llevó a cabo, de manera principal, con los/as jóvenes de La Banda de los Morados (como he dicho, peña encargada de diversos aspectos dirigenciales/organizativos y de la musicalización de La Ultra Morada); con dos jóvenes de la dirigencia de la agrupación herediana y otros dos jóvenes de la peña de Los del Sur de la Garra (uno de ellos integraba la dirigencia general de la agrupación).

En mi experiencia con las barras de fútbol en Costa Rica, las relaciones excedieron siempre el mundo de las técnicas; con Guber, el trabajo de campo no consiste en la “aplicación de métodos definidos en la academia”, más bien, es un proceso de reconocimiento más amplio de “los términos en los que entablamos relaciones con nuestros interlocutores” (2014, p. 15).

Esto ha implicado a lo largo de mis incursiones a campo, como lo indica Guber (2014), una mayor rigurosidad metodológica, porque no se trata de aplicar una técnica específica, sino, intentar comprender cuáles son las estrategias que ellos utilizan para dar sentido a sus acciones.

Entonces, con Garfinkel (citado en [Guber, 2014](#)), el lenguaje es fundamental, porque los actores, al hablarse producen el orden social del que hablan. Para entender lo que alguien dice es necesario acceder a las condiciones en que lo dice. Guber, desde la etnometodología, llama a esto *indexicalidad* –como lo expuse arriba con Coulon–, sugiriendo que la interpretación debe de hacerse en relación con cada situación de interacción. De nuevo, con Garfinkel: “**el sentido de lo que se dice es inseparable del contexto**”, por eso las palabras son insuficientes para interpretar de forma acabada el significado de la interacción ([Guber, 2014, pp. 21 y 22](#). El énfasis en la cita textual es mío).

Lo que hice con las barras de fútbol fue la aplicación de un principio etnometodológico: “los métodos que adoptamos los investigadores para conocer el mundo social son básicamente los mismos que usan los actores para conocer, describir y actuar en él”; la etnometodología alude, “precisamente a formas nativas (etno) de conocer (metodología)” ([Guber, 2014, p. 22](#)).

Siendo que los métodos de investigación social son los mismos que los que se usan en la vida cotidiana, “éstos solo se pueden imaginar, no se pueden conocer o establecer de antemano” ([Guber, 2014, p. 24](#)). Intento

Percepción de la población costarricense sobre Fútbol y barras; única hasta el 2019 –según nuestras búsquedas y consultas a expertos y expertas– en América Latina (ver: [IDESPO, 2019](#)).

decir que supe qué clase de métodos emplear para profundizar en las dimensiones de mando y liderazgo (política) dentro de las hinchadas, hasta que pude interactuar con ellos y ellas, una vez que comprendí algunas de las formas en las que el grupo construye sentidos. Mis experiencias de campo llevadas a cabo en años anteriores (Rodríguez, 2006, 2019a y 2019b), me posibilitaron imaginar y construir una estrategia de acercamiento, la cual tuve que ir precisando en el camino.

Además de esta trascendentalidad de los contextos de enunciación y la adopción de los métodos que los interlocutores emplean para dar cuenta de sus mundos, fue necesario, como ya lo mencioné, el constante traslado y movilización por algunas de las rutas que definían los miembros de las agrupaciones.

El constante desplazamiento etnográfico, en los estadios, barrios, reuniones, partidos de fútbol 5 y viajes (incluso más allá de las fronteras nacionales), me permitió observar y experimentar con los sujetos ese conjunto diverso de escenarios y sus articulaciones; con Geertz (1989), las dimensiones simbólicas –pero también materiales–, vinculadas a otro tipo de procesos: dinámicas de liderazgo/mando, tensiones y contradicciones (para las cuales empleo la noción *performance* del conflicto, idea que iré discutiendo en lo sucesivo, pero, sobre todo, en el capítulo III).

¿Qué exactamente quise estudiar?

En Costa Rica y Centroamérica, a pesar de los esfuerzos investigativos –como he indicado más arriba–, casi no se ha abordado la articulación estructura-liderazgo-barras de fútbol. No sucede lo mismo en otros países como Brasil y Argentina, donde las contribuciones de Buarque de Hollanda y Labriola (2015), Fernández (2004), Moreira (2008), Garriga (2014) y Cabrera (2017), entre otros/as, dan cuenta de un aporte importante en esta línea; sin embargo, abordan sujetos ubicados en realidades socioculturales, históricas y contextuales distintas a las de los y las jóvenes en barras de nuestro país y del Istmo.

Este libro se concentra en la articulación de estas categorías porque los enfoques con que suelen mirarse a estas agrupaciones se plantean, por lo regular, desde la irracionalidad, la anomia y la descivilización (Elias, 1996 y Wacquant, 2010). Los y las jóvenes en barras pocas veces son vistos como seres pensantes que se articulan alrededor de lógicas jerárquicas y

estructurales complejas, pero, sobre todo, casi nunca son abordados como sujetos integrantes de una sociedad de la que son producto y que, a su vez, reproducen. Ergo: no están anclados en un tiempo alternativo o paralelo, no están exiliados/as de lógicas de sentido que compartimos como ciudadanos/as de esta nación.

He querido mirarlos/as como sujetos protagónicos de sus realidades y de las dinámicas sociales más amplias que les dan sentido. Me he preguntado por sus experiencias y sus prácticas cotidianas. Además, y creo que fundamentalmente, con este escrito intento abordar las perspectivas con que son vistos desde fuera, pero también los sentidos que se construyen desde dentro, enfatizando en sus organizaciones, en la construcción de la cadena de liderazgo, sus normativas y estructura social, es decir, las lógicas políticas que ellos y ellas emplean e instrumentalizan para alcanzar fines determinados y, a partir de las cuales, se dirimen sus relaciones a lo interno, pero también hacia lo externo de sus colectivos.

Esto me ha permitido establecer, como más adelante ahondaré con la información etnográfica/experiencial, un par de cosas: 1) que las barras dan cuenta de estructuras complejas, que trascienden abordajes reductivos tendientes a la descalificación. No son personas desprovistas de civilidad. Lo segundo es, 2) comprender a estos grupos, es una forma de comprender la manera en que se organiza nuestra sociedad. En otras palabras, siendo que son sujetos enmarcados en relaciones sociales más amplias (no solo desarrollan su *habitus* de barra), tienden a organizarse según disposiciones políticas tomadas de otros ordenamientos socioculturales en los cuales, todos/as, de alguna u otra manera, participamos.

En la siguiente sección expondré el ordenamiento del libro. La idea es que la persona lectora posea una guía general de las discusiones que desarrollo en cada capítulo y los vínculos entre cada uno de ellos.

Cartografía de un libro sobre hinchadas

Este libro está dividido en tres capítulos. En ellos expongo tres ideas centrales, las cuales están articuladas y fundamentadas con vasto material empírico.

En el capítulo I: “¡Dios guarde mi mama se diera cuenta!” El desconocimiento público de la “descivilización” de las hinchadas”, desarrollo algunos conceptos como civilización-descivilización, desviación y

los *outsiders*; pasando por autores como Norbert Elias, Löic Wacquant y Howard Becker.

Defiendo la idea de que las barras de fútbol son vistas como agrupaciones irracionales, descivilizadas y desviadas, al margen de lo que se considera como “civilizado” en los términos de Elias; en contraposición a estas ideas muy presentes en ciertos sectores sociales (prensa, opinión pública, dirigencia de clubes, etcétera), argumento que dicha irracionalidad y dimensión descivilizada no tiene ningún asidero objetivo y que obedece más a una agenda mediático-política sobre el fenómeno que al fenómeno en sí. Con esto no quiero decir que las hinchadas dejen de producir violencia, claro que la producen, lo que quiero indicar es que dicha violencia no es irracional y que ellos, los/as barristas, saben que en algunos momentos usan e instrumentalizan comportamientos “desviados”, por eso insisto en que son los *outsiders* del aliento; o bien, desarrollan constantemente una *performance* del conflicto.

En el capítulo II: “¡No le pegué uno solo, porque usted es mi compa!’. La *trastienda* en las hinchadas y el abogado con aguante”, como ya lo adelanté, desarrollo los conceptos región frontal y región posterior (*trastienda*) de Irving Goffman. En términos generales, expongo dos argumentos. En primer lugar, las hinchadas de fútbol muestran, pero también ocultan algo a sus audiencias (la *trastienda* o región posterior en los términos de Goffman), ese algo, según la información y datos que aportó, es una especie de conflictividad interna, que me permitirá, en el capítulo III, defender la noción teórico-metodológica de la *performance* del conflicto, no solo importante, sino que institutiva en los horizontes de sentido de las barras organizadas de fútbol.

La segunda argumentación que desarrollo durante este capítulo tiene que ver con la implementación etnográfica: en varias ocasiones me vi envuelto en conflictos tanto internos como externos en la convivencia con la Ultra y la Garra; al principio no sabía cómo interactuar en medio de esa dimensión performativa de las hinchadas, pero poco a poco fui interiorizando algo muy importante en el *ethos* de las barras: el aguante (categoría definida más arriba). Quiero decir que, para dirimir estas situaciones conflictivas, no solo tuve que interiorizar dicha dimensión, sino, actuar en concordancia, como lo describo en la sección “el abogado con aguante”.

Además, en este mismo capítulo reflexiono acerca de las dificultades metodológicas de hacer trabajo de campo etnográfico con dos barras a la

vez. Acontecieron situaciones, enmarcadas en la *performance* del conflicto de estas agrupaciones, que me ubicaron ante diferentes prerrogativas que explico detalladamente en la sección “‘Tenga cuidado, pito’. Etnografiando dos barras de fútbol”.

En síntesis, el convivio y la relación directa con los y las barristas me permitió acercarme a sus prácticas, y percatarme de la precisión analítica que tienen las concepciones goffmanianas de la región frontal y posterior; pero ya habiendo ingresado a esa *trastienda* tuve que actuar en función de dicha región: dramatizando los conflictos que los barristas reproducían de forma habitual y naturalizada.

En el capítulo III y último, titulado: “‘Mae, me jalé una torta’. *La performance* del conflicto en las barras organizadas de fútbol”, explico de manera extensa un concepto central que propongo en este libro y que he venido repitiendo en toda la introducción: *la performance* del conflicto. Para ello empleo el aporte teórico de dos grandes clásicos de la antropología social británica: Max Gluckman, creador de la afamada Escuela de Manchester y una exquisita teoría del conflicto muchísimo más integral y abarcadora que el clásico funcionalismo británico; y su discípulo, Víctor Turner, con su categoría de la *performance*, en donde retoma el legado de su maestro, pero, además, lo trasciende, haciendo una lectura dialéctica de lo que el propio Turner llama “drama social”.

Relaciono estos aportes con otros textos de más reciente producción, por ejemplo, la lectura que Rodrigo Díaz hace del *performance* y del conflicto, retomando y haciendo crítica tanto de Turner como de Gluckman.

Las secciones “Las mujeres desleales”, “Estructura, organización y liderazgo en las barras organizadas de fútbol”, “La rebeldía y exclusión de Jairo”, entre otras, dan cuenta de la primacía de la *performance* del conflicto, pero, además, de las lógicas organizativas y estructurales (políticas) dentro de estos colectivos.

Intento sostener tres ideas generales sobre las barras organizadas de fútbol. La primera, las coloca en una posición descivilizatoria, la cual tiene que ver con la mirada externa, es decir, cómo son vistas las hinchadas desde afuera (diversos sectores sociales) y cómo estos actores interpretan esas construcciones.

La segunda, tiene que ver con la región frontal y la *trastienda*, o bien, lo que ellos y ellas deciden o no mostrar a sus audiencias y, cómo, en algunos momentos, distintas situaciones que no quieren mostrar quedan en

evidencia, con lo cual se exponen al escarnio público y a la calificación de desviados y descivilizados.

La tercera está relacionada con la *performance* del conflicto, esto es, parte de las dinámicas que ellos/as desarrollan: cómo son en términos organizativos y estructurales, sus dramas y exageraciones sociales que se sintetizan en tensiones tanto internas como externas.

En forma articulada, definiendo que la *performance* del conflicto instituyente en las barras de fútbol las hace ser vistas como colectivos “descivilizados” (desde la percepción de diversos sectores sociales), porque la *trastienda* de las hinchadas (lo que ellos/as quieren ocultar), en diversos momentos, ha quedado expuesta, es decir, no ha habido una intermediación entre región frontal y posterior.

Performance del conflicto, descivilización, región frontal y *trastienda* son conceptos que, de manera analítica, he vinculado para tratar de explicar las experiencias que pude vivir con las personas pertenecientes a estas agrupaciones; es decir, sin bien son nociones teóricas, están “amarradas” con la vivencia etnográfica, la cual, les da sentido. El libro, entonces, se acerca a la explicación de ciertas dimensiones políticas de las barras organizadas de fútbol en Costa Rica (y quizás, ciertas prácticas de hinchadas ubicadas más allá de nuestro país).

En el apartado de conclusiones sintetizo varias tesis que este libro defiende; una de ellas, medular y que es preciso mencionar desde ya: la *performance* del conflicto no solo es importante e instituyente en las hinchadas, se manifiesta en nuestras sociedades y vínculos más cercanos: familias, relaciones de amistad, pareja, trabajos y demás espacios socioculturales.

Por último, este libro, además de lo ya mencionado, expone una forma subversiva de conjunción: jóvenes que proponen una manera de vivir en medio de un conjunto de pluralidades en un mundo que parece estar empeñado en “exorcizarles algunos demonios”, aunque estos realmente se encuentren en otros imaginarios y en otras canchas.

CAPÍTULO I

**“¡Dios guarde mi mama se diera cuenta!”.
El desconocimiento público de
la “descivilización” de las hinchadas**



Claudio: “ser herediano es un estilo de vida”

A inicios del año 2018 estaba empezando mi proyecto de investigación con la Garra Herediana y no tenía contactos dentro del colectivo. Estuve pensando varios días cómo “ingresar”; no podía solo apersonarme y decir que quería “hacer una investigación” con ellos y ellas. Me habrían, en el mejor de los casos, ignorado, o un poco peor, me hubiesen “tirado pa’ arriba” [golpear o hacer algún daño].

Recordé que, antes y después de los partidos en el estadio Eladio Rosabal Cordero, varios hinchas se reunían en las afueras de un minisúper localizado a un par de cuadras de la cancha (lugar por el que suelo pasar regularmente). Dicho establecimiento comercial es administrado por dos antiguos compañeros del colegio (secundaria), por lo cual decidí ir a hablar con uno de ellos para explicarle, más o menos, cuáles eran mis intenciones y ver si podía presentarme con alguno de los jóvenes garreros.

Yogui, uno de mis excompañeros, me facilitó varios números de teléfono. Uno de ellos era el de Claudio.

Conocí a este joven en enero de 2018. Él vivía cerca del Estadio, en Mercedes Sur de Heredia. Cuando lo contacté por primera vez, me dijo que me ayudaría con mi trabajo y que en cualquier momento podíamos ir a la cancha, sin ningún problema.

Por aquellos días, Claudio tenía 27 años. Estudiaba una carrera de la salud en una universidad privada del país y trabajaba en la Zona Franca de Heredia. Vivía con sus padres.

Lo primero que me contó, la noche que lo conocí mientras caminábamos rumbo al estadio, era que consumía algunas sustancias. Esto me llamó poderosamente la atención: ¿por qué me contaba aquello si apenas me estaba conociendo? Quizás le damos significados distintos al uso de drogas, no lo sé. Pienso que, la relación etnográfica/experiencial, es eso: un choque de moralidades que en el transcurso del tiempo se van acomodando (o no), para un lado, para el otro o hacia un punto medio.

Lo segundo que me preguntó Claudio fue cuál era el equipo de fútbol de mi preferencia. Le dije, inmediatamente, “siempre he sido saprissista”. No se inmutó. Seguimos caminando hacia estadio.

Me contó, además, que tenía dos hijos, una niña y un niño, y que no vivía con la mamá de los infantes. Sin embargo, los veía todos los fines de semana, incluso, como he podido observar en sus redes sociales, suele llevarse los de paseo y compartir mucho con ellos. Es un padre muy amoroso, se nota cuando habla de ellos y en el tiempo que les dedica.

Desde los 12 años asiste a la Garra. Me contaba que se escapaba de la escuela (primaria) para ir al Estadio, porque le quedaba cerca. Según me explicó, fue líder de su peña por alrededor de 3 o 4 años, puesto que abandonó unos años antes de aquel 2018. Ser herediano, según me comentaba, es un estilo de vida para él.

Ese amor por el Club se lo inculcó un tío, desde que era muy pequeño. Tenía cinco años cuando visitó por primera vez la cancha con este familiar. Ahí “me empecé a enamorar y desde ahí ya veía a la barra, desde que estaba en el kínder”, me comentaba, mientras continuaba con su relato: “de hecho cuando iba pequeño en la escuela, primero, segundo y tercero [grados de la escuela], es cuando me metí ahí, a la par de la barra pero era porque mi tío me dejaba ir, me alcahuetaba, pero sí ¡Dios guarde mi mamá se diera cuenta en ese entonces!”.

Ese “¡Dios guarde mi mamá se diera cuenta!” nos permite entender o, al menos aproximarnos, al significado que tiene para muchas personas, no solo para la madre de Claudio, el que un hijo o hija (o cualquier persona) sea integrante de alguna barra de fútbol.

Este temor social planteado por el joven de la Garra, que tiene que ver con una sentencia moral, me servirá para introducir una reflexión sobre la consideración descivilizada (Elias, 1996 y Wacquant, 2010) que pesa sobre estos hinchas y sus agrupaciones (la cual respaldaré con datos desprendidos de narrativas de la prensa escrita y la percepción de la opinión pública reflejada en la encuesta IDESPO, 2019); para, posteriormente demostrar cómo, muchas de estas ideas, se gestan desde elaboraciones periodísticas que no tienen sustento empírico, ni la menor intención de comprender los sentidos que los/as barristas le dan a sus prácticas y pertenencias.

Aún así, como lo demostraré con información recabada de entrevistas, anécdotas etnográficas y por la misma encuesta desarrollada desde el IDESPO, las personas encuentran breves resquicios de emancipación de

estas construcciones mediáticas para alimentar criterios alternativos ligados a necesidades emocionales juveniles por las que atraviesan la gran mayoría de las personas que componen una sociedad como la costarricense.

Civilización, descivilización y outsiders

Norbert Elias describe que el modelo civilizatorio tiene que ver con la capacidad de las personas de “controlar de forma suficientemente uniforme y estable sus impulsos libidinales” o bien, “pulsionales¹⁵”, afectivos y “emocionales más espontáneos, así como sus cambios de ánimo”. El éxito social “en estas sociedades [civilizadas] depende hasta cierto punto de una coraza segura, ni demasiado fuerte ni demasiado débil, de autocontrol individual” (1996, pp. 55-57).

Este autor, nacido en Breslovia, sostenía que este control “suscita tensiones en el individuo”, por lo cual, en las sociedades con un “nivel de civilización relativamente avanzado” es decir, “con restricciones relativamente estables, uniformes y moderadas y con fuertes demandas subliminales”, se pueden observar “variedad de actividades recreativas” con la función de servir de “antídoto” para esas tensiones (idem., pp. 56 y 59).

En este sentido, las prácticas deportivas y lúdicas funcionaron y funcionan como *mímesis* (acá Elias cita a Aristóteles), es decir, **imitan** el de-control que de manera pulsional el individuo quisiera liberar. En corto: el deporte y muchos otros ejercicios recreativos están diseñados para “despertar emociones, evocar tensiones en forma controlada”, esto es, “sin los riegos y tensiones habitualmente asociados con la excitación en otras situaciones de la vida; o sea, una emoción ‘mimética’ que puede ser agradable y producir un efecto liberador y catártico (...) un placentero de-control de los sentimientos” (idem., pp. 64-66).

Ahora, este civilizado control de los sentimientos puede “ir seguido, incluso acompañado, por vigorosos movimientos en la dirección contraria”, lo que Elias llamó “procesos de-civilizadores” (1996, p. 61).

Lôic Wacquant, siguiendo el devenir de este esquema eliasiano, enuncia que “la evolución del gueto negro norteamericano desde 1960” podría ser interpretada “como el producto de la inversión de estas tendencias”

15 Esto tiene que ver con la *sublimación* de la que habló Freud (2000): tensiones subjetivas referidas a la renuncia que hace el sujeto neurótico, es decir, aquel que decide renunciar a la gratificación pulsional para construir cultura o, en el caso de Elias, civilización.

civilizatorias, esto es, como un “proceso descivilizador” cuya principal causa no se encuentra en el surgimiento de valores desviados, sino en la “disminución multifacética” del Estado norteamericano y “el correlativo derrumbe de las instituciones del sector público...” (2010, pp. 50 y 51).

El autor francés habla de tres tendencias que materializan esta descivilización del gueto: una despacificación de la vida cotidiana, esto es, un ambiente de “extrema peligrosidad” y de “violencia pandémica”; además, una desertificación organizativa del gueto, en donde, la “erosión del espacio público, la declinación de las instituciones sociales” ha provocado un desierto organizativo; por último, una desdiferenciación social e informalización económica, relacionada con la “declinación de la economía formal y la caída del mercado de trabajo en el gueto”, lo cual potencia la economía informal (el comercio de narcóticos, incluido) (ídem., pp. 52-59).

Wacquant menciona un proceso simbólico dentro de esta descivilización material del gueto negro, la llama *underclass* [infraclase] (o *demonización*), la cual es definida como el “cuarto mundo”, “los excluidos” o el “subproletariado”. Esta *underclass* es descalificada por ciertos sectores sociales, pues para estos esta está compuesta por integrantes con “conductas patológicas de destrucción y autodestrucción”; imaginariamente el término es sinónimo de “negros pobres e indignos”, “anormales” con comportamientos “aberrantes” (ídem., pp. 64-71).

¿Podríamos incluir a las barras organizadas de fútbol dentro de esta denominación descivilizada y demonizada, referida por Wacquant para el gueto negro norteamericano de las décadas del 80 y 90 del siglo pasado? Más adelante presentaré varios discursos (medios de comunicación y funcionarios futbolísticos) y los resultados de la encuesta sobre percepciones acerca del fútbol y barras de fútbol en Costa Rica, que arrojan algunos elementos empíricos que podrían sostener una respuesta afirmativa a la pregunta.

Sin embargo, es necesario matizar ese escenario, porque no todos los jóvenes que integran barras en este país viven en contextos similares a los descritos por el autor francés para las poblaciones negras de la Chicago del último cuarto del siglo XX; incluso, no subsisten bajo las mismas limitaciones materiales. Eso sí, son muy estigmatizados por ciertos sectores, aunque no siempre son percibidos como aberrantes, indignos, pobres o “anormales”.

Es decir, la descivilización en los términos de Wacquant pone el énfasis en las erosionadas condiciones materiales de existencia como razón fundamental para la *demonización* de ciertos grupos; lo cual deja de lado la activa participación que estos sujetos pudieran tener dentro de sus contextos cotidianos.

Howard Becker propone la noción de *Outsiders*, para referirse al sentido que diversos sectores de la sociedad (por lo regular con ciertas cuotas de poder), dan a las personas que son incapaces de vivir según “las normas acordadas por el grupo” y que no merecen confianza; sujetos que son vistos como marginales o desviados (2012, p. 22).

Para el autor estadounidense, la desviación es creada por la sociedad, pero no se refiere a la manera en que esto se entiende de manera regular, “que sitúa las causas de la desviación en la situación social del individuo desviado o en los ‘factores sociales’ que provocan su accionar”; más bien, hace referencia a que “los grupos sociales crean la desviación al establecer las normas cuya infracción constituye una desviación y al aplicar esas normas a personas en particular y etiquetarlas como marginales”. Acá coincide y, a su vez, va más allá de Wacquant: “la desviación no es una cualidad del acto que la persona comete, sino una consecuencia de la aplicación de reglas y sanciones sobre el ‘infractor’ a manos de terceros”. El comportamiento desviado es aquel que la gente etiqueta como tal (ídem., 28).

Que un acto sea desviado o no, depende “de la forma en que otros reaccionan ante él”, argumenta el autor heredero de la Escuela de Chicago y, de inmediato, nos ilumina con este enunciado: “el punto es que la respuesta de los otros debe ser considerada como parte del problema”. El hecho de que alguien haya infringido una regla no implica que los otros, aun sabiéndolo, vayan a responder y, viceversa: el hecho de que alguien no haya violentado una norma no implica que no vaya a ser tratado como desviado (ídem., p. 31).

Las reglas suelen aplicarse con más rigurosidad sobre ciertas personas, por ejemplo, dice Becker, los grupos juveniles: “los procesos legales contra jóvenes de clase media no llegan tan lejos como los procesos contra jóvenes de barrios pobres”; precisamente porque “la desviación no es simplemente una cualidad [intrínseca] presente en determinados tipos de comportamientos y ausente en otros, sino que es más bien el producto de un proceso que involucra la respuesta de los otros”, en este punto, el autor remata: el hecho de que un acto sea desviado o no, “depende en parte de la naturaleza del acto en sí (vale decir, si viola o no una norma) y en parte de la respuesta de los demás” (ídem, pp. 32-34).

Me parece que esto ocurre con las barras de fútbol. En ocasiones son consideradas como parte del espectáculo futbolístico, por el colorido que suponen las banderas, la música, los lienzos y los cánticos, los cuales muchas veces son discriminatorios, soeces, homofóbicos y machistas, pero en ese contexto, dicha violencia no es sancionada pues parece ser parte del espectáculo; sin embargo, cuando estas formas agresivas pasan de lo simbólico a lo físico: peleas, disturbios, robos, etcétera, ahí sí, las sanciones y consideraciones desviadas son naturalizadas y achacadas a los adherentes de estos grupos, aun cuando parte de la sociedad también transgrede las más elementales normas de no violencia física en su cotidiano vivir. En este sentido, el “outsider del aguante” contraviene muchas veces la norma, sí, pero su consideración desviada no proviene solo de este hecho, sino también de las miradas externas sancionatorias que establecen como tal –o no– un acto marginal.

A partir de lo anterior, se puede entender lo que Claudio me indicó acerca de sus escapes de la escuela y de la posibilidad de que su madre descubriera que él estaba asistiendo a la Garra, porque, para muchos sectores de la sociedad, ser integrante de una hinchada significa marginalidad, pero, sobre todo, descivilización y desviación.

En las siguientes secciones presentaré información que refrenda la frase: “¡Dios guarde mi mama se diera cuenta!”, es decir, que respalda esa visión sobre la condición descivilizada que pesa sobre las hinchadas organizadas de fútbol.

“A estos huevones les interesa ocasionar caos... que el mundo arda”

Este carácter descivilizatorio de los *outsiders* es representado de diversas maneras en distintos sectores sociales, por ejemplo, en medios de comunicación, los cuales recrean una serie de ideas estigmatizadoras. Veamos el siguiente titular y parte de la noticia del diario digital español *La Información*:

Violencia en el fútbol de Costa Rica; muchos responsables y pocas soluciones

Los hechos violentos ocurridos el pasado domingo en el Estadio Nacional de Costa Rica han abierto, por enésima vez, el debate en

este país sobre el riesgo que suponen las barras bravas del fútbol, un problema que parece tener muchos responsables y pocas soluciones efectivas.

Las primeras barras bravas de Costa Rica aparecieron a mediados de la década de 1990 con la intención de apoyar a sus equipos, pero poco a poco fueron evolucionando hacia grupos violentos que obligaron a las autoridades a idear planes especiales de seguridad cada fin de semana.

Los constantes pleitos entre las barras y hasta saqueos de locales comerciales cercanos a los estadios, especialmente en zonas alejadas de la capital, provocaron que las autoridades del fútbol y el Gobierno aprobaran a mediados del año pasado una ley que castiga la violencia y el racismo con hasta tres años de prohibición de ingreso a escenarios deportivos.

Pese a ello, el pasado domingo, un grupo de integrantes de ‘La 12’, barra que apoya al Alajuelense, protagonizó disturbios en el Estadio Nacional de San José, cuando su equipo disputaba un partido frente al Cartaginés.

Los de ‘La 12’ persiguieron, agredieron y asaltaron a aficionados del Cartaginés, mientras estos corrían y saltaban al campo en busca de refugio ([Marín, 2014](#)).

El diario *La Teja* de Costa Rica también hace alusión a esta construcción desviada de las barras con el siguiente titular y la información que desarrolla enseguida.

La Ultra ensucia el clásico

Por ESPN el mundo se pudo dar cuenta del cáncer que enferma las graderías del fútbol tico.

El clásico entre Saprissa y Alajuelense, que se jugó en el estadio Ricardo Saprissa, se ensucio (sic) con las broncas constantes en las graderías de sol sur que armó La Ultra, Barra organizada de Saprissa.

Los aficionados morados se agarraron a patadas y manazos con los oficiales de la fuerza Pública que estaban vigilando la gradería y

durante el primer tiempo se tuvo que parar el partido en 2 ocasiones porque las peleas con los policías eran grandes y ponían en riesgo el espectáculo.

Centroamérica se pudo dar cuenta de ese cáncer que enferma las graderías de los estadios en el fútbol tico, las barras organizadas, las cuales han llenado de sangre, problemas y hasta muertes, nuestro fútbol desde que nació la primera 1995, La Ultra Morada [sic] ([Redacción Diario La Teja, 2020](#)).

Varios elementos son rescatables de las dos noticias anteriores. La visión de criminalidad y violencia que parece recaer sobre estas agrupaciones. También, y no menos importante: cierta idea sobre el carácter enfermo (“cáncer”) que parece ser natural en las personas que integran hinchadas y que degrada el fútbol nacional. Estos/as jóvenes parecen ser los responsables de una especie de perversión en el deporte. Al respecto, es importante preguntarse: ¿son las barras las únicas actrices productoras de violencia dentro del escenario futbolístico? Acerca de esta naturalización de la desviación y como ya he podido exponer arriba: ¿de dónde provienen las hinchadas? ¿Acaso son sujetos venidos de otro universo que tienen el objetivo de enfermar la apacible convivencia nacional y, dentro del ella, el fútbol? Es decir, puede uno plantearse que algo le puede estar faltando al enfoque que se le da a este tipo de noticias, porque se suele satanizar a grupos específicos con, en muchas ocasiones, información escasa y fuera de contexto.

Sobre la nota anterior de *La Teja*, el diario *La Nación* indicó:

Exacerbados, los fanáticos pelean codo a codo con la seguridad. No paran, ni cuando se acercan los jugadores de Saprissa a calmarlos, en una trifulca que nadie sabe a ciencia cierta cómo y cuándo se inicio [sic].

Lo que en un inicio parecía una gresca entre los mismos aficionados morados de la gradería sur, pronto tomó aires de batalla campal, con la policía de por medio, intentando poner orden en esa zona en la que no ingresan los extraños.

Llegaron los jugadores, Michael Barrantes, Johan Venegas y David Guzmán, a pedirles que se detengan.

El árbitro Henry Bejarano se ve obligado a detener el cotejo como medida para tratar de apagar el incendio, pero nada pasa.

Ni la sangre, ni el arresto de dos aficionados paró el conflicto. La Ultra se amontonó para lanzar golpes y patadas cerca de la malla que se ubica detrás del arquero Leonel Moreira.

Ahí se agruparon los policías, obligados a utilizar la fuerza, insuficiente para frenar el caos.

Un fanático camina con un niño de la mano en medio del desastre, otros feligreses continúan saltando bañados en sangre y sin camisa, como si nada hubiera pasado.

Fue hasta que Fuerza Pública empezó a moverse, que se calmó el conflicto, como si nadie permitiera que entraran a su territorio minado.

El clásico fue parado por primera vez en el minuto 26, cuando Alajuelense iba a cobrar un tiro libre; el juego sufrió una pausa de cinco minutos.

Ocho minutos después de la reanudación, se dieron nuevamente los encontronazos en las graderías. Ante esto el central Henry Bejarano decidió paralizar el cotejo por 20 minutos.

Aunque la policía sacó de las gradas a unos cuantos aficionados, la revuelta no se detuvo hasta que los equipos se retiraron a los camerinos y se dio la intermediación del jefe de la seguridad del estadio (Alfaro, 2020).

Además de las metáforas mencionadas anteriormente relacionadas con la criminalidad, violencia y enfermedad, se agregan otras ideas en medio de la “trifulca” descrita por *La Nación*: el desorden y la incapacidad de control de estos sujetos anómicos. Parece que ni la policía es capaz de ponerlos en orden. El conflicto aparece de manera espontánea y ninguna noticia explícita qué fue lo que pasó y cómo se originó; tampoco se retoma la palabra de los/as barristas implicados/as. Pareciera existir una sola versión de los hechos.

Al respecto de ese incidente -reseñado por los medios- ocurrido en la gradería sur del estadio Ricardo Saprissa Aymá en el año 2020, tuve

oportunidad de conversar con varios ultras. Ellos me decían que, desde hacía algún tiempo, tenían un trato con la dirigencia de Sapriisa (club que paga la seguridad privada dentro del estadio): cuando surgiera algún altercado interno en la hinchada, ellos mismos se harían cargo del asunto, es decir, la barra se encargaría del conflicto y, de ser necesario, sacaría a los implicados en la situación (como ya había pasado en varias ocasiones) y, mientras tanto, el espectáculo continuaría. Sin embargo, para ese partido, y según las versiones de los ultras, dentro de la gradería sur estaban apostados efectivos de la Fuerza Pública, quienes, al inicio de una pelea interna, intervinieron para calmar los ánimos con violencia (en varios videos de ese día -captados por integrantes de la barra- se veían jóvenes con la cara ensangrentada, debido a los golpes de los bastones policiales), lo cual contravino el pacto que barra y club tenían.

Más adelante (capítulo III), abordaré esta *performance* del conflicto de las hinchadas, en donde se dan una serie de acontecimientos internos que llaman la atención por la tensión subyacente. Sin embargo, por ahora, quiero enfatizar algo que los medios no contemplaron en torno a esa “trifulca” y es que, en la situación había, por lo menos, dos actores: policías y ultras, ambos activos partícipes de lo acontecido, según lo enunciado por mis interlocutores, lo que pude observar en los videos que ellos mismos me mostraron y en las imágenes que transmitieron los medios de comunicación por aquellos días. Las investigaciones periodísticas no contemplaron en ningún momento el criterio de los miembros de la hinchada.

Ahora bien, uno de los funcionarios del Club Sport Herediano (CSH), parece coincidir con los criterios esbozados por la prensa:

Onésimo: ¿Qué habría que hacer con estos grupos don “X”? ¿Qué se puede hacer?

Funcionario: Es que lamentablemente, es como, a mí me gusta el *Heavy Metal*, y, si yo voy a ver a *Kiss* ahora que lo están anunciando, pues me voy a vestir como ellos, no voy a ir de tenis, *jeans*, una camisa polo, sofisticado, más, más joven adulto contemporáneo clase media, hasta ahí, ni alta, clase media. ¡No hombres!, me voy a vestir así, me pinto los ojos y camisa negra y si voy a llevar los tenis más feos, los voy a llevar y los *jeans* más rotos... me adapto al perfil de lo que voy a ir a ver.

Entonces, el problema de ellos es que ellos se adaptan a lo que creen que es una barra: violencia, drogas, alcoholismo, desorden, ocasionar el caos, y como el *Joker*, ahora que está de moda el *Joker*, que el *Joker* -ayer lo estábamos analizando-, estábamos analizando un meme, porque yo no lo entendí, bueno, eso no te va a interesar, pero yo lo hago como manera de comentario. Entonces ayer yo le preguntaba a un amigo, podrá ser la mejor película del año, pero no llegará a ser la más taquillera, no se trata de dinero, sino de enviar el mensaje y entonces yo no le entendía esto, y entonces yo le pregunté al amigo -que es experto en ese tipo de películas-, “mae, ¿qué tiene que ver la relación?”, es que el *Joker*, al *Joker* no le interesa el dinero, no le interesa, le interesa ocasionar el caos, le interesa ocasionar desorden, esto significa que la mafia de Ciudad Gótica le pagó para capturar a Batman, y eso es dinero, entonces este dinero lo quemó el *Joker*, como dando a entender ‘a mí no me interesa la plata de los mafiosos de Ciudad Gótica, le interesa ocasionar...

Onésimo: Que el mundo arda...

Funcionario: Que el mundo arda. Entonces yo creo que pasa lo mismo, yo creo que a estos huevones les interesa ocasionar un caos, pelearse, yo creo que es parte de, del *look*, de ‘a lo que vinimos’, ¿por qué?, porque copiamos conductas, así pasa en Argentina, así pasa en Chile, así pasa en Brasil, entonces yo creo que por ahí va el asunto (...) acuérdense, que el primer aficionado muerto por una barra fue un herediano. Sí, ahí creo que se ha calmado, ya no ha habido tanto pleito; ahora que aparece un pleitillo, un pleitillo, un pleito; yo lo considero como un pleito de cantina, solo que se ve en tele (...) se magnifica la situación ([entrevista con funcionario del Club Sport Herediano](#)). Heredia, 6 de noviembre de 2019).

La comparación con el *Joker* no es menor. Recordemos que en la primera entrega de la saga cinematográfica acerca del villano de Ciudad Gótica, interpretado por Joaquin Phoenix, el personaje principal es un tipo invadido por la tristeza y la depresión, el cual, a partir de múltiples circunstancias familiares y sociales deviene en una condición sociopática. La comparación del carácter sociopático del *Joker* con la actuación de las barras me parece muy interesante y de mucho cuidado, porque se articula con los criterios mediáticos de enfermedad (“cáncer”) y de caos incontenible depositado en estas agrupaciones.

“Hacer que el mundo arda en medio de un caos incontrolable” me hace recordar ese malestar descivilizatorio acerca del cual ya tuve oportunidad de explayarme en un apartado anterior. Es como si estos sujetos barristas no fueran producto de sus condiciones sociales de existencia, por lo cual, generan una anomia general que les es natural.

Eduardo, miembro y exdirigente de la Garra Herediana, pareciera hacer eco de estas ideas descivilizatorias, sin embargo, la última parte de su testimonio enuncia otras posibilidades que no son tomadas en cuenta por la mayoría de los medios de comunicación, ni por el funcionario herediano.

Onésimo: Y estas tensiones entre barras con las otras barras, ¿cómo empezaron? Por ejemplo, recuerdo aquel muchacho de Heredia, el que mataron.

Eduardo: Ajá, Manson. No, no era compa, pero era, él sí era de otra, de otra peña, él era de Legión, pero digamos sí andaba igual como te digo con gente de El Sur que eran, diay mae, él vivía en Mercedes Sur, entonces la mayoría del Sur eran de ese lado, entonces viajaban juntos, pero digamos, yo solamente era de saludarlos y ya. En ese tiempo él tenía, si no me equivoco como 17 por ahí...

Onésimo: ¿En qué año fue eso?

Eduardo: Eso fue en el 2000. Eso, digamos, como te digo, yo antes no viajaba, pero para ese partido, digamos los que sí fueron, cuentan que el chavalito, igual se encontraron barra con barra, ¿verdad?, porque era en el clásico contra la Liga [Liga Deportiva Alajuelense], y entonces, eso fue antes, por la iglesia, por la Agonía, y entonces cuando se toparon, di, empezaron voladeras de piedras, botellas y todo eso, y él salió... cómo decirte... dentro de unos buses que habían parqueados, salió así de... la pelea está por aquí al frente y él salió de un costado, salió por aquí y se lo topó de frente y nada más le hizo así con la botella, pero se la pegó aquí, ¿ya?, todo el mundo dice que es en la cabeza, pero no, fue aquí en la sien y parte del ojo. Entonces le hizo un derrame cerebral, entonces ahí fue cuando, cuando digamos... entonces él duró en coma un buen tiempo y ya después fue que ya...

Onésimo: ¿Cómo se explica esta vara estas peleas entre barras? Mae, vos siendo barra, como decís, ‘¡uy mae!’ pero por ejemplo

esta vara, que este mae murió verdad y uno dice di mae, eh, no sé, no tenía que morir...

Eduardo: Es que digamos, uno en lo que se enfoca no es a pelear, no es a las broncas, sino, di, obviamente es al equipo, al apoyo, entonces digamos, esas son cosas extras que pasan, que usted, di, a veces puede prevenir, pero de momento como no puede hacer nada, es pura adrenalina, o furor, no sé, algo así. Sí, porque digamos, no es algo que usted diga, digamos, vamos para el nacional, entonces usted sabe que tal vez hay más de uno de Tibás o algo así de la Ultra pueden estar ahí, pero usted dice, ‘no, vamos al Nacional porque es un partido en el Nacional, qué chiva y toda la cosa’. Pero si pasa esto, ¿qué?, di no, hay que quedarse nada más.

Onésimo: Pero la otra vez, porque eso suena como a que es una cuestión fortuita, ¿verdad? Pero la otra vez, me acuerdo de aquel viaje con ustedes, fuimos a Guadalupe... creo que era, cuando nos devolvimos, pasamos al estadio, a Tibás...

Eduardo: Ahhh, ¡para la foto! Pero eso fue al final, digamos, porque siempre nos enfocamos primero al viaje, verdad, ¿ya?, llegamos, de hecho ni se mencionó que vamos para ahí, pero ya hasta después de regreso fue eso, pero sí hay gente, di, que la adrenalina de ellos es para agarrar a uno de la Ultra, y desquitarse, por decirlo así, pero sí, a pesar de ese toque hubo un montón de gente que ni se bajó de la buseta porque no querían, había otros, bueno, yo tengo la foto ahí, pero que ni en la foto, en la foto salen tapándose la cara por la misma cosa [por temor a represalias] ([entrevista con Eduardo](#), en aquel momento, dirigente de la Garra Herediana. Heredia, 17 de mayo de 2019).

Ese día que la buseta pasó por Tibás (cantón josefino donde se encuentra el Estadio Ricardo Saprissa y, en consecuencia, “territorio ultra”), yo iba con la gente de la Garra (más adelante me extenderé sobre esta anécdota). Quiero, por ahora, enfatizar en que el testimonio de Eduardo pareciera articularse con la percepción mediática que relaciona a estos grupos con comportamientos desviados. Sin embargo, es importante destacar algo que no menciona la prensa y es el objetivo lúdico/hedónico que atraviesa la constitución de las hinchadas. Quiero decir: el objetivo principal de las barras no es generar una “violencia sociópata descontrolada y caótica”, lo cual no quiere decir que no generen violencia, pero no en

esas dimensiones y con ese cálculo criminal que pareciera prevalecer en la lógica de ciertos sectores.

Mientras tanto, algunos medios de comunicación siguen haciendo eco de metáforas relacionadas con la idea de la descivilización. En este caso, el diario digital *AmPrensa*, habla de las barras como colectivos pandilleriles involucrados con el crimen organizado:

300 pandilleros secuestran pasión por el fútbol y seguridad en estadio

Desde la década de los 90's, la pasión por el fútbol y la seguridad en los estadios costarricenses son secuestradas por pandilleros que se filtran en las peligrosas barras, las cuales cada año se adueñan de los espacios del deporte con disturbios que acaban con heridos y decenas de detenidos.

Gerardo Castaing, criminólogo experto en temas de seguridad, aseguró que las barras de fútbol se han convertido en organizaciones criminales que se deben atender con determinación, pues ya no se tratan de grupos que simplemente dan apoyo emocional a sus equipos.

Aunque no son comparadas con organizaciones como las maras salvadoreñas, según Castaing, sí constituyen organizaciones criminales con cabecillas cuyo objetivo no es el partido, sino generar anarquía (Redacción, *AmPrensa*, 2017).

Una comparación¹⁶ similar hace *La Nación* de Costa Rica, refiriéndose a una publicación del diario *El País* de España:

El País de España compara a las barras bravas de Costa Rica con las maras de Centroamérica

El conflicto desatado por las barras bravas en los estadios de Costa Rica fue comparado con la inseguridad y la criminalidad que se vive en El Salvador, Guatemala y Honduras a manos de las maras, según el periódico español *El País*.

16 Al respecto, en un artículo científico (Rodríguez, 2019a), desarrollé varias reflexiones con relación a la diferenciación entre pandillas y barras de fútbol; en resumen, indico que son fenómenos distintos, devenidos de contextos socioculturales y económicos particulares, con niveles de violencia y fines/objetivos diferentes. Es decir, la comparación entre pandillas, barras de fútbol y organizaciones criminales es ligera y simplista; sugiere, además, un profundo desconocimiento sobre los imaginarios de estos grupos.

El reportaje detalla que La Ultra y La Doce operan en peñas, por zonas con mando único, además señala que han obligado a compañías de transporte público para que los trasladen hacia los reductos deportivos.

Se confirma que tienen antecedentes de robo, portación ilegal de armas, tenencias de drogas, asaltos a viviendas y hasta tentativas de homicidio (Durán, 2014).

Además de todos los calificativos despectivos empleados regularmente por medios de comunicación (expuestos en las noticias presentadas en esta sección), se suelen emplear otras palabras como “bárbaros”, “salvajes”, “inadaptados” y “gamberros”, para referirse a las personas que integran estos colectivos.

Esta tendencia de cierto sector de la prensa nacional tiende, en primer lugar, a reducir el comportamiento de estos sujetos a uno desviado, criminal y patológico, la cual, en segundo lugar, aleja toda posibilidad de pensarlos desde un lugar que no enfatice en la irracionalidad. En estas condiciones no es posible imaginar un lugar alternativo-reflexivo en donde los/as jóvenes hinchas sean tomados/as en cuenta como activos/as constructores/as de sus complejas prácticas cotidianas, las cuales trascienden la lógica descivilizatoria.

Los/as mismos/as barristas se refieren a estas lógicas imperantes en medios de comunicación:

Eduardo: No, no, y de hecho antes más bien había más interés de la gente que ahora, porque ahora es una pura rogadera: ‘¡qué! ¿van a ir?’ ¿Ya? por WhatsApp, grupos o en face: ‘¿Qué, va a ir?!’, y antes usted digamos, un domingo llegaba y decía: ‘el próximo viaje es el...’ no sé, digamos que a Cartago... ‘es el sábado a las 6 de la tarde’; a la 1:00 p.m. nos quedábamos de ver en mi casa todos, y eran las 12:00 md., y ya estaban 20, 30, en la casa de uno para irnos para el estadio, digamos de peña, ¿verdad?

Y ahí, ya nadie era de rogarle, ni irlo a buscar, ni decirle que no tengo plata, a pesar de que en ese tiempo igual, di, con los que yo andaba eran de la edad de uno, ¿verdad?, que todavía estábamos estudiando y todo eso, di, prácticamente, yo las entradas y los viajes que yo sacaba eran con plata que me daban para almorzar, y para el colegio,

pases, y entonces yo digamos, porque, di, en eso, uno eso se los ahorra, aguantaba hambre todo el día para llegar a guardar esos 600 colones, 500 colones que eran que a uno le daban diario.

Onésimo: ¿Y qué pasó, que pasaron de llegar mucha gente sin mucha convocatoria, sin teléfonos inteligentes, sin *WhatsApp*, a ahora digamos que llega menos gente?

Eduardo: Diay, por la misma, digamos, diay, que la influencia digamos de los medios que hacen, diay, que digamos, pasa algo y tal vez, di, mi mama sabía que yo estaba allá y todo, y vieron en la tele, entonces, ‘no, ya usted no vuelve’ o ‘usted tiene familia’, ‘usted tiene hijos’, ‘usted tiene esto y esto’, ohhh, entonces ya se limitan al próximo viaje, entonces dicen, ya el próximo ‘porque mi mama me regañó, vio la vara, vio el problema’, antes pasaban las cosas y todo quedaba interno, nadie se daba cuenta, entonces ya era como más reservado, ahora es que ya todo sale a la luz, hasta no, no entre la misma gente sino ya hasta gente de afuera, que pasa grabando y todo eso entonces pues es cuando se hace que, digamos la demás gente traten, di, cómo evitar esos problemas ([entrevista con Eduardo](#), en aquel momento, dirigente de la Garra Herediana. Heredia, 17 de mayo de 2019).

Una integrante de la Garra a quien llamaré Artemisa¹⁷ –mujer trabajadora y estudiante, en aquel momento, de 35 años de edad, madre de dos hijas y con una amplia trayectoria en la agrupación herediana– hace una importante reflexión al respecto:

Onésimo: ¿Qué opina acerca de ser vistos como criminales o gente dañina para el fútbol y la sociedad, fundamentalmente de parte de cierto sector de la opinión pública, y de algunos medios de comunicación? y ¿por qué piensa así?

Artemisa: Ese concepto está muy manoseado por la misma prensa amarillista y que busca polémica, si bien es cierto que se generan rivalidades, pero no puede encasillar y generalizar a todos como criminales, dentro de la Gh [Garra Herediana] hay mucha gente preparada (abogados, ingenieros, administrativos, empresarios, contadores y

17 Esta entrevista fue realizada vía *WhatsApp* debido a la situación de emergencia nacional que atravesaba el país por la enfermedad covid-19 durante la primera mitad del año 2021. Le envié las preguntas a Artemisa. Ella me las respondió a través de mensajes de texto.

demás que no podría decir son criminales). Existen personas más dañinas para el fútbol y no son los hinchas precisamente ([entrevista con Artemisa](#), integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Este testimonio está muy relacionado con cierto imaginario que se puede encontrar en algunos sectores sociales: cierto grado de preparación académica o profesional hace que la criminalidad no sea una práctica usual (clasismo). Pareciera que Artemisa emplea este ideario como mecanismo para defender un hecho que para ella no puede ser generalizable: ser considerados como criminales o delincuentes. Pero además apunta algo muy importante hacia el final de su intervención: existen personas más dañinas para el fútbol y no son hinchas. No sé a qué personajes en específico hacía referencia, pero el lector o lectora, a quienes les gusta el fútbol podrían sacar sus propias conclusiones (máxime con las sonadas prácticas antiéticas y casos de corrupción asociados a altos jerarcas del fútbol nacional y mundial, respectivamente).

Los/as jóvenes de la Ultra Morada narran situaciones en donde –al igual que los/as garreros/as– parecen estar conscientes de ser vistos bajo esta lógica de la descivilización de los *outsiders* con que son percibidos de parte de diversos sectores sociales. Para muestra, la siguiente anécdota etnográfica entresacada de mi diario de campo.

El domingo 22 de octubre de 2017, Saprissa jugó contra Limón en el estadio Ricardo Saprissa Aymá. Para ir al estadio, me puse de acuerdo con Mariano –vía *WhatsApp*– desde el sábado anterior en la noche. Él me pidió que los llevara a él y a otros –junto con algunos instrumentos musicales– a la cancha. Me citó en Guararí de Heredia a las 8:40 am.

El domingo temprano, ya de camino hacia Guararí, Jairo –a quien había recogido cerca de mi casa, en el centro de San Isidro de Heredia–, me contó una historia sucedida en el último partido que jugó Saprissa en Guápiles (zona atlántica de Costa Rica): mientras varios integrantes de la banda viajaban hacia dicho sector, la policía los detuvo en algún trayecto del camino; iban en la buseta del padre de Fabricio. Eran alrededor de 11 personas, según Jairo. El asunto es que la Fuerza Pública los detuvo justo detrás del bus que transportaba a los integrantes de la Doce (quienes ese mismo día viajaban hacia Limón –ciudad ubicada en el puerto del Atlántico del país– para un partido entre Liga Deportiva Alajuelense y Limón F.C.).

La policía, según Jairo, hizo que todos los ultras se bajaran del vehículo para requisarlos. No les encontraron nada (drogas, alcohol). Aún así, los iban a devolver, únicamente por el hecho de ser integrantes de la Ultra.

Al parecer, también devolvieron el bus de la Doce. De hecho, Jairo y los demás vieron cómo devolvieron el vehículo de sus rivales. Según me cuenta este joven, él negoció con uno de los oficiales de tránsito (que también estaban en el lugar) para que los dejaran seguir el camino. Según su relato: “yo le dije al mae que nos dejara seguir, porque ya habían devuelto a la Doce, y si nosotros nos devolvíamos, íbamos a tomar el mismo camino; iba a haber bronca... nos esperarían”. Luego de un rato, a partir de la negociación, según Jairo, los oficiales los dejaron seguir hacia Guápiles.

Una integrante de la Ultra –a quien llamaré Tais¹⁸ y que es hincha desde 1998– hace un análisis cercano a lo referido por otros miembros de ambas agrupaciones, sin embargo, acepta que a veces ese comportamiento descivilizatorio (*outsider*) tiene algún fundamento.

M: ¿Qué opina acerca de ser vistos como criminales o gente dañina para el fútbol y la sociedad, fundamentalmente de parte de cierto sector de la opinión pública, y de algunos medios de comunicación y por qué piensa así?

Tais: Qué pregunta más difícil, o sea ¿qué pienso? Pues yo en lo personal a nadie le gusta ser tratado mal. Creo que siempre lo he dicho y lo voy a sostener, la vida de barrismo no es una vida barata, todo el mundo cree que el barrista siempre, nos encasillan ahí como unos pobretes y así, pero ser barrista... es, es caro tener la camisa del equipo. Nosotros siempre queremos andar en los mejores estilos Y es caro y estar yendo a las canchas afuera, adentro, nosotros nos pagamos todo, nuestras entradas, miércoles-domingo, miércoles-domingo es una vida, di, cara, yo creo más que nada que uno como barrista empezó a comportarse como nos trataban, yo creo que así fue y me acuerdo mucho cuando a veces íbamos

18 Esta entrevista fue realizada vía *WhatsApp* debido a la situación de emergencia nacional que atravesaba el país por la enfermedad covid-19 durante la primera mitad del año 2021. Le envié las preguntas a Tais. Ella me las respondió a través de mensajes de audio; las consultas se las iba realizando su pareja sentimental a quien llamaré “M”.

afuera, recuerdo a Osa [Península de Osa en el sur del país], me acuerdo cuando hemos ido a Guanacaste, cuando hemos ido a viajes largos, que como habían lugares donde llegamos y nos abrían las puertas y nos recibían super bien, también me acuerdo una barra consumiendo y dejando dinero en esos pueblos, a como también me acuerdo llegar a lugares donde nos bajaban las cortinas, donde nos trataban super mal y pues lamentablemente también ver a la barra portándose mal. Entonces al final creo que mucho nos lo hemos ganado, mucho... es una pregunta que hay tanto que decir, pero yo en lo personal, yo no me considero una delincuente, pero a veces hay circunstancias que me hacen comportarme tal vez como tal, cuando yo he visto una injusticia de un policía pegándole a un integrante de la barra que uno sabe que no está haciendo nada, di, ¿qué hace uno? Meterse, pelear y ya ahí yo me estoy convirtiendo en una delincuente porque estoy haciendo algo no correcto, entonces no sé [...] creo que hay mucho que abarcar, es una pregunta... o sea, hay tanto que decir, creo que yo en lo personal... se siente mal pero también siento que es un tema, es como en todo, siempre van a querer ver lo malo y nosotros nos hacemos encasillado, no sé, no lo puedo justificar, creo que también uno de los errores fue seguir, tomar como referencias a las barras grandes de afuera, de otros países, y tal vez pues erróneamente nos hemos empezado a comportar así y querer ser los más fuertes, los que no tienen miedo a nada, entonces di, cada quien lo verá cómo lo quiera ver ([entrevista con Tais](#), integrante de la Ultra Morada, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Un par de cosas interesantes de este testimonio. En primer lugar, al igual que Artemisa, esta joven saprissista asocia pobreza con delincuencia, es decir, para ella tener cierto nivel adquisitivo (no pobre), los/as hace estar fuera del registro de criminalidad, lo cual reproduce un estereotipo muy usual en nuestras sociedades: la pobreza deviene en comportamientos anómicos, criterio con el que creo, se debe de tener cuidado, porque se termina criminalizando y encasillando una situación social compleja y sensible.

En segunda instancia está ese “portarse mal” que esgrime Tais, reconociendo que en algunos momentos la Ultra ha actuado de forma inadecuada o, bien, no han seguido los cánones morales del “buen comportamiento” (ver en el [capítulo II](#) lo relacionado a la *trastienda* de las barras).

Aunque siempre su discurso advierte comportamientos que van más allá de ese “portarse mal”, evidenciando que no son reducibles al estereotipo del hincha furibundo.

Ahora bien, todos estos imaginarios que he expuesto en esta sección sobre las barras organizadas de fútbol en Costa Rica parecieran alimentar –como acierta Tais en su análisis– ciertas percepciones negativas de la ciudadanía, que los reduce a conductas desviadas.

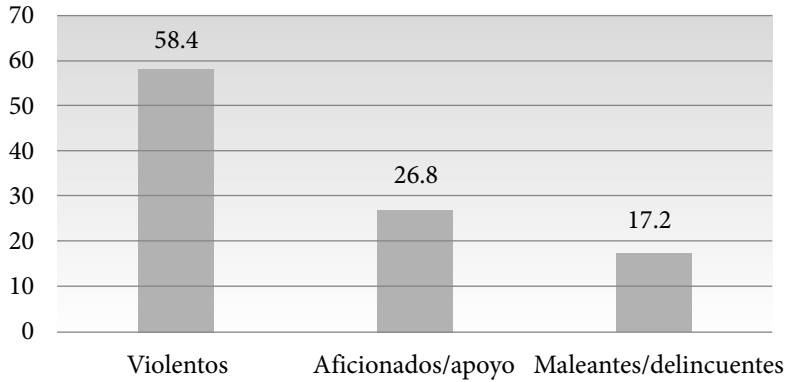
En el siguiente apartado seguiré fundamentando, con datos estadísticos, esta idea descivilizatoria que pesa sobre las hinchadas. El “Dios guarde mi mama se diera cuenta” de Claudio adquiere un sentido público desde la interpretación que, en un primer momento, pareciera hacer un sector representativo de la ciudadanía costarricense.

“Sos mi vida, mi pasión, mis alegrías”: el desconocimiento público de los/as descivilizados/as

La encuesta *Percepción de la población costarricense sobre fútbol y barras de fútbol* (IDESPO, 2019), arrojó datos muy interesantes relacionados con estas percepciones desviadas que pesan sobre las hinchadas. El siguiente gráfico muestra que más del 75% de las personas entrevistadas tienen una opinión muy desfavorable acerca de estos colectivos.

Es interesante notar que un alto porcentaje de la población entrevistada (58,4%) aduce que “violentos” es una de las primeras palabras en la que piensan cuando escucha “barras de fútbol”; lo cual se une al 17,2% que las concibe como “maleantes/delincuentes”. Solo un 26,8% (aproximadamente, 1 de cada 4) utilizó las palabras “aficionados/apoyo”, que hace pensar en un fin lúdico más que violento de parte de las personas que integran estos grupos. Es importante decir que estas fueron las tres respuestas más frecuentes, lo cual guarda estrecha relación con las concepciones/imaginarias que sobre las barras existen en el país, muy vinculadas a las elaboraciones mediáticas, como ya he expuesto en la sección anterior.

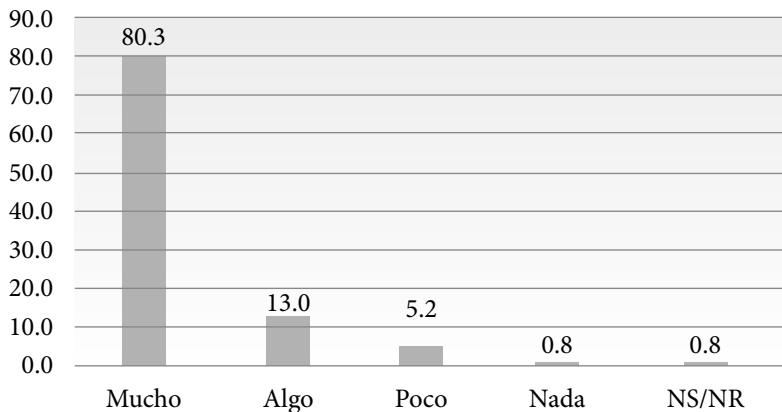
Gráfico 1. Respuestas más frecuentes con que la población encuestada asocia a las barras de futbol



Fuente: IDESPO-UNA, 2019.

Ahora, el siguiente gráfico indica la existencia de cierta coherencia con lo precedentemente expuesto: una gran mayoría de las personas encuestadas consideran que las barras de fútbol influyen en la violencia en los estadios.

Gráfico 2. Cuánto influyen las barras en la violencia que ocurre dentro de los estadios de fútbol o en sus alrededores

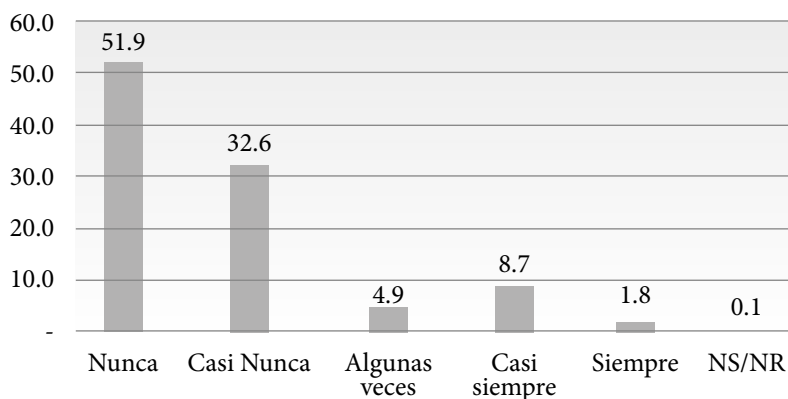


Fuente: IDESPO-UNA Encuesta, 2019.

Un 80% de las personas indicaron que las barras influyen mucho en la violencia que ocurre dentro de los estadios o en sus alrededores. Es decir, esta calificación de violentos que se les da a los/as integrantes de barras, pareciera radicar en que los/as “aficionados corrientes” (Rodríguez, 2006) han presenciado actos de violencia en los estadios, en donde, al parecer, las barras son activas constructoras de situaciones agresivas.

Interesante. Máxime si tomamos en cuenta que solo 15,4% de los/las encuestados/as mencionó asistir “algunas veces”, “siempre” o “casi siempre al estadio” (Gráfico 3).

Gráfico 3. Frecuencia de asistencia a los estadios de las personas encuestadas

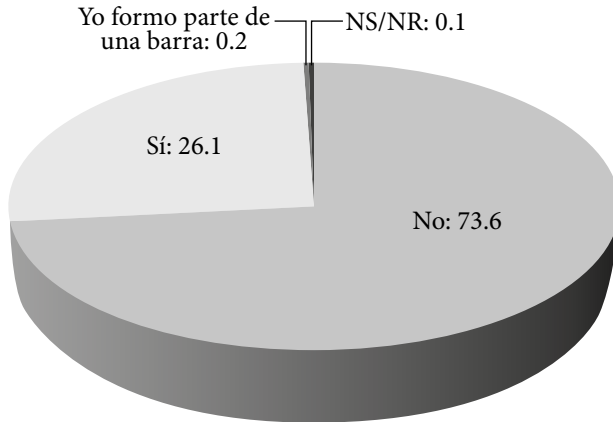


Fuente: IDESPO-UNA Encuesta, 2019.

Casi un 85% de las personas encuestadas dijo no asistir nunca o casi nunca a los estadios de fútbol. Lo anterior permite plantearse lo siguiente: si la gran mayoría de las personas casi nunca o nunca asiste a los estadios de fútbol, es decir, no tienen una relación experiencial/directa ni con el fútbol masculino de primera división, ni con las barras, ¿cómo se puede llegar a establecer que estos últimos influyen de manera determinante en la violencia que acontece en las canchas?

Al respecto, el siguiente gráfico es aún más contundente.

Gráfico 4. Porcentaje de la población encuestada que conoce a una persona integrante de barras de fútbol



Fuente: IDESPO-UNA Encuesta, 2019.

El 73,6% de las personas entrevistadas dicen no conocer a personas que formen parte de una barra de fútbol. Solamente 1 de cada 4 encuestados/as conoce a una persona que integra alguno de estos colectivos. Incluso, en la misma encuesta, **casi un 92%** de las personas dijo nunca haber tenido un problema con algún miembro de dichas agrupaciones.

Este desconocimiento de las personas que integran las barras y de sus lógicas es referido por el funcionario del Club Sport Herediano que ya cité más arriba y vuelvo a citar ahora:

Onésimo: ¿Conoce usted a alguno de estos muchachos [de la Garra]?

Funcionario: No, no.

Onésimo: ¿A ninguno conoce, con ninguno ha hablado?

Funcionario: No. Conozco a una chica que se llama ‘V’, que es como una líder, una señora, en la cuales, trabajamos en conjunto, pero para otros tipos de eventos, ejemplo, presentación de uniformes, entonces yo la invito a ella, como que seleccione los aficionados para que vayan y cosas por el estilo; ella, así como que miembro de la barra, sí es, pero es como el área más administrativa de la barra ([entrevista con funcionario del Club Sport Herediano](#). Heredia, 6 de noviembre de 2019).

Recordará la persona lectora que este mismo funcionario era el que sugería, en el apartado anterior, aquella condición caótica y sociopática de las barras de fútbol, cuando hizo una comparación entre estos colectivos y el *Joker* (película). Me parece muy interesante que, aun sin conocer a ningún miembro de la Garra, tenga esta percepción tan negativa. Vuelve a surgir la pregunta, ¿por qué?

Ahora, como he señalado, la visión que tiene el funcionario del Club Sport Herediano no es aislada, más bien, es compartida por muchas de las personas abordadas en el estudio que hicieramos desde el IDESPO (2019). Además de lo sintetizado en los gráficos anteriores, cerca de un 88% de los/as entrevistados/as, dijeron no gustarles las barras organizadas de fútbol.

Lo que resulta más interesante aún es que las mismas personas entrevistadas, al leerles una serie de ideas estuvo un 85% de acuerdo o muy de acuerdo con la premisa de que “los medios de comunicación presentan a las barras de fútbol como peligrosas”. Esto guarda una estrecha relación con la siguiente percepción, en donde, un 82% de las personas encuestadas mostraron un alto desacuerdo con la idea de que “los medios de comunicación presentan a los integrantes de las barras de fútbol como buenas personas”. Pareciera estar claro que la población percibe que las opiniones mediáticas tienden a presentar de manera negativa a estos colectivos.

En consecuencia, altos porcentajes de la población están de acuerdo o muy de acuerdo con premisas como “las barras impiden que las familias asistan a los estadios” (79%) o, bien, están en desacuerdo con la idea de que “las barras generan un lindo espectáculo” (62%), además, muchos coinciden en la “necesidad de erradicar a las barras de fútbol” (60%).

No es apresurado indicar que está imperando, en las opiniones de la gente, una percepción negativa sobre estos grupos muy ligada a las diferentes agendas mediáticas que, como he descrito antes y he podido precisar en otros estudios (Rodríguez, 2006 y 2018), coinciden en una marcada estigmatización de estos sujetos sin tener algún tipo de relación directa con ellos y ellas; de nuevo: una descivilización articulada a un desconocimiento público de las hinchadas.

El “Dios guarde mi mama se diera cuenta” de Claudio, vuelve a resonar a la luz de esta otra información. Una sentencia que se ciñe, en gran medida, de razonamientos simples y apresurados sobre lo que son o no son las personas que integran hinchadas en el país.

En la misma encuesta (IDESPO, 2019) se les solicitó a las personas que respondieran qué tan de acuerdo o en desacuerdo estaban con algunas razones (que les fueron leídas), por las cuales las personas deciden integrar barras organizadas de fútbol. Las principales respuestas se pueden observar en el siguiente cuadro.

Cuadro 1. Porcentaje de la población encuestada según qué tan de acuerdo están con diversas razones por las cuales las personas integran barras de futbol

Razones	De acuerdo o totalmente de acuerdo	Ni de acuerdo ni en desacuerdo	En desacuerdo o totalmente en desacuerdo	NS/NR
Para sentirse parte de un grupo	80,7	1,6	17,4	0,3
Les gusta el fútbol	73	4,5	22,3	0,3
Buscan afecto y atención	71,8	4,1	23,2	0,9
Para cometer robos	56,4	9,1	32,5	2,1
Para consumir drogas	66	7,7	24,9	1,5
Porque es una forma de esparcimiento y diversión	74,3	3,7	21,7	0,4
Les gusta su equipo de fútbol	80	4,4	15,1	0,5
Porque se pueden expresar libremente	76,8	3,3	19,3	0,6

Fuente: IDESPO-UNA Encuesta, 2019.

Más de un 80% estuvo de acuerdo o muy de acuerdo en que, una de las razones que tienen los barristas para integrar una barra, es “para sentirse parte de un grupo”. Un 73% estuvo de acuerdo en que el porqué radica en que “les gusta el fútbol”. Un aproximado de un 72% estuvo de acuerdo o muy de acuerdo en que la razón también podría ser la búsqueda de “afecto y atención”; “porque es una forma de esparcimiento y diversión” obtuvo menciones positivas en más de un 74%; “porque se pueden expresar libremente”, cerca de un 77%. Es decir, de estas primeras respuestas a esta pregunta se pueden inferir razones ligadas a lo lúdico, emocional y expresivo, dimensiones necesarias en cualquier construcción de subjetividad.

También hubo un importante porcentaje de personas encuestadas que estuvieron de acuerdo o muy de acuerdo con algunas razones como: “para cometer robos” (56,4%), “para consumir drogas” (66%), “para pelear con otras barras” (77,3%) y “porque no tienen nada mejor que hacer” (72,6%); las cuales, si bien no dejan de lado esta condición lúdica conferida a las barras, pasan más por la violencia o por aspectos social y moralmente sancionados. Lo cual sigue coincidiendo con la lógica descivilizatoria y desviada con la que son percibidos estos *outsiders* del fútbol.

Me interesa detenerme un momento en esos altos porcentajes de personas que mencionan elementos ligados a la necesidad juvenil de una construcción específica de la subjetividad. Intento decir que, al parecer, las personas encuestadas entienden que algunas de las razones, por las cuales algunos sujetos deciden integrar barras de fútbol, responden a necesidades subjetivas que atraviesan a cualquier persona sin distinción de género, procedencia social, nivel educativo, rango etario, grupo social, etcétera.

Esto guarda relación con lo que algunos de los/as integrantes de estos grupos manifiestan cuando les hice la consulta acerca de lo que significa para ellos/as el club y la barra organizada a los cuales pertenecen.

Onésimo: ¿Qué significa ser herediano para usted?

Eduardo: Diay, es una pasión, locura, una forma de vivir porque, di, digamos ahorita ya que estamos eliminados [del torneo local], di, yo no sé qué hacer. Simple... y sí, digamos la mayor parte de las amistades mías, son heredianas, ¿ya?, son cuando voy al estadio, cuando eh... diay, llego antes al [bar] Luna digamos un partido... digamos partido del sábado a las ocho de la noche, yo hay veces que estoy desde las cinco, cuatro. Y a veces desde la una [1 p.m.] que hacemos

una carne asada y algo antes y después ya nos vamos para el estadio. Y ahora digamos que no hay partido ni nada, diay más bien estamos, ya como que empiece rápido ya para para volver, porque di, yo paso en la casa, ya no salgo cuando no hay partidos ([entrevista con Eduardo](#). Heredia, 17 de mayo de 2019).

Es muy clara la importancia que tiene la Garra para Eduardo. No se trata solamente de un grupo de amigos que se reúnen de manera ocasional, sino, una experiencia que influye en la economía emocional de este joven, al punto de sentenciar que la agrupación “es una pasión, locura, una forma de vivir”.

“Claudio”, integrante de la Garra (el mismo que indicara “Dios guarde mi mama se diera cuenta”), coincide, en cierta medida, con el intento reflexivo de las personas encuestadas en el estudio del IDESPO (cuando mencionaron un conjunto de condiciones subjetivas juveniles como razones para la integración de estos grupos), y, en gran medida, con “Eduardo”:

Onésimo: ¿Y qué significa ser herediano para usted?

Claudio: Prácticamente mi vida; ha sido todo Heredia: un estilo de vida se puede decir, porque diay... sin Heredia no vive uno, la verdad es que yo a veces a pesar de que no estoy muy activo, di, un ejemplo, yo ahorita estaba -ahorita en las finales y semifinales- en el trabajo, di, yo estaba pegado al tele, al radio, a todo, di, uno, es la vida de uno, ¿me entiende?, di, a pesar de que uno ya tiene sus responsabilidades... y como le digo no, no soy tan activo así, di, siempre va a ser di, la pasión de uno, el anhelo de ver siempre a Heredia jugar.

Onésimo: Y bueno ¿qué significa ser de la Garra?

Claudio: ¿De la Garra?, este, di, para mí en principio empezó como un pasatiempo, que, di, ahí talvez, la pasaba bien, iba y veía a Heredia que me gustaba, pero después, di, ahí igual fue como convirtiendo en la vida de uno, talvez... muchas personas lo ven como una manera... ¿cómo le puedo decir? como tonta o no, no sé... pero para uno es... quizá mucha gente dice, ‘es que no, ahí no hay amigos, no hay...’ pero, di, yo la verdad yo sí crecí con gente que talvez... di, hoy en día casi que **los considero como familia**, como le digo, para mí ser de La Garra es como, di... una familia aparte, otras personas que talvez... di, sí, compartí mucho y entonces, di, para mí son como una familia

aparte, importante en la vida de uno sí [énfasis míos] ([entrevista con Claudio](#), miembro de la Garra. Heredia, 30 de mayo de 2019).

Llama poderosamente la atención las expresiones con las que estos/as jóvenes se refieren a la barra de adscripción: “mi vida, mi pasión”, elementos que, como ya he dicho, denotan trascendencia, pero también una sobre-dramatización de la filiación, esto es, una *performance* (capítulo III) que está adherida a las construcciones de estas colectividades en el país.

Artemisa tiene una impresión muy similar a la de sus compañeros de la agrupación herediana:

Onésimo: ¿Qué significa Heredia para usted?

Artemisa: Heredia es parte importante de mi vida, prioridad por debajo de mi familia, es un estilo de vida, muchas veces la parte anímica del día a día está regida por lo que haga el club, si se gana todo es alegría, si se pierde es triste y que no me molesten porque el humor no será el mejor. Le puedo decir que es un amor sin límite, me crie con 2 varones mayores y me considero más fiebre que ellos porque es algo que se trae ya supongo. En Heredia tengo una familia por elección, tengo amigos y mil historias gracias a este amor.

Onésimo: ¿Qué significa la garra herediana para usted?

Artemisa: La Gh es hermandad, **es familia**, gente que siente y entiende las cosas como uno porque vivimos, lloramos y reímos por este amor, mi madre siempre me decía “acaso le van a pagar por ir o le van a dar algo”, lo que no entienden es que es por amor un amor incondicional que aunque se pierda el amor sigue intacto. La Gh se apoya en las buenas y no en las tan buenas. Si uno de sus miembros pasa un mal momento se le apoya. Reunirnos es la mejor parte de la semana (cuando se podía) las previas antes de los partidos, reunirnos para pintar una manta o simplemente para compartir ([entrevista con Artemisa](#), vía *WhatsApp*; realizada el 28 de mayo de 2021).

Sobre esta idea de la familia dentro de las barras (presente en varios testimonios) me detendré más adelante (capítulo III); por ahora, quisiera mostrar lo manifestado por otro miembro de la Garra que habla sobre el significado del club y del colectivo de adscripción:

Onésimo: ¿Qué significa el Herediano, mae, para usted?

Carlitos: ¡Ay! El Herediano es mi vida, para mi Heredia es... no sé ni cómo explicarlo... es como otro plano, otro plano porque para mí ir al estadio es liberarme, desahogar estrés, me encanta ir ahí; son 90 minutos en los que solo estoy ahí, enfocado y es un momento en el que yo me siento bien, es un momento en el que me siento feliz, o sea, broncas que tenga por parte en mi vida, en ese momento todo se me olvida, es un momento donde yo soy yo, donde yo puedo disfrutar, donde yo puedo ser feliz y Heredia para mí es mi vida, para mí es, no es como una adicción pero es como una droga o sea, a mí me encanta ir al estadio y si es que puedo voy a otros estadios como sea; si la barra no va yo voy, es más, hasta a los partidos amistosos voy porque a mí me gusta en sí el fútbol, a mí me encanta pero en sí Heredia lo es todo.

Onésimo: ¿Y la Garra?

Carlitos: Para mí la garra es mi pasión. Fue como el grupo que a mí me agarró para entrar a esta vida, para mí la Garra es un grupo que tiene altos y bajos pero tiene su... cómo lo digo... su bloque, su sazón, ellos son únicos en realidad, son gente que te ayudan, son gente que te defiende, son gente que te anima, o sea no todo son cosas negativas en realidad; no sé, para mí la Garra es mi lugar, o sea, yo puedo irme a sentar a otro lado pero yo me desespero, o sea yo necesito ir apoyar, necesito estar ahí en ese momento de alentar, no quedarme callado, para mí ir al estadio e insultar a nuestros jugadores para mí es lo más ridículo que puede hacer un aficionado a cualquier equipo, a sus propios equipos... para mí es lo más ridículo que puede haber, porque si no, ¿para qué está yendo?, porque, di, siempre va haber altas y bajas y esa es la mentalidad que tiene la Garra; a nosotros nos podrán estar metiendo el... jajaja...

Onésimo: ¿El banano? [popular para pene]

Carlitos: ...El banano... jajaja... pero si estamos ahuevados, más apoyamos, así ha sido siempre. Usted ve, la Garra siempre se ha quedado en los peores, cuando Heredia nunca quedó campeón en los 19 años, 18, si no me equivoco, bueno, por ahí anda la cosa, era la Garra, y era cuando la Garra era más grande, y yo juraba que cuando Heredia iba a ser campeón la Garra iba a crecer más bien... ahí estuvo

tembeleque y ahí pasó **lo de Orko**, y ahí quedó la cosa, pero la Garra es increíble que a pesar de los años de no ser campeones, eran los únicos en la norte acaparando dos bloques enteros que estaba apoyando a Heredia, ya la gente tirando camisas, y la gente insultando, y es ahí la diferencia de, donde “mae, ¡manda huevo, usted, a qué viene aquí en realidad!” [énfasis míos] ([entrevista con Carlitos](#), dirigente de Los del Sur de la Garra Herediana. Heredia, 26 de agosto de 2019).

La historia de Orko (exlíder de la Garra) será analizada en el capítulo III. Por ahora, quiero evidenciar que existen otras formas de entender y significar lo que implica ser parte de una barra de fútbol, las cuales se alejan de las percepciones descivilizadas y desviadas que se proyectan desde ciertos sectores sociales; la misma encuesta del IDESPO da cuenta de esta contradicción entre descivilizados y jóvenes que buscan emociones y afectos.

Así lo percibe Tais, integrante de la Ultra Morada:

M: ¿Qué significa la barra morada para usted? Y ¿por qué significa eso?

Tais: Ayayay... di, ¿qué diría uno? “Sos mi vida, mi pasión, mis alegrías” [cantando], diay, es que una Ultra es un estilo de vida, es el estilo que nosotros escogimos, solamente el que es barrista lo va a entender, yo puedo venir aquí y decirle que es todo, y muchos podrán decir ‘qué tonto’, pero es que solo nosotros lo entendemos y di, es mi vida, mi pasión y mis alegrías ([entrevista con Tais](#), vía *WhatsApp*; realizada el 28 de mayo de 2021).

Independientemente de la hinchada de pertenencia, los discursos son similares. El/la lector/a, ha podido leer los testimonios de jóvenes sobre sus experiencias dentro de estas agrupaciones, los cuales nos hablan de los sentidos emocionales y vivenciales que operan en sus imaginarios, los cuales son contrapuestas a lo que piensa un sector importante de la opinión pública, liderada, pareciera quedar claro, por perspectivas mediáticas.

La siguiente anécdota etnográfica, además de enfatizar en los diversos significados que tienen estos grupos para sus integrantes, menciona también algo relacionado con la organización de estos colectivos.

Para una reunión de la Ultra Morada el 7 de abril de 2018, en las afueras del estadio Ricardo Saprissa Aymá, a la que asistieron 22 adherentes, escuché decir a Fabricio, quien se dirigía a los demás ultras reunidos, que “no se va a permitir que utilicen la camisa de Saprissa o de la barra

para andar cometiendo delitos”. Hace un gesto que indica desaprobación (una especie de mueca), y continúa: “ya eso pasó de tiempo. La vara es ir a alentar al equipo, ese es el objetivo, ya no se puede ir de *ride*: que a la playa, o así. Ya no. Solamente ir al partido a alentar. No se puede parar el bus para comprar nada, ni para nada. Se va en buseta y se acabó. Se llega al estadio y luego para la casa”.

Además, precisó lo siguiente: “todo el mundo está contento con el trapo [una manta que la Banda de la Ultra pagó a hacer a Córdoba, Argentina. Ver capítulo II)], es el trabajo de todos”. Según el líder, ha habido “mucho irresponsabilidad con las platas. No hemos vuelto a hacer nada, no hemos juntado plata, hay gente que nos debe números [de diferentes rifas internas]. De México trajimos dos murgas más; hay que comprar torres, parches... tenemos que tener plata, no podemos no tener plata. Todo muy lindo. Hemos evolucionado, pero nos hemos quedado parados. Hace dos meses no hacemos nada”.

Varios de los testimonios y anécdotas presentadas en este capítulo nos hablan sobre una manera alternativa de ver a las barras que no es posible encontrar en las narrativas de los otros sectores sociales revisados (parte de la ciudadanía -IDESPO, 2019-, funcionario del Club Sport Herediano y prensa).

Lo acotado por Fabricio me hace pensar en organizaciones complejas que no se reducen únicamente a prácticas violentas; existen facetas políticas en las barras (no muy visibles en la información en prensa, ni en las perspectivas de la opinión pública), a través de las cuales, estos grupos maniobran para conseguir un conjunto de recursos, materiales y simbólicos, con los cuales logran reproducir la condición de hinchas pero que, a su vez, hacen pensar en una constante dinámica de cambio al interior (como lo expondré con detenimiento en el capítulo III).

La información mediática (barras vistas como grupos criminales), las perspectivas ciudadanas (que observan a estos grupos como violentos y anómicos) y lo precisado por el funcionario del Club Sport Herediano (cuando hacía la comparación sociopática entre el *Joker* y las hinchadas), me han permitido discutir la idea de la descivilización de los *outsiders* que ha pesado y pesa sobre estas agrupaciones.

Este capítulo ha demostrado que estas caracterizaciones criminalizantes y delincuenciales se deben en gran medida a las visiones que sobre el tema elaboran los medios de comunicación; aún así, la gente (lo muestra

la encuesta), encuentra efímeros resquicios de subversión de esta información de la prensa para alimentar criterios alternativos ligados a necesidades subjetivas juveniles por las que atraviesan la gran mayoría de las personas que componen una sociedad como la costarricense. Intento decir que sobre las barras pesa una contradicción: muchas veces son vistas como entes desviados, pero también como jóvenes con necesidades emocionales (encontradas en cualquier personalidad “civilizada”).

El “Dios guarde mi mama se diera cuenta” y los distintos testimonios de barristas presentados en este capítulo son esclarecedores acerca de la conciencia que tienen estos sujetos sobre la manera en que muchas veces son vistos/as: sujetos que promueven dinámicas disruptivas que degradan el fútbol y la sociedad en la que participan.

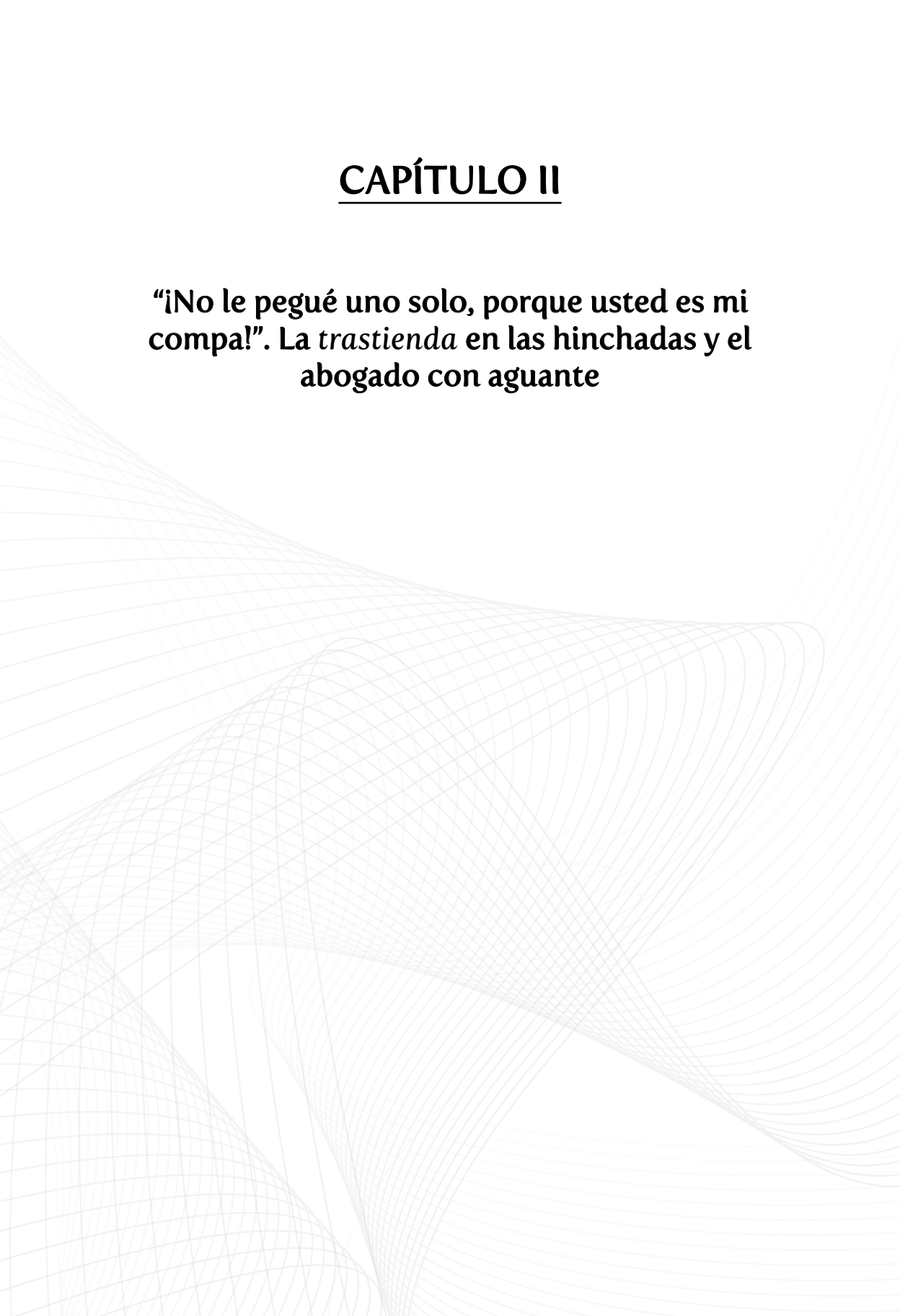
Las barras no solo forman parte de la sociedad, sino, son una creación de ella, quiero decir que todos/as participamos, de diversas maneras, en la constitución de estos colectivos. Muchas razones históricas, sociológicas y antropológicas se pueden esgrimir para sustentar esta idea; he hecho mención, y seguiré haciéndolo, de algunas de ellas. Sin embargo, lo fundamental es que no es posible pensar a una sociedad diseccionada, con demonios venidos de universos paralelos que erosionan la pacífica y democrática convivencia social y la gente “buena” que sí se preocupa porque las cosas estén bien (el ciudadano modelo). No. Esta lógica de “los buenos” y “los malos” parece ser un antídoto de la conciencia para eludir responsabilidades y sustraerse de un correlato social que compartimos y, sobre todo, reproducimos.

Entender a las barras organizadas de fútbol es entender las lógicas funcionales y las contradicciones de una sociedad que es lo que es por múltiples factores, no por la sola acción de algunos/as cuantos/as “descivilizados/as”.

El siguiente capítulo expone algunas particularidades presentadas por las barras de fútbol, en especial, su interés por ocultar algo, una *trastienda* (en los términos de Goffman), que no quieren exponer a sus diferentes audiencias. Veremos que esta dinámica no es muy diferente a la expresada por diferentes sectores de nuestras sociedades: todos/as tendemos a ocultar cosas, fundamentalmente, las que nos provocan ciertas aprehensiones personales.

CAPÍTULO II

“¡No le pegué uno solo, porque usted es mi compa!”. La trastienda en las hinchadas y el abogado con aguante



Jairo: el outsider de los outsiders

En el año 2017 conocí a Jairo. En ese momento este joven tenía 28 años. Era miembro de la Banda de los Morados de la Ultra. Me lo presentó Fabricio una tarde en que viajamos al estadio José Rafael “Fello” Meza, ubicado en la ciudad de Cartago (Gran Área Metropolitana -GAM-) para observar un partido entre el Club Sport Cartaginés y el Deportivo Saprissa. Él, otros ultras y yo vivimos en la provincia de Heredia, razón por la cual, aquel día hicieron todo el viaje (ida y regreso) en mi carro particular.

Al final del encuentro, nos fuimos -varios ultras y yo- para un bar aledaño al recinto deportivo, tomamos algunas cervezas. Tuve oportunidad de conversar con varios de ellos pero, sobre todo, con Jairo, con quien ese día empecé una amistad que se fue haciendo más cercana con el transcurrir de los años.

Jairo padece de convulsiones, razón por la cual se le han realizado muchos exámenes para saber qué es lo que las produce. Aún no tiene certeza de la situación por la cual desarrolla dicha sintomatología. Esto le ha imposibilitado, en muchas ocasiones, consolidarse en un trabajo; aun así, ha podido desempeñarse como ayudante en talleres de mecánica y de enderezado y pintura, peón de construcción, lavador de carros, pintor de casas, ayudante en el traslado de objetos en camiones de carga, jardinero, entre otros. Hoy tiene un empleo estable en una ferretería herediana. Pudo culminar el colegio (secundaria). Tiene una perspicacia especial que le permite cumplir muy bien las labores que realiza.

Su padre, don Beto, es un señor de unos 65 años, ya está pensionado. La madre, doña Berta, siempre trabajó como ama de casa. El resto de la familia está conformada por dos mujeres, una de ellas trabaja en una universidad pública y tiene una hija, que, a su vez, tiene una linda niña de ocho años; la otra hermana trabaja para una empresa privada. Completan el seno

familiar dos hermanos, ambos con afecciones que les impiden trabajar o, al menos, desempeñar labores de moderada exigencia física.

Hace un par de años, don Beto y doña Berta se fueron a vivir a Guanacaste (provincia ubicada en el Pacífico norte del país); en la casa ubicada en Heredia quedaron los hijos, una hija, una nieta y la pequeña bisnieta.

Jairo no tiene pareja, pero es enamorado. En los momentos en que ha tenido algo parecido a una relación sentimental, ha tendido a ser muy apoyador, las ha ayudado incluso con dinero, aunque no tenga, ni siquiera para pagarse su seguro médico voluntario (Caja Costarricense de Seguro Social).

Él es una muy buena persona, de buen corazón, sensible, leal y honesto. Su lealtad le hace entender que debe de ayudar a los demás, sobre todo, a los que quiere, como muchas veces lo ha hecho conmigo en distintas situaciones que se me han presentado en los últimos años.

El barrio herediano en el que vive está ubicado a escasos 5 minutos de mi residencia. Costa Rica es un país pequeño, por lo cual no asombran estas casualidades geográficas. Esta cercanía hizo posible que, para cada encuentro de Saprissa, él viajara conmigo. Antes y después de cada partido conversábamos mucho; al inicio quería saber su perspectiva sobre la Ultra y las barras. A él, quizás, le servía que yo le hiciera *ride* a los estadios y luego a su casa (se ahorra el costo del transporte y viajaba acompañado). Sin embargo, entre tanta charla, nos fuimos conociendo y ahora compartimos una amistad gestada por el pretexto de mi trabajo de campo sobre las hinchadas.

Jairo tiene un carácter muy fuerte, es furibundo cuando se enoja. Suele explotar de ira y, en varias ocasiones, sus experiencias de conflicto han terminado en los golpes.

Incluso, en una ocasión y dentro de la misma Ultra, tuvo un roce con uno de sus amigos de la Banda de nombre Patricio. Recuerdo que, en aquella ocasión, este último reprendió a Jairo por algún error en la instrumentalización del bombo, razón por la cual, Jairo se le tiró encima y lo agredió. Esto aconteció durante un partido nocturno en el que Saprissa jugaba de local en la ciudad de San Juan de Tibás (anécdota sobre la que desarrollaré una interpretación más amplia en el capítulo III).

Desde antes de dicho conflicto, Jairo era muy crítico del liderazgo de la Banda de los Morados y de la Ultra Morada en general, no le gustaba la forma en que se ejercía el poder dentro de la hinchada. Decía: “por qué

alguien va a mandar [ejercer poder] a alguien si todos somos una familia, somos los mismos”, esto porque no le gustaba ser tratado diferente a como se tratan a otros miembros y observar que había, según él, preferencias sobre otras personas.

Los pleitos dentro de la Ultra son, durante un partido, regularmente desestimulados, sin embargo, Jairo, aquella noche a vista y paciencia de todos los ultras dentro de la gradería sur y con las cámaras de seguridad del estadio dispuestas sobre el grupo, se abalanzó sobre su compañero y le propinó dos golpes. Patricio no respondió y más bien le gritó: “Pa’ que vea, pa [papá], ¡no le pegué uno solo, porque usted es mi compa!”. Jairo estaba salido de sí, no reaccionaba, solo quería golpear a su oponente. Al final, los separaron y el conflicto no pasó de los dos puñetazos y algunos mentonazos de madre.

Jairo, después de aquella experiencia, fue separado de la Banda de los Morados. “No me cuadró para nada lo que [Jairo] le hizo a Patricio”, me comentó Fabricio unos días después de lo acontecido.

La Banda tuvo una reunión, llamaron a cuentas al infractor. Deliberaron. Jairo no se quiso disculpar por lo acontecido y decidió aceptar su destino, esta vez como un *outsider* de los *outsiders*: dentro de la perspectiva de diferentes sectores sociales (capítulo I), un “descivilizado” dentro de los “descivilizados”.

Quiero decir que la personalidad de Jairo pareciera ser incompatible con esta intencionalidad de algunos adherentes de la Ultra de mantener controlados los brotes de violencia dentro de la gradería. En parte, por dicha razón, Patricio, le gritó a Jairo: “¡no le pegué uno solo, porque usted es mi compa!”.

Intentan mantener el control porque, de otra forma, podrían vetarlos del estadio (como ha ocurrido en otras ocasiones; incluso, al momento del trabajo de campo etnográfico, estaban vetados por la “trifulca” acontecida con los policías reseñada en el capítulo anterior), razón por la cual, procuran mostrar a sus distintas audiencias una fachada de tranquilidad y equilibrio, sin embargo, muchas acciones dentro del colectivo (como la reseñada entre Patricio y Jairo) hacen pensar en una *trastienda* (Goffman, 1959), en la que ocurren una serie de conflictos que ellos/as, intentan y quieren ocultar.

Mostrar los que los/as ultras procuran ocultar, lo que ocultan en su *trastienda*, lo que de manera irremediable se les suele escapar de esa

backstage (Goffman, 1959), me servirá para ubicarlos como sujetos que maniobran políticamente para ser observados de determinada manera (positiva), pero también, para indicar que algunas veces algo se les sale de las manos, porque no pueden controlar a todos los integrantes y porque dentro de estas agrupaciones hay algo que es institutivo: *la performance* del conflicto (capítulo III).

Por ahora, una reflexión teórica sobre la región frontal y la región posterior (*trastienda*) me servirá para introducir a la persona lectora en este mundo de máscaras barristas que tienen por objeto no ser percibidos como “descivilizados”.

Región frontal y región posterior

Erving Goffman habla, en *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, de la región frontal y la posterior. Para el autor canadiense, la región anterior (*front region*), es el “lugar donde tiene lugar la actuación”. La actuación de un individuo en una región frontal puede percibirse como un esfuerzo por aparentar que su actividad en la región mantiene y encarna ciertas normas. Esta actuación frontal es motivada por “el deseo de impresionar favorablemente al auditorio”. De esta forma, algunos aspectos de la acción son acentuados de manera expresiva, cuando la actividad de alguien tiene lugar en presencia de otras personas (1959, pp. 118, 119 y 122).

La región posterior (*back region*) o *trastienda* (*backstage*), es definida por este autor como “un lugar, relativo a una actuación determinada, en el cual la impresión fomentada por la actuación es contradicha a sabiendas como algo natural”; esto quiere decir que esta región constituirá el lugar en el cual “el actuante puede confiar en que ningún miembro del auditorio se entrometa”, entonces, “cabe esperar que el paso desde la región anterior a la posterior ha de permanecer cerrado para los miembros del auditorio, o que la totalidad de la región posterior ha de permanecer oculta para ellos” (pp. 123, 124 y 125).

La solución, según Goffman, es que los actuantes separen los auditorios, “de tal forma que las personas que lo[s] observan en uno de sus roles no sean las mismas que lo[s] observan en otro” (p. 148, el original sin los énfasis en paréntesis cuadrados). Esto implica una especie de control en el manejo de las actuaciones brindadas en una y otra región.

La idea de este capítulo es mostrar que este tipo de controles existen en las barras organizadas de fútbol, ya no solo en su organización y estructura, sino, también en sus actividades más cotidianas. Quisiera insistir: la acción de esconder y mostrar aspectos según sus códigos a sus auditorios es automatizada, no es inconsciente, es algo que saben que deben hacer, es decir, hay elementos que pueden -o no- ser mostrados.

“Los odio, pero tengo amigos ahí”. La trastienda en las hinchadas

El auditorio de las hinchadas está conformado por los medios de comunicación, las dirigencias de los clubes, barras contrarias, pero, ante todo, lo que Rodríguez (2006) denomina como el “aficionado corriente”, y este no solo está en el estadio, también observa los partidos por televisión. Es muy recurrente, dentro de las agrupaciones, la preocupación por verse y escucharse bien: ensayan con sus instrumentos las canciones que podrían entonar en los partidos (cualquier error es corregido no solo en los ensayos sino en los mismos encuentros); el bombo, las murgas y los zurdos (instrumentos de percusión), deben de acompañarse para permitir la entrada de los vientos (trompetas y trombones).

Además de la musicalización, se interesan porque los demás elementos simbólicos tomen notoriedad: mantas, lienzos, extintores, globos y banderas. Las barras no solo deben hacerse sentir en el estadio intentando dar apoyo a los jugadores, deben de verse bien. A continuación, presentaré algunas anécdotas etnográficas que ponen en evidencia esta tendencia.

El 28 de abril de 2018, en el antiguo estadio Eladio Rosabal Cordero, jugaron El Club Sport Herediano y el Deportivo Saprissa.

Hablé con Claudio desde el día anterior para ir juntos a la cancha. No era un acontecimiento menor: jugaban su equipo contra el mío.

Para el día del partido, Claudio me había dicho que se comunicaría conmigo a las 4 p.m., para que los acompañara -a él y a un amigo suyo- a tomarnos unos tragos en un bar cercano antes del encuentro. Como no me puso ningún mensaje, a eso de las 5:30 p.m., me puse en contacto con él. Me dijo que llegara al bar “El Estadio” ubicado a una cuadra del Rosabal.

Cuando llegué al bar, a eso de las 6 p.m., Claudio estaba fuera con alguna gente. Me saludó: “¿qué, mae?” Yo: “todo bien, ¿y usted?”. Estaban tomando cerveza fuera del establecimiento comercial. Tuve oportunidad de conocer al amigo, a quien llamaré Ramón: un hombre de mediana estatura,

contextura normal, que tenía puesta la camiseta del Herediano y una gorra tipo “chata”.

Cuando Claudio me lo presentó, Ramón, de inmediato y de manera directa, me preguntó: “¿usted es Herediano?”. Claudio volvió la cara como no queriendo la cosa. Yo le respondí, “no, soy saprissista”. Él se volvió hacia Claudio y le preguntó: “¿es de la morada?” Su amigo le respondió de inmediato, “¡no, no, nada que ver!”. Yo no había entendido qué era “ser de la morada”, pero cuando Claudio respondió tan espontánea y apresuradamente, caí en cuenta que la pregunta se refería a si yo era de la Ultra. Claudio atinó a decir que un excompañero mío del Liceo de Heredia y amigo de ellos nos presentó (como lo indiqué en la introducción del capítulo I); además, agregó que yo era de su confianza.

Interrumpiendo a Claudio dije, “no soy de La Ultra, aunque llevo años trabajando con ellos”. Ramón, con cara de sospecha, se quedó mirándome. Yo continué, “sí, yo soy de la U [Universidad de Costa Rica y Universidad Nacional de Costa Rica], doy clases en la U, entonces hago una investigación sobre la Ultra y sobre la Garra, pero no soy ultra”.

“Ahhh, ya, ya”, dijo Ramón. “Pues usted tranquilo, mientras usted esté aquí todo va a estar bien, no le va a pasar nada, si alguien le dice algo, dígame que usted es amigo de Ramón el de Los Gallinas [peña de la Garra] y ya no le pasará nada”. Le respondí con un simple “gracias”.

Ramón siguió conversando conmigo. Me dijo que tenía amigos en la Ultra y en la Doce y que Claudio a veces lo molestaba por eso, aunque esto de las amistades entre hinchas contrarios suele suceder a menudo. Intento decir que no todos son enemigos a muerte; aunque, como me lo advirtiera Ramón, “siempre vamos a sentir odio por los otros”. Yo sentí que debía relativizar tal afirmación: “no sé, mae, no sé si es odio, porque como usted dice, ustedes tienen amigos en la Ultra y en la Doce”. En ese momento lo interrumpió otro garrero y la conversación acabó ahí. No volvimos a retomar ese tema.

Minutos después, Claudio me hablaba de Fabricio, líder de la Ultra, y de su constante trabajo en su hinchada. Me dijo: “Qué lindo ese trapo”. Se refería a la manta que La Banda de los Morados -liderada por Fabricio- pagó a hacer a unos expertos de Córdoba, Argentina (es decir, hay muestras de respeto y admiración de las barras hacia sus rivales. No pasan odiándose siempre, aunque claro, sus relaciones están cruzadas por la tensión y el conflicto).

Esta anécdota etnográfica me hace pensar en las categorías goffmanianas sobre las que hice referencia al inicio del capítulo. Dentro de los códigos culturales de las hinchadas (a lo interno), el odio hacia sus opositoras es una emoción que debe de estar en la región frontal (algo que se muestra a la audiencia: en este caso otras barras u otros compañeros de la hinchada, o bien, a alguien como yo, quien puede “entender” esa lógica). La *trastienda*, lo que ellos no quieren decir o que van a pretender ocultar, es que en realidad no odian a todos los otros, incluso, pueden tener amigos en esos grupos contrarios y sentir admiración hacia la Doce y la Ultra o hacia miembros de estas agrupaciones.

“Los odio, pero tengo amigos ahí”, aunque pareciera, no es contradictorio, es parte del constructo de barra (odiar al otro, no quererlo y a la vez admirarlo). Lo que sucede es que ellos no siempre son barristas, practican otros posicionamientos en este mundo (pluralidad de prácticas), que incluso preceden al hecho mismo de ser garreros o ultras.

Quiero decir, según la argumentación que he venido desarrollando, que este tipo de lógicas son indicativas de que sus palabras o sus acciones dan cuenta de manera directa de algunos resquicios de la *trastienda*: en ocasiones, estos hinchas dejan abierto el tránsito de la región frontal a la posterior. Lo enunciado por César es sugerente al respecto.

Onésimo: ¿Cuál es la diferencia entre las barras de antes y ahora?

César: La moda, mae, la moda. Digámosle, antes se cantaba en los noventa [minutos], usted quitaba una camisa [le robaba una camisa a algún contrario] y usted ya sacaba la camisa cuando llegaba el clásico, y dicen ‘mierda, ahí estaba, fueron los garreros, mae; mae vea, tiene una camisa’, entonces uno decía, ‘mae eso es lo bonito, hay que esperar el clásico para que vean la camisa’, ahora usted quita una camisa y todo es Facebook, todo es un... y esa vara le fue quitando mucho, mucha vara.

Onésimo: ¿Qué le quitó?

César: Mae, para mí le quitó, diay, mae el, la vida de la barra, digámosle, el estilo se lo cambió por moda, el estilo de la barra se quitó por una moda, digámosle, ahora muy bonito, vamos, le quitamos la camisa, y todo, entonces la gente que le quitaban la camisa más rápido sabían quién era, ya era más problemas, o sea no era como antes

que usted decía, ‘¡uy mae!, yo tengo que ver el primer partido a ver si vienen con la camisa, a ver quién fue...’ saber uno, ‘uy mae, ¿será que hoy recupero esa camisa mía?’ ahora no, digamos, ya ahora no la llevan y todo es por Facebook, o sea, me entiende, le quitó la imagen de una barra...

Para mí una barra, si usted quita algo, usted tiene que llevar esa vara a la cancha miher [mi hermano], ¿me entiende?, sea un trapo, para mí, digámosle, usted me quita la camisa o una bandera, usted tiene que llevarla, demostrarla.

Onésimo: ¿Por qué mostrarla?

César: Di, mae, es como el orgullo de la barra que le están tocando, para nosotros, digámosle, no sé si usted se dio cuenta hace poquito, la garra le quitó tres mantas a La Ultra, mae, eso para la barra es un orgullo. Al igual que lo de Los Tigres [club mexicano] que hicimos con lo de Tigres [les quitaron varias camisas y trapos a integrantes de la barra de Tigres], eso para una barra es un orgullo, ¿me entiende?, quitar un trapo [banderas, lienzos, mantas] y para el otro contrario es el orgullo, ¿verdad?, que le tocan. Entonces eso de Facebook a lo de antes lo quitaron mae, digámosle, ya uno dice, ‘mae, es que esa vara ya no es como antes’ que usted iba, no lo reconocían... ahora a usted lo reconocen por Facebook, y es que es la verdad mae, digámosle, yo voy a San José y mae tengo que andar escondido, ¿por qué?, por el Facebook, porque yo antes iba a San José y tranquilo. Yo me he topado Ultras, yo sabía que eran Ultras y uno se hacía el loco, ahora no miher, ahora todo es barra, todo es Facebook.

Yo sé lo que es estar contra La Ultra y que nos tiren bala miher, no sé si usted se dio cuenta, también había preguntado, puede preguntar que una vez nos tiraron [bala]... de Alajuela nos tiraron, de Alajuela... si no me equivoco nos tiraron en la Aurora mae. Sí, nos volaron bala, miher, de hecho 7 balazos y pegaron a 5. Y al hospital, todos, hasta una mujer, una compa mae, si mae, esa vara... [Entonces] les quitaron, esa vara para mí les quita la vara a las barras; de hecho, yo le digo a estos maes, ‘aquí estoy yo, yo digo que yo soy barrista, no barra brava’, porque para mí barra brava es Sudamérica, ya para mí aquí uno es un barrista nada más, un mae que va a cantar, porque si es barra brava, no tiene nada de barra brava.

Onésimo: Pero déjeme a ver si entiendo, entonces, usted dice que la vara del barrista es ir a alentar...

César: Ir a alentar...

Onésimo: ... esta vara, todas esas broncas ¿no?

César: La bronca es secundario, como se lo dije ahora, digámosle, nosotros vamos mentalizados en entrar, en cantar, en todo, pero si pasa una bronca es secundario, ¿me entiende?

Onésimo: O sea, ustedes van concentrados a alentar, pero si un mae se pone con la camiseta, ¿se la quitan?

César: Exactamente. Nosotros hemos ido de viaje, y 3, 4 maes to-pados, bajémonos y la vara, ¿me entiende?, a veces no nos hemos agarrado [peleado], pero los corremos [los hacen huir]; eso es lo que a uno le gusta, ¿me entiende?; eso es lo secundario de una barra, porque si usted me dice a mí que una barra no tiene que hacer eso, entonces, di, entonces hacemos un porrismo [risas de César y el entrevistador], entonces eso es lo que yo le digo a ellos, porque a mí, Jafet [Jafet Soto, gerente deportivo del CSH] me dice, 'mae es que usted... no tienen que hacer eso', entonces qué, '¿es una barra de fútbol, no es porrismo, bombones o qué huevón!'; ¿ya me entiende?, la vara no es así, como yo se lo dije a usted, nosotros no generamos violencia, simplemente se da, eso es lo que yo siempre le he dicho al hombre.

Onésimo: Y no entiende...

César: No es que no entienda, yo digo que sí entiende, pero tal vez la prensa también hace que mate mucho la vara, ¿me entiende?, como dice Jafet, 'yo entiendo mae'. Digámosle que la prensa hace que el club quede mal. Aparte que digámosle no es que yo no sé si usted ha visto que si es solo con Heredia, porque la Garra hace algo, mae, y todo es un despelote, pero se agarra la Ultra con la misma Ultra, o balaceras... no sé, hace poco la balacera en Chepe [San José] mae, nunca hablaron de eso, mae, o sea, solo la barra de Heredia, entonces Jafet dice: 'Nos perjudican a nosotros como club también, ¡cómo nos quieren tanto!, no lo quieren a usted, no quieren al club', yo entiendo esas varas, pero yo le digo al hombre, 'mae, en una barra se ve de todo, miher'.

Onésimo: Bueno, pero es que Jafet tampoco es que es muy dulce que digamos, mae, no será barrista, pero dulce no es, huevón.

César: No, ese mae es anti-barrista, él dice, ‘Yo odio las barras’ (entrevista con César, realizada el 8 de junio de 2019 en la ciudad de Heredia).

La primera parte del testimonio del integrante de la Garra hace pensar que la violencia es constitutiva del *ethos* del hincha y que esto es aceptado como parte de la cultura barrista: algo propio y característico de sus prácticas (el robo de banderas, mantas, camisetas y su demostración a los contrarios, además, de las palabras “somos una barra de fútbol, no porristas”, o bien, “en una barra se ve de todo”). Este tipo de narrativas parecieran indicar que la violencia “es parte del juego”.

Sin embargo, la última parte del extracto de la entrevista con este joven intenta dar un viraje hacia la idea de que lo fundamental en los códigos del hincha es el aliento (con lo cual estarían de acuerdo la mayoría de los y las jóvenes adherentes), no la violencia, porque esta es “secundaria”.

Esta ambigüedad no es única de César. Los barristas se manejan alrededor de esta contradicción, “no somos violentos, pero si algo pasa hay que actuar”. A mí me parece que la violencia está incrustada en el corazón de las hinchadas, pero no lo pueden decir abiertamente porque no obtendrían otra cosa que no sea el escarnio público. Por eso, ellos y ellas saben que, ante la gente, la lógica y el discurso agresivo debe quedar, lo más posible, en la *trastienda*.

El esquema del aliento/apoyo hacia el equipo como objetivo principal es, como lo he dicho, refrendado por muchos y muchas hinchas; así lo manifestó Artemisa, integrante de la Garra:

El objetivo es alentar, apoyar al equipo, no nos mueve un salario, un jugador en específico, porque están por encima los colores y el amor al club. Es una identidad, hincha se nace.

La Gh [Garra Herediana] en los años más duros del grupo eran casi los únicos que partido a partido estaban apoyando en las gradas (entrevista con Artemisa, integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Sin embargo, cuando le pregunté por los conflictos existentes dentro la Garra (entre sus propios adherentes) y hacia fuera de ella (con miembros de otras agrupaciones), con una ambigüedad similar a la de César, pero con cierto criterio sociológico, me indicó:

Cualquier movimiento social que esté compuesto por mucha gente va a estar propenso a desacuerdos y de allí derivan los conflictos.

En el caso con las otras barras es cuestión de “respeto”. A nivel de barras se crearon códigos, Ud. tiene su zona, su ciudad, sus lienzos, sus camisetas y demás cosas que lo representan y debe cuidar, ya que si un miembro de otra barra roba o consigue alguno de estos es como un trofeo. No es bien visto que miembros de otro grupo “afanen” [roben] trapos [banderas, lienzos, mantas] o camisetas de tu club, especialmente porque las camisetas solo se le dan a los que se han ganado un lugar, asistiendo y apoyando al club ([entrevista con Artemisa](#), integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

César y Artemisa abrieron el pasillo de la región frontal a la *trastienda*. Es decir, dan a entender que lo que mueve a la hinchada no es solo el apoyo al club (como ya lo he sugerido). Existen otras circunstancias y variables que son importantes para ellos y ellas, como cierta *performance* del conflicto y la tensión.

Por su parte, la Ultra Morada, teniendo en el horizonte analítico las premisas goffmanianas, intenta evidenciar una fachada de unión: una especie de colectivo sin rupturas internas. En este sentido, es común escuchar dentro de la Ultra, a los que fungen como líderes y ante algún pleito interno dentro de la gradería: “¡maes, recuerden que hay cámaras, playos [peyorativo de homosexual], nos están viendo y se están cagando en la vara!”. De hecho, los diferentes líderes de peñas, cuando sucede algún altercado, tratan de tranquilizar los ánimos: “vamo’ muchacho, vamo’ a alentar, que para eso vinimos”. Regularmente, los pleitos son desestimulados; nadie, durante mis interacciones en los estadios, estimuló a nadie para pelear entre sí; más bien, les interesa que los integrantes de la barra “se porten bien”.

Otra anécdota etnográfica me servirá para fundamentar esta tendencia de la Ultra a mostrarse unida, sin tensiones o conflictos aparentes.

El 27 de febrero de 2018, salimos hacia Ciudad de México para ir a observar el partido de vuelta que Saprissa sostuvo al día siguiente contra el Club América de ese país, por la Liga de Campeones de la Concacaf (más adelante haré referencia al partido de ida, jugado días antes en Tibás). En el aeropuerto, había muchos ultras identificados con la camiseta de Saprissa, conté alrededor de 60. Varios estaban afuera. No querían entrar. Estaban pensando en ir a fumar en las afueras de la terminal aérea. Yo decidí ingresar y hacer los trámites respectivos en la aerolínea. Fabricio, Mariano, Juan y Daniel, se quedaron. “Voy pa’ dentro, maes”, les dije. “Sí, vaya”, me dijo Fabricio, “ahorita le caemos”. Minutos después, ya en la sala de espera, llegaron los muchachos muy extasiados: “¡mae, llegaron los putos¹⁹ y nos dimos de pichazos! [golpes]”, comentó uno de ellos.

Al parecer, algunos jóvenes de la Doce llegaron al aeropuerto a acompañar a un joven integrante de la Monumental (barra del América de México²⁰) que había llegado al país para observar el partido de ida de su equipo contra Saprissa. Los hinchas se vieron y empezó un enfrentamiento en las afueras del Santamaría; al parecer, según los adherentes de la Ultra, los de la Doce querían quitarles los trapos (mantas, lienzos, banderas y demás indumentaria), pero se los impidieron. Me comentaba Fabricio que un miembro de la barra rival se le acercó para decirle: “Está cagado [con miedo], ¿verdad?” y, haciendo muestra de su aguante, el joven saprissista le respondió con un golpe en el rostro. Mariano y Juan contaron algo parecido.

“Ya calentamos”, decían con éxtasis dentro de la terminal, quienes estuvieron en el pleito.

Según contaron varios de ellos, los de la Ultra “corrieron” a los de la Doce (lo cual es una hazaña para quien gana y una vergüenza, pocas veces aceptada, para quien pierde, como lo comentaba César en su testimonio), incluido al joven de la Monumental quien, al parecer, no pudo viajar ese día.

Ya dentro del avión, había entre 60 y 70 ultras sentados de la mitad de la aeronave hacia atrás. Había mucho ruido propiciado por los barristas, quienes conversaban y gritaban.

19 Despectivo con el que los y las ultras nombran a los miembros de la Doce.

20 Es común que las barras nacionales mantengan lazos de amistad con barras internacionales. Por ejemplo, la Ultra Morada tiene relaciones con la Ultra Fiel de Honduras y la Ultra Tuza de Pachuca, México; la Doce con la Monumental de México y la Garra Herediana con la Locura 81 de México.

Cuando el avión se movió y ya cerca de despegar, la Ultra, al unísono, cantó su grito de guerra. Nunca había visto algo similar en una aeronave: muchos cantando y algunas personas, incluyéndome, un poco incómodas (una pasajera pidió que la cambiaran de lugar). La barra daba la sensación de unidad, como si fuera un grupo sin rupturas.

Un señor que iba a la par de Fabricio -yo venía con Jairo en los asientos traseros- le iba haciendo varias preguntas: “¿Cuántos vienen en total? ¿De dónde vienen? ¿Quién es el líder?”. Fabricio le respondía: “Somos como 80; venimos de todos lados del país; y sí, yo soy el líder de la barra”. Mientras decía esto último, Jairo, con quien Fabricio ha tenido fricciones y roces (como lo indiqué en el capítulo I), me codeaba y en tono irónico me dijo: “escuchalo, jugando de líder”. Este disentimiento de Jairo me permite incorporar una anécdota más, que me servirá para problematizar esta idea de una Ultra unida y sin fricciones.

El 19 de noviembre de 2017, Saprissa jugaba en Liberia, Guanacaste. Yo acompañé a los integrantes de La Banda de los Morados; nos fuimos en tres carros, incluido el mío. Otros ultras viajaron en busetas, a pesar de que sospechábamos que la dirigencia del Municipal Liberia no dejaría entrar a la barra.

Antes de nuestro arribo al estadio de Liberia, hicimos una visita a las Cataratas de Cortés, ubicadas en Bagaces. Cuando se hacían viajes lejanos para observar al equipo, los miembros de la Banda de los Morados y de la Ultra optaban por visitar otros escenarios naturales de la región y hacer un convivio entre amigos; aquel día hicimos una carne asada, nos metimos en el río y la catarata, conversamos y reímos.

Esta visita a la catarata hizo que nuestro itinerario se viera atrasado. Llegamos un poco tarde al estadio. Compramos los tiquetes en la boletería, luego, nos dirigimos a la entrada. Yo iba de primero, la estrategia era que, entrando yo, pudieran entrar los demás. No fue así. A mí me permitieron el ingreso, pero a los Ultras no.

Fabricio, Jairo y el Peque me instaban a entrar, incluso me empujaban para que ingresara: “Vaya, vaya usted mae, disfrute usted”, me decían. Yo, mientras tanto, les preguntaba a los de seguridad, por qué ellos no podían entrar; no me respondieron mucho, solo que tenían órdenes. Cerca de ellos había oficiales de la Fuerza Pública, supuse que ellos identificaron a los jóvenes y dieron el aviso a la dirigencia del club.

Tomé la decisión de no ingresar. Decidimos ir a ver el encuentro en un bar cercano. No nos dejaron entrar. El guarda de seguridad y, en apariencia, el dueño o administrador, nos impidieron la entrada: “no aceptamos barras”, nos dijo el primero. Antes de putearlo, los muchachos le preguntaron: “¿cómo saben que somos barras?”. Los reputeamos y nos fuimos para otro bar ubicado a aproximadamente tres cuadras del Estadio Edgardo Baltodano Briceño. Había otros ultras adentro, mismos que nos invitaron a ingresar al local. Ingresamos. Pedimos algunas bebidas y nos dispusimos a ver el partido por televisión.

A estos jóvenes que estaban en el bar, tampoco los habían dejado ingresar al recinto deportivo. Perteneían a los Cruzados y Los del Sur (peñas de Heredia y de algunos barrios del sur de la capital). Los de la Banda no hablaron mucho con estos otros ultras. Me extrañó. A los pocos minutos de estar en el establecimiento, llegaron tres motocicletas policiales, cuatro patrullas y dos “perreras” y se quedaron en las afueras del lugar. Acto seguido, sacaron a todos los cruzados y los del Sur del bar, los requisaron y los subieron en la buseta particular en la que habían llegado y los custodiaron hasta las afueras de Liberia (después supimos que los “acompañaron” unos 50 km hasta Cañas).

Uno de los oficiales, previo a que sus compañeros subieran a los ultras en la buseta, se bajó de la patrulla con lo que creo era un arma automática, la cual guardó momentos después cuando percibió que no iba a haber mayor conflicto en la operación que estaban ejecutando. Yo me encontraba filmando con mi celular todas aquellas incidencias. Entonces, un oficial, algo entrado en edad, se me quedó viendo fijamente; yo atiné a saludarlo: “hola, oficial”, mientras bajaba mi celular y me lo guardaba en la bolsa de mi pantalón. Jairo estuvo siempre a la par mía. El resto de la Banda de los Morados se quedó adentro.

Después de guardar el celular, ingresé al bar. Jairo me acompañó. El resto de los muchachos estaban sentados con la mirada puesta hacia uno de los televisores. Nos sentamos.

Nadie nos dijo que teníamos que salir del bar y menos de la ciudad. Fabricio me dijo: “gracias por hacernos el aguante, Gera”, refiriéndose a mi decisión de no haber ingresado al estadio, a pesar de que nadie me lo estaba impidiendo. Lo cual es curioso, porque nadie le hizo el aguante a los cruzados y sureños cuando fueron invitados a salir del establecimiento y de la ciudad, de parte de la policía.

Esto me lleva a pensar que el aguante, condición en teoría institutiva y elemental para las barras, se refrenda en algunas ocasiones, en otras no. No siempre se es aguantador, a pesar de que el discurso de barra diga otra cosa. En corto: las barras muestran a cierta parte de sus audiencias una condición aguantadora, pero en la *trastienda* se evidencian otras circunstancias.

No sé muy bien por qué no nos sacaron del bar, ni de la ciudad. Quizás mi presencia (no soy, ni aparento ser ultra) ayudó a que no nos vieran como amenaza. No lo sé. Tampoco soy severamente crítico con la postura de La Banda de no hacerle el aguante a los cruzados y sureños: por vez primera, durante todo mi trabajo de campo, me sentí discriminado cuando no me permitieron el ingreso al bar aledaño al estadio. Fue una experiencia triste que me causó desazón e impotencia. Pienso que algo similar podrían sentir los y las ultras y demás barristas cada vez que les prohíben el ingreso a algún estadio o establecimiento, en consecuencia, para no pasar otra vez por la incómoda situación de ser sacados como rufianes descivilizados de algún lugar, prefieren no inmiscuirse.

Ahora bien, lo anterior, ligado a cierta economía emocional de los integrantes de la barra, no deja de lado la manifestación de cierta división en la organización del colectivo, lo cual no solo se percibe en la experiencia referida durante aquel viaje a Liberia, sino, también, en otras anécdotas que precisaré más adelante (véase la sección “el abogado con aguante”, de manera puntual, las vivencias con el “Flaco desgarrado, el Gordo y el joven alto y gordo”). Por ahora, las ideas de Goffman (región frontal y posterior) vuelven a resonar, precisamente por esta contradicción entre unidad/tensión manifestada a lo interno de la Ultra.

Sintetizo: ¿de qué le sirve a la Ultra mostrarse en unidad y sin disputas? Los medios de comunicación han presentado imágenes, videos y noticias en donde integrantes de barras irrumpen en una especie de condición pacífica de la civilidad costarricense (como lo expliqué en el capítulo I). “Portarse bien” o aparentar portarse bien, significa para la Ultra no ser censurados y poder seguir asistiendo a los estadios; si se “portan mal”, ellos saben que pueden ser vetados, incluso del propio estadio Ricardo Saprissa Aymá; lo cual finalmente sucedió en febrero de 2020²¹, antes de la

21 Como lo indiqué en la introducción del presente capítulo, la Ultra fue vetada del estadio por la dirigencia del Deportivo Saprissa, esto -según la propia directiva- por el disturbio acaecido en la gradería sur en donde intervinieron integrantes de la barra y la policía. Según una nota de prensa, por aquellos días: “La junta directiva del Saprissa no aguantó más y tras los hechos

prohibición del ingreso de espectadores a los estadios, resultado de las restricciones sanitarias ocasionadas por el virus SARS-CoV-2 que produce la covid-19. Sin embargo, es importante decir que la Ultra durante ese tiempo siguió yendo al Estadio Ricardo Saprissa Aymá para alentar a su club: con sus instrumentos musicales y demás indumentaria; alentaron desde fuera del escenario durante algunos partidos clave que ha disputado Saprissa. De hecho, durante las transmisiones televisivas de los partidos, se escuchaban, máxime que no había aficionados en las graderías (menos ruido en el interior).

Entonces, la Ultra muestra una región frontal de unidad y sin conflictos, porque esta postura les sirve para seguir reproduciendo su condición de barra: una subjetividad diferente a la del “aficionado común” (Rodríguez, 2006). Que los demás (auditorio en los términos de Goffman) vean o tengan acceso a la región posterior, a la *trastienda* (conflicto y rivalidad interna) podría significar -como ha terminado significando en muchas ocasiones-, prohibición social y, en consecuencia, un obstáculo para poder reproducir su condición de hinchada; pero además, aparentar unidad y ausencia de tensiones, supone cierta percepción de respeto intimidante hacia los aficionados corrientes (como en el avión con su grito de guerra) y las otras barras (como en las afueras del aeropuerto Juan Santamaría de San José, en la anécdota contada más arriba).

Entonces: sí, hay momentos de unidad dentro de la barra, pero también existen muchos episodios donde no la hay, donde hay rupturas incluso de liderazgo, como más adelante lo expondré (ver capítulo III). Pero, aparentar unidad constante expresa un mensaje de homogeneidad (para no ser sancionados por los clubes) y de fortaleza; implica además la existencia del código simbólico del aguante y que desde ahí pueden

sucedidos en el clásico nacional, tomó una decisión histórica de vetar a La Ultra del estadio Ricardo Saprissa.

El espaldarazo a su barra marca todo un precedente en la historia morada y en palabras de su presidente, Juan Carlos Rojas, el hecho de que el clásico se suspendiera varias veces y en la toma se observara a niños pequeños en medio del pleito entre los aficionados morados y miembros de la Fuerza Pública.

Según el mandatario morado, la decisión es final y no hay vuelta atrás y más bien formará parte de la idea de “estadio familiar” que quiere imponer el club”.

“Lo que vivimos ayer fue vergonzoso e inaceptable y ya fue la última gota que rebalsó el vaso y ya dijimos ‘hasta aquí’. Así que decidimos reconvertirla en una gradería totalmente familiar y que vaya alineada con los valores que queremos proyectar y el tipo de estadio que queremos para todos”, mencionó Rojas (Araya, 2020).

afrontar situaciones de pugna y conflicto con sus otros culturales (barras contrarias, policías, etcétera).

Las siguientes anécdotas etnográficas servirán para apuntalar lo precedentemente mencionado en relación a las regiones referidas por Goffman, pero, sobre todo, ayudarán para introducirnos al tema central del libro: el horizonte político de tensión y conflicto dentro de estas agrupaciones.

El abogado con aguante

El 26 de noviembre de 2017, el Deportivo Saprissa jugaba en Guápiles contra el Santos F. C. Varios integrantes de la Banda de los Morados de la Ultra Morada viajaron hacia el Caribe costarricense. Yo los acompañé. Nos recogieron, a mí y a Jairo, en Riverside, restaurante cercano a San Isidro de Heredia, sobre la ruta 32.

Llegados al estadio Ebal Rodríguez, los ultras con los que iba: Fabricio, Jairo, Juan, Mariano, Daniel y Walter, estaban preocupados pues pensaban que no los dejarían entrar a la cancha, por las medidas de seguridad impuestas por algunos clubes de Primera División que, como ya he dicho, incluía la prohibición de acceso a los estadios a miembros de barras organizadas que han sido previamente identificados por la policía o las organizaciones de los clubes.

≠Por fin, me fui con Mariano a la entrada del estadio. Jairo estaba discutiendo con una pareja de policías. Estaba exaltado, no con los oficiales que no tenían nada que ver, sino, con los miembros de seguridad del Ebal Rodríguez; Walter estaba más tranquilo. Ya en la entrada le dije a Mariano: “Entre usted (al estadio), yo voy con estos maes”. Mariano ingresó sin problemas. Al llegar donde Jairo y Walter, me presentaron a los policías como su defensor. Yo hablé con ellos, intentando utilizar “lenguaje jurídico”. Efectivamente, los oficiales de la Fuerza Pública habían visto cómo uno de los personeros del Santos les solicitó las entradas a los ultras y las rompió.

Yo les decía a los policías que aquello era terrible, que la gente del Santos no se podía comportar así y que ellos, como oficiales debían defendernos. Nos dijeron que fuéramos a las oficinas del club a hablar con los encargados. Ya en dicho lugar nos recibió una señora con uniforme de seguridad privada y otro hombre, al parecer, personero del club, llamado Isaac. La señora tomó una posición secundaria en la conversación, por lo tanto, me dirigí a Isaac. Le explicaba lo acontecido mientras Jairo, muy

exaltado, le gritaba, exigiendo una solución. Isaac se molestó por la actitud enfurecida e irrespetuosa de mi acompañante, por lo cual le dije a este último para tranquilizarlo: “cálmese mae, así no arreglamos nada, déjeme explicarle yo al hombre”. No hizo caso. Por lo cual y en tres ocasiones le grité para que se callara: “¡cállese, jueputa sal!”.

Por fin, pude explicarle al personero del Santos lo acontecido. Le dije: “no puede ser posible que esto suceda, estamos en Costa Rica... ¡con oficiales de la Fuerza Pública como testigos!”. Según nos comentaba el encargado de seguridad, quien rompió las entradas fue un dirigente del club.

Después nos dijo: “en este estadio no están permitidas las barras” y dirigiéndose a Jairo, Walter y a mí: “¿están seguros de que no son de la barra?”. Los muchachos, no muy convencidos, dijeron que no. “Bueno”, enfatizó Isaac, “si los veo haciendo algo de barra, los tres quedan vetados” e interpellándome directamente, “porque ya no son ellos dos, serían los tres”. “Vean”, exclamó Isaac ya en un tono más conciliador, “los voy a dejar entrar, pero solo por esta vez, porque a ustedes no los conozco, aunque creo que son de la barra. No los quiero joder, por eso los voy a dejar entrar, pero solo esta vez”.

El que no pudo entrar fue Fabricio, líder de la Banda y de la Ultra, identificado años atrás por la policía y el club de Guápiles. Tuvo que abandonar, por esta ocasión, la grada; estaba en realidad afligido. Hizo el viaje y no pudo entrar a alentar a Saprissa. Jairo y yo, viendo que Fabricio se quedó afuera, decidimos salir del estadio, a pesar de lo complicado que se nos hizo entrar. Intentamos hacerle el aguante al dirigente. Fabricio nos decía: “me sentía agüevado [afligido], pero es un poco menos porque ustedes están ahí”.

Sobre esta imposibilidad de poner en práctica el *performance del hincha*, me referiré en extenso en el capítulo III. Ahora quisiera centrarme en la situación en la que se me identificó como abogado de la barra.

Pienso que los muchachos me identificaron con un perfil por ellos conocido. Por supuesto, no saben muy bien qué hace un antropólogo, pero sí saben qué hace un abogado, aunque bien sabían que yo no era uno, al menos, soy alguien que habla distinto a ellos y, sobre todo, soy universitario, es decir, tengo un conocimiento que, para ellos, me faculta a hacer algo que no podían hacer en aquel momento: negociar con quienes los tienen identificados como descivilizados para poder interceder por ellos. Yo serví como mediador en la situación, porque no me parezco a ellos, no me visto, ni me expreso igual que ellos.

Esto me hace pensar que, en la relación etnográfica, ambos, ellos (los otros, cualesquiera que estos sean) y el etnógrafo, sacan algún provecho de la situación: yo puedo realizar una síntesis de la experiencia que me permita comprender estos mundos de sentido; ellos, entre otras cosas, pudieron entrar al estadio gracias a los “oficios” de un “abogado”.

Hay otro elemento en mi forzada aparición como defensor privado: en varias ocasiones tuve que emplear un tono enérgico y de enfado hacia Jairo. En corto: le grité. Intento decir que uno, en el trabajo de campo etnográfico no suele gritarle a “los informantes”, más bien, se tiene el cuidado de proceder con respeto y cautela. Pero el *ethos* aguantador de barra es distinto. Algunas anécdotas etnográficas me servirán para fundamentar esta idea.

El 22 de febrero de 2018, Saprissa jugó en Tibás el partido de ida contra el América de México (sobre el que ya hice referencia más arriba). Era un encuentro importante. El estadio estaba lleno y la Ultra cantaba. Yo, cuando hacía trabajo de campo con la agrupación, no solía brincar ni gritar, pero esa noche lo hice, me entregué a una especie de exceso festivo que no es muy común en mi personalidad. Cansado, hacía pausas cortas para reponerme de la fatiga, pero seguía alentando. En uno de esos breves momentos de descanso, un gordo de la peña de Los Guido de Desamparados se me acercó y de forma increpante me empujó y me dijo: “¡cante, mae!”. Yo le devolví un “¡sea necio, mae!” [significa, en realidad, “no sea necio, mae” o “no moleste”]. Ya Saprissa iba perdiendo 0-2. El gordo se quedó a mi lado y me golpeó con el codo en un par de ocasiones más. Yo le insistí: “¡sea necio compa, camine!”. Él se quedó a la par mía. Yo decidí salir de mi descanso y seguir alentando. Al rato, el gordo al verme me extendió su puño con una sonrisa en su rostro. Lo abracé y me abrazó.

Minutos después, algunas gradas abajo de donde aconteció dicho altercado, se armó, como es usual, una danza de patadas y empujones amenizadas por una de las canciones que empezó a instrumentalizar la Banda de los Morados. En esa zona suelen estar las peñas del sur de la capital. Yo, al presentir y ver algunos brotes de patadas y empujones, me dispuse a huir hacia arriba (a la par de la Banda). Uno de los muchachos, un flaco desgarrado del sur me dijo: “Sí, vaya, váyase para arriba”, mientras se dibujaba una sonrisa en su rostro. Le agarré el brazo y le devolví una sonrisa, según yo, cómplice.

En ese momento no había entendido el gesto del joven, segundos después me percaté del sentido de lo que en realidad me decía: al verme a mí, un sujeto cuya disposición corporal y gestual no pertenece a ese lugar de la grada (ocupado por las peñas del sur), y al suponer que estaba huyendo de la danza de golpes, me instó a irme para arriba, haciéndome ver que yo no era de ahí y que pertenecía a un “arriba” donde la gente no hace tanto desmadre. Más adelante (capítulo III) ahondaré sobre esta organización “arriba-abajo” dispuesta por la Ultra en la gradería. Por ahora, para darle contexto a la anécdota etnográfica, diré que, al parecer, la Ultra construye parcelas de sentido dentro de la gradería sur del Estadio Ricardo Saprissa Aymá. Abajo: los sureños, arriba de ellos, la Banda, la primera línea de la barra²² y los del norte.

En otro encuentro, el 30 de septiembre del 2018, día en que Saprissa jugó contra San Carlos en Tibás, aconteció otra interesante situación relacionada con esta lógica aguantadora. En algún momento del encuentro, yo estaba enviando unos mensajes y tratando de registrar algunos eventos en mi celular, por lo cual, estaba más concentrado en ello que en ver el partido y menos aún, en alentar.

En ese momento, siento un empujón de alguien que estaba detrás de mí. Me fui hacia delante, pero pude seguir con mi aparato; pensé que era parte de la misma dinámica de la barra (brincar, empujar, cantar, jugar). De inmediato, sentí otro empujón, pero igual, no le di importancia y seguí concentrado en mi registro. El tercer empujón ya me pareció extraño. Volví a ver hacia atrás y estaba un joven del sur, alto y gordo, mirándome de manera fija (popular “enjache” costarricense). Abrí mis brazos en clara señal de protesta y confrontación, mientras le gritaba: “¿qué le pasa, mae?”. Me hizo una señal con los dedos. Entendí que ahí, según él, yo no podía estar usando el celular. Después del empujón, yo había quedado dos gradas debajo de él, subí una grada más y quedé una justo debajo del muchacho. Si me tiraba cualquier golpe, me mataba. Le volví a reclamar. En ese momento, Juan, que estaba a la par del gordo alto, le dijo: “mae, tranquilo, él es de la Banda²³”.

22 La idea de la primera línea es tomada de las barras del sur del continente. Es una franja imaginaria ubicada en la gradería, en donde se posicionan los dirigentes de la agrupación y los principales líderes de peñas. Esta línea, regularmente se ubica cerca de los instrumentos musicales.

23 Juan, después del partido, cuando le agradecí el aguante, me dijo: “¡No hombres, me extraña; usted es parte de nuestra cuadrilla!”. Sobre la definición “cuadrilla”, ver: [Rodríguez, 2017](#).

El joven del sur desistió de la confrontación. Sin embargo, no sé cómo, apareció Jairo, quien, habiendo observado lo sucedido desde una parte más alta de la gradería, bajó y defendiéndome, increpó al gordo. Yo, viendo que se iba a armar una trifulca, abracé a Jairo y le dije: “tranquilo, mae. No pasa nada, todo bien”. Mientras calmaba a Jairo, llegó uno de los líderes del sur e intentó apaciguar los ánimos. Le dije, “usted me conoce, manda huevo”. Me contestó: “sí, sí mae, pero aquí nadie puede andar con el celular”; le dije, “*okay*... estoy pendiente de una actividad familiar”. Obvio, eso era mentira. Terminé de tranquilizar a Jairo. Luego, ubiqué al joven alto y gordo. Le di la mano y le dije: “no pasa nada, pura vida”. Lo abracé. No volví a sacar mi celular.

Lo curioso es que muchos ultras, durante los partidos, también revisan los celulares, los he visto. Mi interpretación es que me confrontaron porque, en primer lugar, pueden hacerlo: yo era un extraño y, para muchos de ellos, sin ninguna posición dentro del grupo, hasta que los mismos integrantes de la Banda me defendieron. En segundo lugar, como ya he explicado más arriba, empleando a Goffman (1959), parte de la región frontal de la barra (lo que muestran a la audiencia) es aparentar que son siempre alentadores y aguantadores, pero su región posterior (sección que los sujetos van a intentar ocultar) dice otra cosa: no siempre alientan y no siempre cumplen los códigos de barra, pero esto no se puede externar. Ningún miembro de barra puede decir que no es alentador y que no tiene aguante, pues comprometería su estatuto de hincha.

Un último argumento más. Sobre la composición de clase dentro de la Ultra Morada, algo que parece “saltar” en las anécdotas anteriores, ya me he detenido en otros trabajos (Rodríguez, 2014a y 2014b); sin embargo, es importante señalar de manera breve, con la promesa de extenderme sobre ello más adelante (capítulo III), que existen diferencias entre ser un Ultra del sur y un Ultra del norte (barrios clase medieros o populares, pero menos complejos que los del sur de la capital). Ahora, es preciso acotar que el *ethos* del sur convoca comportamientos más “arratados” (categoría nativa referida por Rodríguez, 2017), de más choque y confrontación, diferente a otras peñas dentro del colectivo, como la Banda, que intenta evitar confrontaciones y tensiones. Por eso, Juan me decía vía *WhatsApp*, después del altercado sucedido durante aquel partido y refiriéndose a aquel joven alto y gordo: “claro, ese mae seguro andaba muy loco, con ganas de pegarle a alguien”.

Sintetizando: de alguna manera, yo, habiendo interiorizado este código barrista del aguante, en las tres anécdotas referidas con el gordo de Los Guido, con el flaco desgarbado y con el gordo alto, actué con valentía y arrojo ante confrontaciones hechas por adherentes de la agrupación que yo no conocía. En el argot de barra, “tuve aguante”. En dichos contextos recién descritos, pude actuar de esa forma porque, de alguna manera, es lo que ellos esperan. Es lo que ellos harían o al menos dicen que harían en una situación de conflicto. No hice nada que no estuviera dentro de los códigos culturales del hincha.

“Tenga cuidado, pito”. Etnografiando dos barras de fútbol

Como ya lo indiqué en la introducción, la investigación con la Ultra la inicié en 2017 y la terminé en 2019. Con La Garra inicié en 2018 y terminé en 2021. Durante todo el 2018, hice trabajo de campo etnográfico con los dos grupos. Un sábado iba con la Garra, el miércoles con La Ultra, sábado con la Garra y luego, domingo, de nuevo con la barra saprissista.

Fue un año agotador: ir, venir, volver, regresar a uno y otro colectivo. Esto, por supuesto, tuvo una influencia importante en mi relación con ambas hinchadas. Aunque desde el principio fui claro con los/as interlocutores/as de cada agrupación sobre mis investigaciones con una y con otra, esto no imposibilitó que se presentara alguna confusión tendiente al conflicto, devenida de mi participación con dos colectivos en apariencia antagónicos.

Lo que narraré no solo habla de lo complicado que es llevar a cabo este tipo de procesos y lo que sucede en estos caminos entrecruzados, sino, también, de la lógica constructiva y organizativa de estos sujetos: tensiones y pasiones que instituyen otros imaginarios que son vividos y referidos con sospecha. Lo que más adelante (capítulo III), retomando a Gluckman, 2003 y 2009 y Turner (1988), denominaré la *performance del conflicto*.

El 9 de abril de 2018 tuve una breve conversación con Jairo vía *WhatsApp*. En aquella ocasión, este joven me invitaba a estrenar la nueva manta²⁴ de la Banda de los Morados, que la Peña pagó a hacer -como he descrito

24 Tela de aproximadamente seis metros de largo por un metro de ancho. Con el escudo de Saprissa a un lado, y al otro, el rostro del fallecido jugador del club Gabriel Badilla. En el centro la inscripción: “Siempre a tu lado mi viejo amigo”. Debajo de esta, “La Banda de los Morados”. Tela blanca, letras moradas.

anteriormente- con unos especialistas en la materia de Córdoba, Argentina. Jairo me dijo que la estrenarían en un balneario en Desamparados (provincia de San José) el domingo 15 de abril durante la mañana para, en la tarde, dirigirse al partido que Saprissa sostendría contra Guadalupe F. C., en dicha localidad homónima josefina.

Le dije a Jairo que no podía ir, que me hubiera gustado mucho pero que ya me había comprometido con la gente de la Garra para ir a Liberia, Guanacaste. Pensé muchísimo en darle esta respuesta, porque sospechaba que no entendería que yo quisiera ir “de paseo” con una barra contraria. Me envió un audio de 14 segundos, en el cual, con un tono de voz menos entusiasta que en audios anteriores, me decía: “Ah mae, es que esa es la vara, había que decir hoy quiénes iban para reservar campos”. Le respondí con otro audio: “ah mae, qué lástima, si no hubiera sido por ese compromiso, habría ido”. Pensé: “la estoy cagando más”. Este joven es, como ya lo indiqué más arriba, un tanto agresivo y posesivo, pero también capaz de dar afectos (como cuando me defendió en aquel conflicto con el gordo alto). Por lo cual le dije: “pero no se me resienta, mi hermano”, a lo que él respondió con dos emoticones de *WhatsApp* que evidenciaron su resentimiento.

Le expliqué que era mi trabajo, que no podía descuidar ninguno de los dos proyectos y que era un compromiso. Él pareció entender, sin embargo, me dijo: “es una lástima, es que como usted nos ayudó tanto para la vara de la manta, a guardar los bombos y a jalar gente en el carro...”.

Jairo me tenía y me tiene mucho cariño. Como he dicho, conservamos una relación cercana, a pesar de que no volví a ir a la cancha (me refiero a antes de la pandemia). Yo, en definitiva, no soy solamente el mae de la universidad que llegó a hacer un trabajo con ellos, soy alguien próximo, de ahí parte del resentimiento; aunque también queda claro algún tipo de incomodidad por mi participación en otra barra, lo cual quedará más explícito con las siguientes anécdotas.

El 2 de mayo de 2018 Saprissa jugó contra el Santos de Guápiles en Tibás. Llegué a eso de las 18:50 horas al estadio, el partido iniciaba a las 20:00 horas. Busqué a Fabricio para conversar con él. Estaba charlando y tomando cerveza a unas tres cuerdas del recinto deportivo, donde los ultras que tienen vehículo lo parquean, vigilado por un “wachiman” a quien le dicen “Barbas”. Saludé al grupo y le pregunté al líder: “¿de qué quería hablarme, mae?” (hacía unos días me había escrito por *WhatsApp* diciéndome

que quería conversar conmigo). “Está picado [intrigado], ¿verdad?”, me responde sonriendo. Yo le devolví una sonrisa de aceptación.

Me dijo lo siguiente: “tenga cuidado, pito, usted sabe que mientras usted esté con nosotros no le va a pasar nada, pero tenga cuidado de que no lo fotografíen o así por allá [estando con la Garra], porque no todos saben en lo que usted anda, uno sí, porque uno sabe esta vara de la ciencia, pero mucha gente no sabe y lo pueden joder. Obvio, nosotros no lo permitiríamos, pero con cuidado”. Yo le dije: “mae sí, tranquilidad, yo me cuidaré de que eso no me ocurra, más bien, gracias por decirme”.

La advertencia de Fabricio era clara: él creía (Jairo me había hecho una advertencia similar días atrás) que era riesgoso estar trabajando con dos barras a la vez, porque alguien dentro de la Ultra podía verme, en alguna fotografía subida en redes de la barra rival y divisarme como un espía, lo cual hubiese sido muy problemático, tanto, que podía poner en riesgo mi integridad física.

Esto sugiere varias cuestiones interesantes. Por un lado, mi riesgosa posición de etnógrafo en virtud de lo que podía pasarme si hubiese acontecido algún malentendido y alguna persona de la barra, que no me conociera, se diera cuenta de mi estancia con un grupo contrario. Aunque, como ya enfatice, intentaba comunicarles a todos cuál era la razón de mi permanencia en esos mundos de barras de fútbol, no podía conversar al respecto con todos.

Por otro lado, la advertencia de los barristas hacia mi persona me hace pensar que ellos estaban interesados en cuidarme y protegerme, porque son conscientes de que las relaciones dentro de las hinchadas y fuera de ellas son muy complejas, en ocasiones, agresivas.

Es interesante también, relacionado con lo anterior, evidenciar las complicadas relaciones que manejan estos grupos en donde se dan dinámicas de espionaje entre unos y otros (situación que no es evidente; forma parte de su *trastienda*). En la era tecnológica actual –como bien lo apuntaba más arriba César, integrante de la Garra–, las hinchadas se conocen, saben quiénes son sus miembros, dónde viven, en qué trabajan, si tienen hijos, quiénes son sus padres y madres, etcétera, esto solo con hacer revisiones en las principales redes sociales. La lucha no solo es en la cancha y los barrios (Rodríguez, 2006, 2014a y 2014b), sino también, en las redes: basta con acceder a la página de alguna de las hinchadas para percatarse de los cruces constantes de insultos entre aparentes adherentes.

Pero la advertencia de Fabricio y de Jairo va más allá. Si ellos me estaban defendiendo y, siendo que Fabricio es uno de los líderes, ¿por qué tendría yo que estar preocupado? Las anécdotas referidas en la sección anterior, “El abogado con aguante”, son sugerentes al respecto. Cuando los miembros de la Banda de los Morados se percataban que algo podía sucederme, me defendían (claro está, entiendo que no podían cuidarme siempre y en cada momento); pero esta advertencia esconde algo más, algo que quizás Fabricio no me dijo, algo que él me ocultaba.

Meses después de sucedidas estas experiencias me queda la sensación de que lo que ellos me ocultaban era que el mando de la Ultra no está bien definido. En el capítulo III prometo volver a estas lógicas organizativas dentro de la agrupación, por lo pronto, puedo adelantar que los liderazgos dentro de la barra no están del todo legitimados. Se respeta a los dirigentes, pero no es un respeto total, es más bien, poroso. En consecuencia, Fabricio, aun siendo líder, no podía garantizar mi seguridad (ni la de nadie).

En la Ultra existe una organización que actualmente descansa en gran medida en las peñas, no tanto en liderazgos centrales, por eso un dirigente central no puede controlar qué sucede con otras peñas de otros barrios, como antes lo expuse en relación a mis experiencias en la grada -estando cerca de la Banda- con adherentes de otras subagrupaciones.

Volviendo a esta situación de trabajo de campo con dos barras, el 9 de mayo de 2018, jugaba Saprissa contra Heredia en el estadio tibaseño. Al final del partido, cuando íbamos saliendo de la gradería, Fabricio me vio revisando el celular; me gritó en tono de broma: “Ahí está Gera enviándole información de nosotros a los garreros”. Yo sonreí un poco contrariado y dije, sonriendo: “jamás, nunca haría eso, ni de allá para acá, ni de acá para allá”, Fabricio contestó: “tranquilo mae, eran bromas, no se mal viaje en la vara, ¡ahora se ciñe usted!”, yo me reía tratando de aligerar la tensión-jocosa del momento.

Al despertar a las 6:00 horas del día siguiente me di cuenta de que tenía un mensaje de *WhatsApp* de Fabricio. Me decía: “pito, disculpe por la acción aquella, legal” (refiriéndose a lo dicho por él el día anterior después del partido). Mi respuesta a aquel mensaje fue: “tranquilidad mae, no pasa nada. Yo sé que es en el chiringue; además, veníamos contentos porque Saprissa ganó. Igual, jamás, nunca, siquiera pensaría en hacerles mal”.

Por aquellas fechas, entre mayo y junio de 2018, sucedieron algunos hechos relacionados con esta advertencia de la peligrosidad de trabajar

con dos barras. Mientras hacía trabajo de campo con la Garra Herediana, Claudio, con el cual tengo mucha cercanía, me mostró una foto. En ella aparecía yo con un suéter blanco en medio de la Ultra Morada. Él obtuvo la foto de la página barrabrava.net y le hizo un énfasis en rojo (un círculo marcando mi imagen). Yo, evidentemente, me asusté. Pensé: “estos maes de verdad que hacen espionaje y en una de tantas me voy a ver enredado en una bronca grande”. El joven de la Garra se reía, mientras me decía, “¡ya lo fotografiaron, mae!”; al verme un poco sorprendido, me dijo: “eso no es nada, es pura joda”.

Yo estaba tan preocupado que le comenté la situación a Fabricio. Él se reía y, al estilo del joven de la Garra, trató de minimizar el asunto. Tanto es así que horas después, el líder de la Ultra me envió otra imagen en donde aparecía yo en medio de la Garra en el Eladio Rosabal Cordero (Estadio del Club Sport Herediano); llevaba un suéter celeste con azul, no revisaba el celular como en la imagen anterior, pero me encontraba de igual forma, en una participación pasiva: no estaba brincando, ni cantando.

Esta forma bromista de asumir la situación de las fotografías, tanto en Fabricio como en Claudio, llama la atención, porque no guarda relación con la advertencia que me hicieron: “tenga cuidado, pito...”. Esto me lleva a pensar en dos posibilidades: en primer lugar, minimizaban el asunto de las fotografías para no asustarme (cosa que sí hicieron cuando me advirtieron que algo podía ocurrirme), o, en segundo lugar, con ese tono de risa y broma, algo ocultaban. Algo que no podían decirme, precisamente, lo referente a la poca legitimidad del mando dentro de la Ultra y la Garra, por lo cual, no podían garantizarme al cien por ciento, mi seguridad dentro de la gradería.

Con la Garra Herediana también se dieron eventos de tensión como los anotados con la Ultra; el lector y la lectora pueden recordar la situación con Ramón repasada en una sección anterior, cuando dicho joven preguntaba si yo era de la Ultra, a lo cual, me vi en la necesidad de indicarle que yo no pertenecía a la agrupación saprissista, aunque sí estaba haciendo trabajo de campo con las dos hinchadas a la vez. Otras dos experiencias con la Garra redondearán esta idea sobre las tensiones de trabajar con dos barras al mismo tiempo.

El miércoles 7 de febrero de 2018 jugaba el Club Sport Herediano contra el Club Sport Cartaginés: clásico provincial, le llaman los y las periodistas al encuentro entre estos clubes.

Claudio solía vivir cerca de la casa de mi madre, por lo cual, decidimos que él pasaría por mí en un punto cercano a dicho lugar para ir al Estadio. Eran los primeros acercamientos que hacía con los garreros, por lo cual, ir a la cancha ese día con este joven era muy importante para mí.

Claudio y Vika pasaron por mí. Mientras caminábamos hacia el estadio, una de las primeras preguntas que me hizo el primero fue de qué equipo era. No se lo oculté, le dije que era saprissista. No hubo mayor sorpresa, lo cual me tranquilizó.

Claudio me comentaba varias cosas acerca de la barra: eran tiempos complicados -en términos demográficos- por lo que pasó en Cartago con el caso de “Orko” (el cual apenas repasé en la introducción de este libro, pero abordaré en extenso en el capítulo III), además, según este joven, la barra estaba desordenada, y me indicó que hubo un tiempo en que este desorden no existía.

Llegados a las inmediaciones del estadio herediano, justo al frente del Bar Luna, Claudio me presentó a varios de sus amigos, todos pertenecientes a la Garra. Me presentó a un muchacho que, según él, estuvo preso pues agredió con arma blanca a un cruzado (integrante de Los Cruzados, peña de la Ultra); le preguntó: “¿Cuánto estuvo guardado usted?”, “nueve años”, respondió el joven de tez morena.

En las afueras del Bar Luna me encontré con dos antiguos conocidos de mi época del colegio (secundaria) que no eran adherentes de la barra; uno de ellos, Pablito, me interpelló, en tono de broma “¿qué hace usted aquí? ¡Está raro que usted esté aquí! ¿Anda infiltrado?”. Todo esto, delante de Claudio y de Vika. Unos segundos después, Pablito se marchó. Yo me vi en la necesidad de aclararle a Claudio qué había sucedido, porque lo noté un poco incómodo. Para mi sorpresa, él sí estaba incómodo, pero no por el “enjache” de mi excompañero de colegio, sino, porque según me contó, le debía dinero al enjachador, por unas bengalas que nunca le pagó.

Minutos después, me topé a otro antiguo conocido del colegio, no excompañero, pero que sí estuvo en la misma institución, el Liceo de Heredia (secundaria ubicada en la ciudad de Heredia). Me preguntó por mi familia y también: “¿Usted no que es morado [aficionado a Saprissa]? ¿Qué hace aquí?”. En ese momento pensé, “qué bueno haberle dicho a Claudio que yo era saprissista” si no, esa noche hubiese sido un desastre.

Dentro del estadio, esa misma noche, me encontré a un amigo del barrio donde viví mucho tiempo, toda mi niñez y adolescencia; me preguntó

por mi familia, yo por la de él y como si estuviera escrito en algún guion: “¡Usted viene de infiltrado! ¿Verdad, morado?”, mientras se reía a carcajadas. Claudio escuchaba.

Así fue mi primera noche de trabajo de campo con la Garra.

Otra anécdota sobre la que ya he hecho referencia anteriormente, aconteció una tarde-noche del domingo 29 de julio de 2018, el Club Sport Herediano visitaba al Guadalupe F. C. Claudio me citó a las 3 p.m., en las afueras del Bar Luna. Llegué con un amigo mexicano que por aquellos días llegó a Costa Rica para un congreso y aprovechó para visitarme; de paso quiso acompañarme en mi jornada de campo. Él también hace estudios sobre juventud; le interesaba la experiencia.

En el Luna ya había varios garreros. Saludé a Claudio, quien se encontraba dentro del bar. Aproveché para presentarle a mi amigo mexicano y me llamó la atención que el joven de la Garra me indicara: “cualquier cosa dicen que son heredianos”, yo asentí y mi extranjero amigo también.

Al rato llegó la buseta. Íbamos alrededor de 20 personas. Ellos le insistieron al chofer que pasáramos por Tibás [zona “ultra” y saprissista], con la intención, me parece, de cruzar “territorio ultra” y mostrar aguante. Llegados al parque de Tibás, ya venían cantando, pero ahí, cantaron más fuerte, llamando la atención de todas las personas que transitaban por el lugar.

No entendía por qué teníamos que pasar por Tibás, me pareció una necedad, puesto que, si había ultras ahí, habría problemas. Quizás es eso lo que buscaban: *el conflicto*.

Después del partido que terminó con empate 2-2, nos subimos a la buseta y nos devolvimos para Heredia. Otra vez los muchachos querían pasar por Tibás. El chofer los complació. Yo no entendía cómo el conductor ponía en riesgo a todos y todas ahí, además de arriesgar que le pasara algo al vehículo.

Los garreros querían sacarse una foto en las afueras del estadio Ricardo Saprissa, para demostrar que incursionaron en territorio enemigo. A un lado del estadio, salieron todos de la buseta, excepto yo, mi amigo mexicano, dos mujeres y el chofer.

Se sacaron las fotos y se subieron a la buseta. Era como querer dejar evidencia de la incursión en campo enemigo (refrendando el código del aguante), aunque no hubiese enemigos a la vista. Yo me sentí muy incómodo, pensaba en que, si la gente de La Ultra me veía ahí, podía tener problemas con ellos.

En síntesis, yo estuve haciendo trabajo de campo en medio de disputas entre hinchadas; conflictos que me anteceden pero que, por último, están ahí; es decir, tuve que aprender a lidiar con ellos.

Si hubiese sido considerado como un espía o infiltrado habría tenido inconvenientes serios. Sin ninguna duda. Me ayudó mi *habitus* de universitario: de sujeto distante a las especificidades de muchachos/as que no portan el mismo capital simbólico, cultural o económico que el mío; pero, sobre todo, fue muy oportuno decir desde el inicio quién era yo y qué hacía acompañando a dos barras de fútbol en apariencia antagónicas.

Esto no deja de lado, la constante intención de las barras organizadas de fútbol de generar conflicto entre sí y con otras barras. Lo he demostrado en varios pasajes de este capítulo, tanto con la barra saprissista como con la herediana.

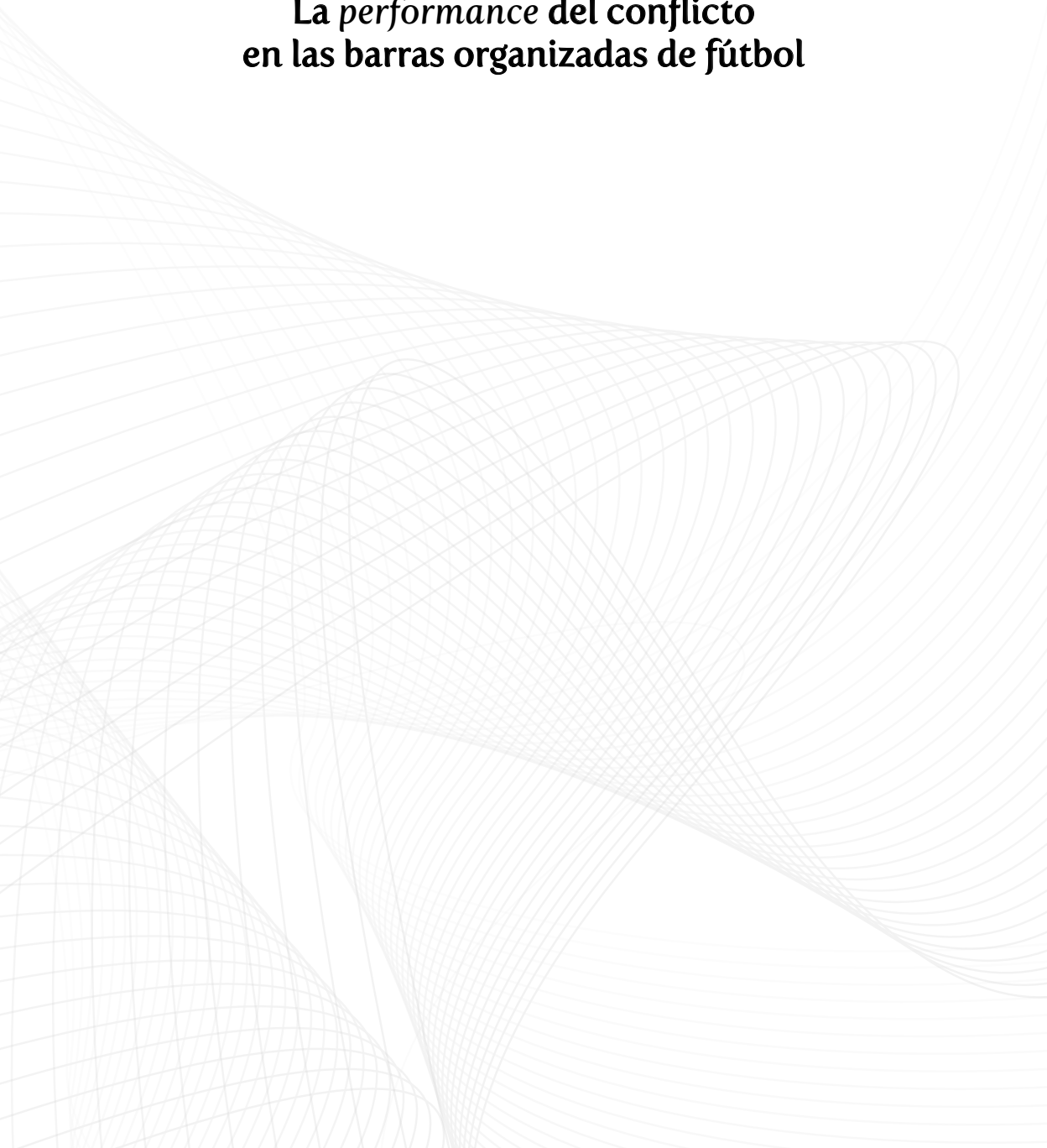
En este capítulo he podido demostrar que las barras, tanto la Ultra como la Garra, ocultan algo, lo cual sucede en cualquier grupo social, incluso, en todas las personas. Esta región oculta no puede ser mostrada en el caso de las barras porque pondría en riesgo su posibilidad de alentar al equipo (objetivo determinante), aun así, esta *trastienda* ha quedado en evidencia para sus audiencias en múltiples ocasiones, lo cual ha permitido que sean vistos como “descivilizados”. “Los odio, pero tengo amigos ahí”, la flexibilidad del aguante (algunas veces se es aguantador, otras no), el hecho de no poder garantizar la seguridad de nadie porque no existe un control absoluto de las peñas, ni de sus integrantes, muestran accesos a la *trastienda* que ellos no quieren, necesariamente, mostrar, porque supone una especie de deslegitimidad del mando y del poder, pero, ante todo, de códigos que son esenciales en las hinchadas.

El conflicto es algo latente en las barras, lo cual guarda estrecha relación con la idea de las regiones y la necesidad de ocultarlo, porque quedan expuestos como descivilizados.

En el siguiente capítulo me concentraré en estas tensiones y conflictos, pero, además, en las dinámicas de organización, estructura y liderazgo dentro de las agrupaciones. Soy consciente de que ya he ido perfilando una argumentación al respecto; sin embargo, en lo sucesivo intentaré redondear alguna información previa que haya podido quedar incompleta.

CAPÍTULO III

**“Mae, me jalé una torta”.
La *performance* del conflicto
en las barras organizadas de fútbol**



Orko. “El fútbol no da para tanto... descivilizado”

El domingo 27 de agosto del año 2017, en las afueras del estadio José Rafael “Fello” Meza de la ciudad de Cartago, Orko, en aquel momento líder absoluto de la Garra Herediana, agredió con una piedra a un adherente de la Fuerza Azul, barra del Club Sport Cartaginés; al menos así se logró apreciar en varios videos que los medios de comunicación repitieron de manera constante en sus noticias durante aquella mañana/tarde y los días subsiguientes.

Varias cosas sucedieron después de estos hechos: la persona agredida sufrió serias y lamentables secuelas físicas y cognitivas, las cuales serán permanentes, según ha dicho la prensa a partir de entrevistas que le hicieron al joven y a miembros de su familia; Orko se encuentra cumpliendo una condena de varios años en la cárcel; La Fuerza Azul, en gran medida, por la presión de la opinión pública, se desintegró (aunque se ha vuelto a hacer presente en el estadio de Cartago, según se puede apreciar en las transmisiones televisivas); La Garra casi desaparece (como más adelante lo expondré a partir de diversos testimonios) y las barras organizadas de fútbol del país fueron vetadas de los estadios rivales. “El fútbol no da para tanto”, decían sin cansancio diferentes sectores de la opinión pública, pero, sobre todo, los medios de comunicación.

Esta idea “el fútbol no da para tanto” siempre me ha llamado la atención. ¿Cómo es que el fútbol, siendo que es un deporte de contacto (físico y violento en sí mismo) en el que siempre se estimula la rivalidad y la competencia (Huizinga, 2007), atravesado por una industria cultural, mercadotécnica y mediática que gana millones de dólares al año cosificando a los/as atletas, pero también a los/as aficionados/as, logra este tipo de conjuros? ¿Cómo es que el fútbol no da para tanto, mientras que las palabras empleadas para hacer referencia a especificidades del juego (campo enemigo, rivalidad histórica, choque de naciones, etcétera) y sus personajes

(conserveros, defensas, atacantes, rivalidad, entre otros) llama la atención sobre una terminología bélica?

Me parece que “el fútbol no da para tanto” cuando así conviene. Cuando se establecen límites solo para algún tipo de violencia física, pero no para sus demás manifestaciones; mientras tanto se siguen reproduciendo de manera abierta otras prácticas agresivas como la corrupción, faltas a la ética, la competencia salvaje, las discusiones acaloradas en programas deportivos, las narrativas agresivas de dirigentes de clubes y la cosificación mercantil de jugadores y aficionados.

Quiero decir que la violencia se convierte en violencia cuando así se quiere que sea percibida, cuando esta violencia sirve para generar *ratings*, dinero y “competencia deportiva sana” (como lo han dicho entrenadores, jugadores, dirigentes y medios de comunicación), es transformada en algo que es natural al fútbol, como si el juego hubiese nacido en medio de estas circunstancias.

Así, personajes como Orko son sancionados, según las disposiciones legales del país; el problema es que bajo la lógica moral “del fútbol no da para tanto” se toman en cuenta a los/as que son percibidos como descivilizados, sin mediar una reflexión profunda sobre esas otras actuaciones que abonan de manera directa a las prácticas violentas dentro y fuera de los estadios de fútbol.

Nunca conocí a Orko, pero sí a varios de sus amigos/as. Como la persona lectora podrá apreciar en el acápite “la barra de Orko” incluido en este capítulo, los testimonios de personas que lo conocen y que, de alguna u otra forma, vivieron con él los hechos acontecidos aquel 27 de agosto del 2017, indican que este joven es un tipo tranquilo, tanto que a varios/as de ellos/as les sorprendió que reaccionara de la forma en que lo hizo, con tal agresividad y furia. Durante los años en prisión, varios de sus amigos y compañeros de la Garra han ayudado a su madre llevándole comestibles y algunas otras cosas que la barra herediana gestiona para que la señora no pase hambre, ya que, el único ingreso que tenía esa familia venía del trabajo del exlíder herediano.

Todos los testimonios de garreros/as coinciden en que Orko era un dirigente inteligente, muchas veces mesurado y también aguantador, no se dejaba de nadie, pocas veces agresivo y más bien conciliador. Para ellos/as, este ha sido uno de los mejores liderazgos que ha tenido la Garra Herediana. Orko se encargaba de todo: contratar los buses para los viajes fuera de

Heredia, hacer actividades para generar fondos para la agrupación, ayudar a los garreros que no tenían dinero para que pudieran entrar al estadio, ser el mediador entre la hinchada y el club para, entre otras cosas, obtener descuentos en las entradas a los partidos, ordenar al grupo en cancha, con regaños y “enjaches”, hacer que la gente cantara y alentara, etcétera. Era un líder muy respetado, diferente a lo que sucedía con el colectivo durante los meses de interacción etnográfica, donde los mandos superiores carecen de legitimidad, como lo iré demostrando a lo largo del capítulo.

Orko era un líder muy positivo para el grupo, todos/as coinciden con eso. Hoy, desde la prisión, no puede colaborar mucho, aunque, como me lo dijera Abraham (integrante de la Garra) una noche en la que estábamos en el estadio herediano “esta sigue siendo la barra de Orko”.

Como el lector y la lectora podrán haber advertido, existe toda una dramatización de la tensión no solo a lo interno de estos grupos, sino, en las perspectivas sociales (opinión pública) que recaen sobre ellos. Una *performance* del conflicto que trataré de explicar en términos teóricos en la siguiente sección.

La performance del conflicto

Víctor Turner, autor clásico de la antropología (nacido en Escocia), indica que, durante su trabajo de campo, llegó a ver un “sistema o ‘campo’ social más bien como un grupo de procesos ligeramente integrados, con algunos patrones y persistencias de forma, pero controlados por principios de acción discrepantes (...)”, que llamó análisis del *drama social*, esto es: “unidades no-armónicas o disonantes del proceso social que surgen en situaciones de conflicto” (1988, pp. 106-107).

El mismo teórico clásico, citando a Richard Schechner, indica que estas situaciones (altercados, combates o ritos de pasaje) “son intrínsecamente dramáticas, porque los participantes no solo hacen cosas sino tratan de mostrar a otros lo que están haciendo” (idem., p. 106). Lo cual recuerda el énfasis dramático (región frontal y posterior) mencionado más arriba cuando cité a Goffman.

Rodrigo Díaz, retomando al autor escocés, arguye que los dramas sociales “constituyen dispositivos que organizan la experiencia según formas narrativas”, y que, a partir de esto debemos aprender a pensar a las sociedades “como fluyendo continuamente”, ergo: no hay estructuras estáticas, se

trata más bien de “procesualizar el espacio y el tiempo”. Entonces, el “drama social” describe procesos sociales, relacionados con situaciones en crisis, conflictivas o no armónicas en donde, “los participantes no solo hacen cosas, sino que intentan mostrar a otros qué hacen y cómo lo hacen, qué han hecho y cómo quieren ser percibidos por los demás”. Por esto último, estas actuaciones en la vida social son reflexivas, porque al actuar, los sujetos revelan su yo, su nosotros, a sí mismos y a otros; y, siendo que responden a situaciones en crisis, conflictivas y no armónicas, deben de ser concebidas como procesos políticos (competencia por fines escasos a través de medios culturales) (2008, pp. 49-51).

Los dramas sociales “influyen en la forma y función de *las performances*” (ídem., p. 56), mientras que estos son susceptibles de crear nuevos dramas sociales.

Podríamos decir que *la performance* es un tipo de drama social, que puede ser significada como “una secuencia compleja de actos simbólicos” que son transformadores y “revelan las principales clasificaciones, categorías y contradicciones de los procesos culturales”, en los cuales se hace énfasis en “las cualidades procesales: performance, jugada, escenificación, trama, acción correctiva, crisis, cisma y reintegración” (Turner, 1988, pp. 107-109). Esto es, las acciones performativas suponen imperfecciones, caos y ruptura de la estructura social que dan cuenta de un proceso cultural dialéctico que tiende -no siempre- a regresar a la estabilidad estructural.

La performance incluye, además, vacilaciones, elementos creativos, factores personales, contextuales y situacionales que son claves de la naturaleza del proceso humano, en donde, por supuesto, “existen reglas establecidas, costumbres y marcos simbólicos, pero operan en presencia de áreas de indeterminación o ambigüedad. [De esta forma] el orden nunca se impone del todo, ni podría hacerlo” (ídem., p. 111)²⁵.

Esta indeterminación y ambigüedad de la *performance* puede representar lo que Turner llama un “conflicto latente” (ídem., p. 132): una

25 Turner habla de un *homo performans*, que exhibe procesos de “volición y afecto” (Turner, 1988, p. 114); un hombre sapiente, actuante, que usa símbolos, esto es, un animal autoperformativo y, en tanto tal, reflexivo, lo cual quiere decir que el hombre puede conocerse mejor por medio de la *performance*, “o bien, un grupo humano puede conocerse mejor mediante la participación y/o observación en el performance generado y presentado por otro grupo humano (...)” así, “el elemento básico de la vida social es el performance, *la presentación del sí mismo en la vida diaria*” (en itálicas, frase de Goffman empleada por Turner, 1988, p. 116).

tensión preexistente que se manifiesta en alguna faceta de la actividad performativa; quiero decir que el drama social manifestado en la *performance* revela disrupciones o alteraciones que no han sido, necesariamente, conversadas o discutidas en el grupo, como lo he venido demostrando y más adelante lo ampliaré con los casos de la Ultra Morada y la Garra Herediana.

Por su parte, para Díaz, *la performance* no es una “mera representación, sin mediaciones, de lo que se dice, de lo que está cristalizado en un texto o en un guion preestablecidos”, más bien consiste “en una traducción, una transformación y, por lo tanto, un desplazamiento, una reelaboración, recreación e interpretación de lo relatado o de lo fijado por medio de la escritura”. Se trata de “actos y juegos de espejos de dramatización; de una exhibición [acá coincide con Turner] de cómo nos representamos a nosotros mismos, cómo deseamos ser y cómo queremos que los demás nos definan” (2008, pp. 34-38).

Algo importante es que la posibilidad de tener ciertas experiencias místicas, sublimes, performativas, en el decir de Díaz (quien en este punto cita a Alejandra Ferreiro, 2002), “no depende tanto de la capacidad de interpretar símbolos y más de la adquisición de ciertas habilidades: lograr un estado de excepcionalidad corporal” (2008, p. 39), es decir, más que con nociones simbólicas –y a diferencia de Turner–, la experiencia performativa tiene que ver con aspectos no discursivos, retóricos y corporales.

Entonces, los enunciados performativos “no reportan o describen algo, hacen cosas de acuerdo con las convenciones aceptadas”; simplificando: estos enunciados **llevan a cabo, cumplen, ejecutan o realizan algo** [cosa que Turner apenas intuyó], con el objetivo de “inscribir algún orden” (ídem., p. 41. Énfasis míos).

Este drama social de *la performance*, como ya lo he acotado, está articulada con toda una lógica de la disputa: pareciera no existir *performance* (quiero decir, una especie de drama social) sin una tensión evidente o subyacente. Entonces, para entender este antagonismo performativo existente en las barras organizadas de fútbol es necesario indicar conceptualmente, qué se va a entender por conflicto. Para ello, retomaré el aporte teórico de Max Gluckman, fundador de la Escuela de Manchester.

La obra de Gluckman retoma algunos postulados de sus antecesores Malinowski, Radcliffe-Brown y Pritchard, pero, a diferencia de estos, no deja de lado el conflicto y la tensión social, más aún, introduce estos temas

como categorías centrales en su propuesta más ligada al marxismo (Kuper, 1973; Lube, 2012; Korsbaek, 2009²⁶ y Barruecos, 2009).

El autor sudafricano asevera que el conflicto y su superación son “dos aspectos del mismo proceso social y están presentes en todas las relaciones sociales” al combinar la escuela estructural funcionalista británica “con el enfoque marxista de la desigualdad y la opresión, creó una importante corriente de rechazo al colonialismo desde el propio estructuralismo” (Barruecos, 2009, p. 103).

Estas contradicciones sociales ligadas a la conflictividad social, le permitió a Gluckman indicar que, en efecto, las “culturas tribales son diferentes de la occidental, pero no tanto” (Korsbaek, 2009, p. 14).

Así lo establece el propio Gluckman:

La conclusión más sorprendente de la moderna investigación antropológica es que la organización que se requiere para mantener el orden entre mil gentes en una isla en el Pacífico es casi tan complicada como la que rige en una ciudad como Londres (Gluckman, citado por Korsbaek, 2009, p. 15).

Gluckman sostiene que los conflictos extendidos a través de períodos de tiempo largos llevan al establecimiento de la cohesión social y que, además, son parte de la vida; la costumbre puede exacerbar las tensiones, pero también impiden que destruyan el orden social (Gluckman, 2009, p. 32).

En su clásico trabajo sobre los zulúes de Rhodesia del Norte (actual Zambia), advierte que a lo **interno de los grupos** había discusiones y enfrentamientos fuertes, aún por causas accidentales: “Yo he visto a dos zulúes entrar en combate armado sólo debido a que uno de ellos chocó al otro en la emoción de una danza guerrera” sin embargo, sus contiendas debían resolverse mediante alguna regla, en lugar de la fuerza bruta “si han de perdurar las relaciones sociales” (Gluckman, 2009, pp. 39-40).

26 Korsbaek diría, en un texto posterior, que el autor nacido en Sudáfrica, tampoco olvidó el concepto de cultura (como sí lo hiciera Radcliffe-Brown) ni la dimensión histórica (olvidada tanto por Brown, como por Malinowski). Para Gluckman, según este autor, el equilibrio es producto de un proceso histórico y dialéctico de conflictos; así, el conflicto es el motor que moviliza el proceso social (2018, pp. 209-210/212/216).

Además, Korsbaek también exclamaría que la propuesta del autor sudafricano era marxista “sin el uso de la terminología o la *jerga* marxista”; aunque, también diría que esta idea era una “simplificación simpática”, esto por las críticas que había podido leer hacia esta idea proveniente, fundamentalmente, de la Escuela Holandesa (2018, p. 221).

Es interesante percatarse de que los grupos a los que hace referencia Gluckman (los zulúes y, retomando a Evans Pritchard, los Nuer), no tienen leyes escritas, tampoco autoridades que se encarguen de “citar querellantes, escuchar casos y aplicar reglas de ley” (2009, p. 40), como sí las hay en el caso de nuestro sistema jurídico, pero, aun así, podían regular su ordenamiento por un conjunto de disposiciones dadas por la costumbre. Esto es interesante, porque tampoco las hinchadas tienen leyes escritas o autoridades establecidas que se encarguen de enjuiciar a quienes han cometido alguna falta, pero sí existe un conjunto de disposiciones basadas en el aguante, la fidelidad, la lealtad y camaradería que suelen emplearse en sus disputas (como sostendré más adelante con datos etnográficos).

Gluckman advierte que este formato de solución de disputas está precedido por la necesidad del mantenimiento de la paz, que supone colaboración y el mantenimiento de una tolerancia mutua. Es decir, hay una presión cultural (dada por la costumbre) para que las personas lleguen a un acuerdo que finalmente beneficie al conjunto social. Para Gluckman, cooperación y conflicto se equilibran mutuamente (pp. 45 y 54). En otras palabras, los miembros del grupo se ven “forzados a interactuar en esferas de interés común” (Kuper, 1973, p. 177).

Hay que conceder algo: para Gluckman, según Kuper (1973), los conflictos son “funcionalmente positivos” (p. 176), incluso, según lo expresa Barruecos (2009), refiriéndose al mismo autor: “son normales y aún saludables en la vida social y no son incompatibles con el mantenimiento de la estructura” (p. 106).

La idea de que la cooperación y el conflicto se equilibran mutuamente vuelve a acercar a Gluckman con Malinowski y Radcliffe-Brown, sin embargo, el autor sudafricano nos sorprende en su argumentación y nos advierte: “una vez más, no estoy sugiriendo que las lealtades e intereses divididos siempre van a impedir el surgimiento de una disputa, o van a impedir fracturas y cambios sociales. Esas lealtades e intereses no tienen un equilibrio perfecto” (Gluckman, 2009, p. 56), por tanto, algunos conflictos no pueden ser resueltos de “forma adecuada sin cambios radicales en la estructura” (Kuper, 1973, p. 177).

Es importante insistir: “lo esencial de la postura de Gluckman, tal como se desarrolló era [es] que el equilibrio social no es un asunto simple, resultante de la clara integración de los grupos o las normas. Por el

contrario, emerge a través de los equilibrios de los contrarios siguiendo un proceso dialéctico” (1973, p. 178).

Intento decir que las barras organizadas de fútbol en Costa Rica comportan una lógica performativa que requiere del conflicto para poder dramatizarse, en corto: la *performance* (lo que hacen durante los partidos, los viajes, en sus relaciones con integrantes de la misma barra y de otras hinchadas -como he ido demostrando en los capítulos anteriores-) dramatiza (exagera) una serie de conflictos sin los cuales no es posible la idea de barra que ellos y ellas mismos/as practican. Aunque acá es importante indicar - con Gluckman- en que esta conflictividad ocurre en el todo social, no solo en los zulúes o en estos colectivos adscritos al fútbol.

Para sostener esta idea de la *performance* del conflicto en las barras, además de lo ya precisado en secciones anteriores (e.g. la descivilización, la forma problemática en que son vistos estos sujetos y lo que las agrupaciones deciden o no mostrar a sus audiencias), aportaré algunos testimonios de barristas junto con otras anécdotas etnográficas.

Empezaré con cierta *performance* barrista que, según algunas narrativas, tienen alguna explicación en una especie de condición malvada-naturalizada de las mujeres, las cuales son calificadas como seres perversamente inteligentes que manipulan a los hombres.

Mujeres desleales

Carlitos, integrante de la Garra y líder de su peña, expone un drama social interesante relacionado con las mujeres dentro de la agrupación.

Carlitos: Sí, es que el problema en realidad es tuanis, porque digamos, debe entender que la Garra ha sido siempre una barra pequeña y las cosas pequeñas, diay, a veces se presta para mucho y usted me imagino que más o menos ve que en otras barras las mujeres hay, pero una peña de ellos es casi la barra que está actualmente de nosotros, las mujeres en realidad son muy apuntadas, el problema es que, no quiero hablar mal de las mujeres pero muchas mujeres se prestan para muchas cosas, y claro entre hombres y hombres y en un estado étlico, di, se presta para...

Onésimo: ¿qué tipo de cosas?

Carlitos: Diay que se mete con la mujer del otro, o viceversa o cosas así, y diay, empiezan roces y roces que son innecesarios dentro de una barra, en realidad digamos yo ahorita soy referente del sur... y yo estoy tratando más bien de incluir demasiado a la mujer, pero con una forma diferente, que realmente vengan a trabajar, porque si usted está acá es porque realmente le gusta Heredia, o sea, ama al equipo y venimos apoyar, si usted quiere estar con una persona, que quede en broncas fuera de, y que se solucionen fuera de, pero dentro de mi peña, eso se va respetando y no más.

Onésimo: O sea yo llevaba una muchacha, por ejemplo, que era pareja mía y diay otro mae se...

Carlitos: Se le intentaba meter, es que ese es el problema en muchos maes. Hay muchos hombres, diay, es que... ellos son muy locos en realidad y ellos les cuadra la fiesta y el desmadre y todas esas varas y diay, si uno lleva mujeres o cosas así, los maes en realidad se metían mucho, no directamente, pero di, ellos saben su manera y hoy en día que en redes sociales es tan fácil.

Onésimo: Pero el problema no son las mujeres, son ellos, entonces.

Carlitos: Sí, el problema es que como todo momento machista, la culpa es la mujer y yo siempre lo he dicho, dentro de las reuniones de la, de los líderes generales para ellos los problemas no son las mujeres, en realidad son los hombres, pero en realidad es, viéndolo en un punto neutral, es un poco de ambos porque, diay, la mujer, tampoco, si está con una persona debería de respetar, cosa que ahí cuesta mucho que pase, y por ende es que salen muchos problemas, pero actualmente eso ha cambiado, o bueno, estoy intentando a partir de mi peña cambiar. De hecho yo tengo una miembro ahorita, es una niña de como 19 años aproximadamente que justamente ella está en broncas, pero nos dimos cuenta que ella se metía en broncas con otra gente de las barras, de la Ultra en específico, y claramente uno a veces hay que desconfiar, uno desconfía.

Onésimo: ¿Qué tipo de broncas se metía ella o qué decía?

Carlitos: Diay, uno nunca sabe o sea, yo no, espero que Dios no me castigue la lengua pero uno nunca sabe, que se le zafe la lengua por un momento caliente o un momento de borracheras con ellos, diga

“uy, esta gente tiene el bombo, uy esta gente tiene las mantas” [en determinado lugar], claro eso se presta para mucho y nosotros somos tan poquitos que nos conocen a todos, a nosotros sí nos tienen medidos, en cambio uno no tanto como ellos, entonces esa muchacha es muy herediana y en aquel entonces esas broncas andaba con un maecillo de la Ultra, y este bueno pasó un desmadre todo normal, a la mae la sacamos por lo mismo y ya...

Onésimo: ¿Qué desmadre fue?

Carlitos: Justamente, que supuestamente andaba, claramente también los chismes son muy fáciles de estar inventando y es como un teléfono chocho, usted hizo una cosa, pero termina haciendo otra, pero uno nunca sabe, uno nada más está ahí como a la intemperie y se suponía que ella nos estaba poniendo [traicionando] a nosotros, que ella decía, “este mae vive aquí y tiene esta camisa, este mae vive aquí y tiene los bombos, este mae vive aquí y pasa esto y esto”, las cosas así y claramente, di, nosotros no nos defendemos por nosotros, di nosotros también, no solo son nuestras vidas, también de nuestras familias... (entrevista con Carlitos integrante de la Garra y dirigente de peña realizada el 26 de agosto de 2019 en Heredia).

Otro adherente de la barra herediana hace referencia a una situación similar a la anotada por Carlitos, en donde las mujeres, para ellos, dramatizan episodios que generan conflicto dentro del colectivo.

Eduardo: Eso pasó una vez, con un chavalito que era de La Garra. Él digamos como decir, la hermana de él era garrera también, entonces ya iban a la Garra, entonces eran de los viejos y todo, y un día para otro salió la güila [la mujer en cuestión] con que era novia de uno de la Doce. Y entonces ya empezaron a andar y ya la güila, ya no podía ir más a la Garra, entonces eran novios y todo, después de eso, de un tiempo, el hermanillo seguía yendo a la Garra, porque una cosa es la hermana y una cosa él. Después de eso salió él en un video de la Doce, cantando y toda la cosa, entonces, digamos, ahí obviamente le pegaron [otros integrantes de la Garra], le hicieron de todo.

[Le dijeron] “¡Usted nos está vendiendo! [traicionando]” Entonces, después de eso le dijeron, él decía, “no, es que solo fue para acompañar a mi hermana”, o no sé qué, “ustedes saben que yo prefiero

Heredia”, y no sé qué, y entonces, “¿qué va a hacer usted para demostrarnos eso?”, di, lo que hizo fue entregarnos la camisa del novio de la hermana. Se la sacó de la casa y nos entregó la camisa, y después de eso, ya digamos, no volvió a la Garra, pero, cómo decir “ya me lavé las manos, ya hice lo que tenía que hacer”.

Onésimo: Y ¿pasa regularmente?

Eduardo: En realidad, pasa más con las mujeres. Es que la mujer es más llevadera por ser barra, que, diay, la mujer siempre es la que nos pone. Porque digamos, con solo el hecho digamos, de ser de la barra, igual ahí en las redes, le escriben, que “hola”, no sé qué y entonces ya la otra le contesta; digamos a nosotros ya un mae nos escribe, o una güila, nosotros “no, tenga cuidado”. Siempre, siempre, igual digamos, sí son, como más fáciles, no sé, yo lo veo así, porque siempre les contestan; ha habido cualquier cantidad de mujeres de la Garra que han tenido novios de la Doce, de la Ultra...

Onésimo: ¿Y qué pasa?

Eduardo: Diay, es que digamos, depende, también depende del tipo de mujer que sea. Porque si es alguien... digamos, hace poco había una muchacha que era de San Rafael también y de un pronto a otro se hizo un novio también, uno de la Doce, entonces, ella llegaba a partidos y todo, y había parte de la barra, di, que no le hablaba por la misma cosa, pero había otros que eran amistades y decían: “no es que, mientras usted no nos ponga” y ella, “no, no, no yo nunca los voy a poner” y no sé qué; al final de cuentas, más bien terminó con el novio, y ella puso al novio [le quitó la camisa y se la entregó a integrantes de la Garra]. Entonces, **la mujer sí tiende a ser más traicionera.**

Onésimo: ¿Y si un mae de la Garra anda con una mae Ultra o con una Doce?

Eduardo: Ajá, de hecho, diay, que yo sepa, solo ha pasado como unas dos veces, pero digamos que son gente que ya no van a la barra (...) por lo mismo [porque] se toman medidas, ya, se echan, o se les pega.

Onésimo: Pero a las mujeres no las echaron... son más tolerantes con ellas.

Eduardo: Sí, pero son más traicioneras, hay más tolerancia, pero son más traicioneras.

Onésimo: Vamos a ver, entonces, vos crees que si un maje de la Garra llega y se dan cuenta que es novio de una mae de cualquier otra barra, ¿no se lo toleran?

Eduardo: No, no, no, eso sí no... es que, digamos, un hombre con una mujer es más sensible, puede contar la confidencia de todo, de las cosas, es como más, di sí, más fácil en expresarse, yo digo... por ser con una mujer, pero digamos, si es al revés, **la mujer es más viva** [inteligente], entonces la mujer sabe cómo sacarle la información. Entonces digamos, puede decir, “ya no quiero andar con el mae, entonces tal vez le haga, que terminaron en malos términos, pero ya la güila sabe todo, dónde él va a reuniones, dónde guardan las cosas, entonces ya la güila dice: “yo ya no ando con ese mae”, entonces dice, “hagamos eso” y empieza a decirle las varas a los demás [rivales] ([entrevista con Eduardo](#), en aquel momento, dirigente de la Garra Herediana. Heredia, 17 de mayo de 2019. Énfasis míos).

La mujer, en estos discursos, aparece como disruptiva del orden, un orden que, como hemos visto, es muy complejo -a veces confuso- de por sí; pareciera que la mujer emerge como catalizadora de conflictos ya instituidos dentro de la Garra Herediana.

Estos discursos enuncian un papel imposible de la mujer. Por un lado, es un ser perverso e inteligente, que utiliza esa viveza para enredar a los hombres. Al respecto surgen dudas razonables: si los hombres no suelen involucrarse en estos problemas por el peligro de ser expulsado de la agrupación o incluso, ser golpeado, ¿quiénes son las personas que les escriben a las mujeres a través de las redes sociales y terminan involucrándose con ellas? O bien, como lo menciona Carlitos, ¿quiénes son las personas que quieren quitarles la pareja a otros integrantes de la misma barra?

Por otro lado, siendo que la mujer es un ser perverso e inteligente, ¿cómo, según los dos testimonios anteriores, sucumben ante las emociones y terminan “poniendo” a compañeros de la agrupación?

Artemisa parece coincidir con esta dimensión ambigua:

La mujer dentro de la barra. Antes no se aceptaban y eso ha ido cambiando. Una mujer barrista debe amar igual al equipo y alentar igual... no debería haber diferencia [con los hombres].

Sin embargo, puedo decir hay 2 tipos de mujeres: las que amamos esto incondicional y las que llegan por moda, esas últimas no duran y por lo general llegan por ser novia de alguno de los chicos o porque les llama la atención figurar.

Las mujeres dentro de la barra aportamos mucho, no hay diferencia por ser mujer, se es hincha sin género.

Ponen a los hombres cuando son el caso #2 porque van por moda y si no aman antes al equipo que a un hombre, se prestan para 'vengarse' de una relación fallida contando cosas de la barra o dando direcciones de la persona con la que anduvieron ([entrevista con Artemisa](#), integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Por su parte, Tais, integrante de la Ultra Morada, a quien siempre observé -en mis inserciones al campo- participando de manera activa (gritando, cantando, regañando gente, tocando alguno de los bombos, etcétera), manifiesta una posición de igualdad dentro de la agrupación.

Di, creo que de un tiempo para acá las mujeres y los hombres barristas somos iguales, no hay diferencia, así como hay un hombre líder, una mujer es líder, así como un hombre es referente, una mujer es referente. Creo que en tiempos atrás la barra era manejada por puros hombres y en las nuevas dirigencias y todo lo que ha pasado se nos dio la oportunidad de ser más referentes, de poder representar peñas, de poder manejar grupos, de organizar dentro de la cancha fuera de la cancha, ser parte de los bienes sociales, poder tocar instrumentos... entonces creo que por lo menos en nuestra barra, la Ultra, todos somos iguales, todos tenemos las mismas tareas, todos tenemos que cuidarnos entre todos, todos tenemos que buscar el bien del equipo, el bien de la barra, ir todos en la misma línea. Ahora, por lo menos en el 2021, no hay diferencias, todos somos iguales ([entrevista con Tais](#), integrante de la Ultra Morada, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Es interesante percatarse de que algunos hombres de la Garra y la misma Artemisa²⁷ les otorgan roles ambiguos a las mujeres, elemento que no está presente en el testimonio de Tais. Pareciera que en la Ultra existe una apertura a que ciertas mujeres tengan una participación más activa; por ejemplo, en mi experiencia de campo, era usual, durante los encuentros, ver a alguna mujer de la barra saprissista tocando algún instrumento, cosa que nunca observé en la agrupación herediana.

Sin embargo, fui testigo de una situación en la que una integrante de la agrupación saprissista se vio envuelta en un lío amoroso entre dos hombres; después del cual, en apariencia solo ella, recibió un escarnio moral (a través de redes sociales y *WhatsApp*) de parte de integrantes hombres y mujeres de la barra después de que se hiciera circular un video sexual en donde aparecía la joven con uno de los dos muchachos. La mujer eliminó su perfil de Facebook (experiencia personal y conversación informal con Jairo en junio de 2019).

Esta ambigüedad hacia las mujeres observada y manifestada por adherentes de ambas barras, hace pensar más que en una condición “esencial de las mujeres”, en una *performance* conflictiva instituida dentro de las mismas hinchadas (hay que recordar que *la performance* es, de por sí, ambigua). El siguiente extracto de mi diario de campo da cuenta de ello.

El 20 de febrero de 2018, el Club Sport Herediano jugaba contra el Club Tigres de la Universidad Autónoma de Nuevo León, México. Llegué a las 5 p.m., al estadio. Me puse en contacto con Claudio, a quien divisé apenas llegué en los alrededores del Palacio de los Deportes en Heredia. Llegados a las cercanías del estadio, me presentó a varios garreros; también venía con él Yiyo, quien me saludó entusiasmado.

Unos minutos después, Yiyo intentó robarse una camiseta de un aficionado de Tigres; en realidad lo hizo, pero al correr para darse a la fuga, se enredó con los cables y las camisetas guindadas de un vendedor en las afueras del estadio. Quedó en medio de una telaraña de cuerdas; al correr

27 Philippe Bourgois se refiere a este tipo de posiciones femeninas. El autor hace referencia a una de sus informantes, a quien llama ‘Candy’. Sobre ella, esgrime: “Candy es el tipo de mujer carismática decidida a ‘abrirse paso a su manera’, capaz de forjarse un espacio con mayor autonomía, independientemente del contexto en que se encuentre. El problema es que su terreno de acción y de búsqueda se encuentra restringido al universo callejero de El Barrio (...) Candy libra una batalla por obtener mayor soberanía dentro de determinados parámetros patriarcales” (2010, p. 254).

en dirección contraria, se topó con un contingente de policías. Lo agarraron y lo metieron a la “perrera” (vehículo policial).

Yiyo me comentaba, momentos antes de este evento, que él no es xenofóbico, que él no dice: “mexicanos hijueputas”, pero sí odia a Tigres. Solo a Tigres. Al parecer no solo él manifiesta cierta contraposición hacia el club mexicano, porque cuando vi a Claudio a eso de las 5 p.m., este le estaba diciendo a un aficionado que portaba la camiseta de dicho club: “¿no había camisas de hombre?”; el seguidor de Tigres no le entendió bien y pretendió saludarlo, pero cayó en cuenta que lo estaban retando y siguió su camino.

Mientras tanto, ya en la “perrera”, Yiyo le gritaba a alguien. Yo me acerqué al carro policial y le pregunté, “¿qué mae, todo bien?” Y él, “sí sí...” y refiriéndose a otro garrero que estaba a la par mía, le dijo: “mae, dígame a José que le diga a María que otra vez me cargaron [detención policial]”. Yiyo es un joven muy trabajador, tiene un empleo estable, es adherente de la Garra, además, tiene padre, madre, pareja, amigos, etcétera; quiero decir, lleva una vida plural.

Obtener la camiseta del contrincante (cualquiera que ellos vean como un otro), es un premio invaluable, que demuestra valentía, arrojo y aguante, pero, sobre todo, sigue dramatizando esta *performance* del conflicto que he venido discutiendo. Como he reseñado en anécdotas anteriores con la Ultra: se busca “sacar jacha” (dar la cara), ser aguantador y suscribirse a un cierto *ethos* de hinchada que promueve la valentía y la contienda.

Pareciera que esta conflictividad no se explica por la deslealtad de la acción de mujeres vivaces que “ponen” [traicionan] a los garreros o a los ultras. Quiero decir que las interacciones de las barras tienen esa característica: son conflictivas de por sí, dramatizando o, en los términos de Goffman, actuando situaciones para audiencias específicas. Mi interpretación, no así la de estos actores, es que las mujeres son una especie de pararrayos de una condición -la *performance del conflicto*- que es institutiva de las hinchadas.

En el caso de Yiyo es evidente que pretendía mostrar aguante ante cierta audiencia (sus amigos, enemigos, etcétera). En este sentido, ser detenido por la policía y estar dentro de una perrera -que tiene una valoración social y cultural negativa, considerada como *descivilizatoria* o desviada- puede ser visto por los integrantes de una hinchada como una acción que forma parte de las prácticas del grupo; es, por así decirlo, algo esperable, aceptado e incluso estimulado por los códigos culturales de estos colectivos.

Yiyo hizo lo que cualquier hincha pudo haber hecho habiendo estado en su misma situación.

Claudio me contaba, vía el chat de Facebook, de otra situación que le da más soporte a esta idea del *performance del conflicto* sobre el que he venido haciendo alusión. Un 25 de agosto de 2018 en la mañana, horas antes de un partido que Heredia sostuvo en su estadio, me escribía:

[Anoche estaba] en un bar yo y un compa mío, de los líderes viejos que ya no va a la barra. ¡Y no lo reconoció un mae de la Doce! Y me dice el compa mío, “vuelva a ver a esa loca [homosexual]”.

Se iban a dar [de golpes] en el bar [continuó Claudio] y total, el mae se cagó [tuvo miedo]. Yo le dije [al amigo de la Vieja Guardia]: “mae tranquilo, vea que andamos con unas güilas [muchachas]”.

Y llegaron todos los de Chepe Doce [peña de la Doce] al bar; el mae los fue a traer jaja... yo es para que hoy estuviera reventado [golpeado]... o en el hospi; gracias a Dios no pasó nada... ahora le cuento más bien... salimos como los grandes de ahí jajaja.

Sí mae, vieras, a mí pocas veces me ha pasado algo así.

Pero sí eran maes de San Rafa abajo, La 15 [barrio La 15 de Septiembre], Hatillo todo el sur [barrios del sur de la capital] los pesados, ahora le cuento bien, uno no es dejado [cobarde] pero qué va, ayer la vimos medio fea... (conversación informal con Claudio, vía Facebook, el 25 de agosto de 2018).

Por su parte, Carlitos, en su testimonio, hace referencia a esa latente conflictividad existente entre las barras.

(...) el chiste de nosotros como barra... no sé por qué, pero nos gusta ir a Cartago [ir a la cancha del Rafael Fello Meza, casa del clásico rival del Club Sport Herediano (CSH)], nos llama la atención ir a Cartago, no sé por qué, pero hay como una rivalidad con los cartagos y a pesar de que ellos no son, son como un cero a la izquierda, en teoría, pero a nosotros nos gusta. Antes de Orko, nosotros siempre íbamos y siempre había broncas y no solo con la barra sino con la afición, a nosotros nos recibían a pedrazos; o sea es que era una rivalidad increíble... y eran las familias, o sea no son ni las barras,

eran las familias, entonces yo creo que por ahí a uno le gusta porque bueno, aparte que nosotros nos sentimos un poco superiores a ellos en cierta medida, y ese roce que teníamos con ellos era interesante, porque el viaje no era el hecho de ir a Cartago, el viaje era el hecho de pasar por la Ultra [zona Ultra] también, nosotros nos vamos por Tibás. Nosotros siempre hacemos eso y de vuelta y si no hay nadie, di, bajamos y hacemos... antes había mucho desmadre: uno iba y marcaba territorio, ya casi no, usted ve...

Aunque también, remarca algo importante:

Entonces nosotros actualmente, como barra, en sí, somos una pérdida, pero nosotros, di, seamos sinceros, sin nosotros, ¿qué sería Heredia?, solo se escuchan los insultos, y hay que ser sinceros, solo se escucha la gente insultando y eso es appestoso, ver a la gente humillando a los jugadores que dicen... están mal, pero se están esforzando.

(...) Entonces podremos ser pocos y ahí estamos y nosotros somos los que hacemos la diferencia, nosotros como barra talvez por un lado somos una pérdida pero por otro lado somos como... no como un pulmón, sino como el **corazón del apoyo**; porque es curioso y es algo que yo se lo he dicho a todos, se lo digo a Eduardo mae, **yo envidio a la Doce, yo los odio.**²⁸ ¿Por qué? y no a la Doce, sino a toda la afición en eso; ellos ¿cuánto llevan sin ganar un campeonato?, un vergazo [Liga Deportiva Alajuelense, para ese momento llevaba varios años sin ser campeón nacional], y van perdiendo y ahorita iban perdiendo 2-0, lograron remontar 2-2 y era todo el estadio celebrando como si fueran ganando un campeonato. En cambio, por eso nos llaman los amargos, porque la afición herediana es muy amarga, uno intenta meter canciones, nosotros renovamos mucho, metemos canciones nuevas, porque a nosotros nos gusta eso, pero la afición herediana es muy básica, ellos no pasan de “Ole, Ole, el Team, el Team” y ya eso es todo. Entonces uno, a veces cuando Heredia va ganando, parece curioso y la gente se queda ahuevada, no cantan, no hacen nada... y eso Jafet [gerente deportivo del CSH) nos los ha dicho, no le gusta aceptarlo, pero lo ha dicho, porque sabe que **nosotros somos como el corazón de apoyo**, en cierta medida, y por eso es que ahí estamos, porque si no es la barra, Heredia muere, no muere, sino

28 De nuevo se aprecia, como lo indiqué en el capítulo II, esa ambigüedad de “los odios, pero los admiro”.

que se vuelve muy... es un cementerio eso ([entrevista con Carlitos](#) integrante de la Garra y dirigente de peña realizada el 26 de agosto de 2019 en Heredia. Énfasis míos).

Alrededor de esta *performance del conflicto* también se tejen otros horizontes; es decir, la dramatización o la actuación de las barras no solo tiene que ver con tensiones o disputas, sino, también con una lógica de imprescindibilidad que le otorga a la conducta barrista un significado casi mágico: “somos el corazón de apoyo”, porque los hinchas creen de manera fehaciente que su aliento hace que el club gane partidos y campeonatos.

El cuento performativo que ellos se cuentan sobre ellos mismos (recordando un poco a Clifford Geertz), es uno que requiere de la conflictividad para poder reproducirse, pero ese mismo conflicto dramatizado es el motor que posibilita el apoyo al club, circunstancia fundamental en las prácticas del hincha.

En la siguiente sección seguiré argumentando sobre este énfasis performativo (dramático). La intención es describir y analizar la estructura organizativa y el liderazgo dentro de las barras de fútbol, dimensiones que -como ha ido quedando claro- también se basan en prácticas y actuaciones conflictivas. Ergo: el conflicto es condición *sine qua non* ya no solo de las hinchadas hacia afuera (el mundo exterior; como lo vimos en el capítulo I), sino, también, hacia adentro, en las relaciones internas de las agrupaciones, donde se tejen disputas y luchas, emergiendo toda una mecánica política de la organización y la estructuración.

Estructura, organización y liderazgo en las barras organizadas de fútbol

Acerca de la estructura y el equilibrio social, Gluckman realizó una extensa reflexión sobre lo que llamó *análisis situacionales*, entendiéndolos como eventos temporal y espacialmente delimitados, que son abstraídos y aislados por el observador del fluir de la vida social (Díaz, 1998, p. 160). De esta forma, una situación social “es el comportamiento, en cierta ocasión, de miembros de una comunidad como tal, analizado y comparado con su comportamiento en otras ocasiones”, de tal forma que el análisis “revele el sistema subyacente de relaciones entre la estructura social de la

comunidad, las partes de la estructura social, el ambiente físico y la vida fisiológica de sus miembros” (Gluckman, 2003, p. 7).

El autor, al extender su argumentación sobre estos *análisis*, enfatizaba, mediante una finísima presentación de datos etnográficos, que el conflicto está en el corazón de las sociedades tradicionales y que los actores apelan, de acuerdo con cada situación, a normas de conducta contradictorias para justificar sus acciones (Díaz, 1998, p. 160).

Gluckman se enfocó en las relaciones entre zulúes y europeos (en Zululandia), argumentando que estos últimos son dominantes frente a los primeros en todas las actividades en que cooperan. Es decir, los dos grupos tienen relaciones amistosas y cooperativas y estas dos prerrogativas se instituyen como normas sociales, las cuales están afectadas, a su vez, “por la más amplia norma de separación social”; esta separación es evidente, incluso, en la prohibición, en aquel momento, de las relaciones sexuales entre zulúes y blancos (Gluckman, 2003, pp. 15-16).

A pesar de esto, dice Gluckman, los grupos actúan condicionados por interés común: “la cooperación y el conflicto se equilibran mutuamente” (2009, p. 54); esto es, proceden de acuerdo con “costumbres de cooperación y comunicación aun cuando ambos (...) están divididos conforme al patrón de la estructura social”.

Esta dimensión estructural (cooperación, división y equilibrio), en principio, me hace pensar en la organización de las barras de fútbol. En ellas parece existir un conjunto de normas -ninguna de ellas escritas- que suponen la necesidad de mantener el orden social interno, con el objetivo de que el grupo (y su ideario), prevalezca; lo cual no quiere decir que deje de haber tensiones (divisiones).

Este preliminar análisis estructural de las hinchadas, que implica cierta intención manifiesta de mantener la integridad de grupo, junto con la dinámica de la *performance* del conflicto, también me hacen pensar en las lógicas de liderazgo, autoridad y poder que subyacen en estos colectivos.

En primera instancia, es importante mencionar la complejidad y heterogeneidad en la conformación de estas agrupaciones, evidenciada, por ejemplo, en la constitución de las peñas, las cuales tienen una relación estrecha con los diferentes barrios del país de los cuales proceden (ver: Rodríguez, 2007a, 2007b y 2014a y 2014b). Así, algunas sub-agrupaciones tienen ciertas perspectivas operativas que son distintas de las de otras.

Quiero insistir en esto: existen códigos generales dentro de las barras que son seguidos por todos y todas los y las adherentes, sin embargo, hay ciertas dimensiones que son diferentes dependiendo de la peña y de su procedencia barrial. Uno puede estar en la cancha con la Ultra, pero dentro de ella, no es lo mismo estar con la Banda de los Morados que con la gente de Los del Sur (la persona lectora recordará las anécdotas referidas en la sección El abogado con aguante del capítulo II).

Esto sugiere que hay múltiples formas de pensar la organización, la autoridad y el poder dentro de las hinchadas. Así las cosas, Los del Sur de la Ultra tienen una idea de lo que debe de ser una barra organizada de fútbol y su dirigencia; diferente a lo que expresan los integrantes de la Banda, a pesar de que ambas peñas forman parte de la Ultra.

Esto ha ocasionado enfrentamientos por el liderazgo dentro de las agrupaciones, prácticamente, desde su misma creación como colectivos juveniles (ver: [Rodríguez, 2007a](#), [2007b](#) y [2014a](#) y [2014b](#)), lo cual ha propiciado cambios de poder dentro de ellos.

Algunas agrupaciones dentro de las propias barras y en diferentes momentos, se han sublevado contra la dirigencia central; subversiones que han provocado cambios, incluso en los mandos centrales. Prometo exponer, en secciones posteriores, material empírico que fundamente estas ideas; por ahora, quisiera seguir con el desarrollo teórico que he venido ensayando desde el inicio de este apartado.

Para Gluckman, en algunos tipos de sociedad (en este caso hablaríamos de las hinchadas), cuando los subordinados “se vuelven contra un dirigente, solamente quieren volverse contra su personalidad, sin necesariamente tener que rebelarse contra la autoridad de la función que él desempeña”. Apuntan a colocar a otra persona en dicha posición, como ha sucedido históricamente en las barras de fútbol, tanto en la Ultra como en la Garra. Esto para el autor sudafricano es rebelión, no revolución. “Una revolución apunta a cambiar la naturaleza de las funciones y de la estructura social dentro de la cual se desenvuelven, no meramente cambiar las personas que están desempeñando estas funciones” ([Gluckman, 2009, p. 58](#)).

Para este autor, existe una simple organización administrativa (en pueblos africanos), “donde se da una delegación de autoridad desde el centro hasta unidades más pequeñas” (podríamos pensar: de la dirigencia central de las barras organizadas, hacia sus peñas); dicha delegación es esencial en cualquier sistema administrativo. Lo cual no puede dejar de lado que

existan toda serie de conflictos. Es decir, el conflicto no es único de los grupos grandes/centrales, también en estos grupos pequeños existen toda serie de disputas (ídem., pp. 64 y 67).

Y estos sucesivos conflictos acontecen en gran medida por la figura del líder, con el que se da una relación de amor/odio. Así lo expone Max Gluckman:

Los barotse usan otro precepto, bastante conscientemente, a fin de manejar esta situación de conflicto. Ellos plantean explícitamente que el deber de los líderes es ser odiados, ya que ellos encarnan la Ley misma. Afirman que todos aman a un príncipe hasta que éste es seleccionado para ser rey: para eso lo eligen. Pero tan pronto como se convierte en rey todos lo odian (a pesar, claro, de que también lo aman) (2009, p. 71).

En suma, este tipo de rebeliones lejos de destruir el orden o el equilibrio social, lo fortalecen. Se puede afirmar, según Gluckman, que donde ocurre una “rebelión contra un rey tiránico, los rebeldes” luchan en realidad, “para defender el reinado, y los valores de ese sistema, contra el tirano”. No buscan imponer un tipo diferente de ordenamiento social, sino, instalar a una persona diferente en el trono.

Ahora, como hemos visto anteriormente en la discusión sobre la *performance* del conflicto, Gluckman previene: las fuerzas internas que se tensan suelen mantener o lograr un equilibrio, pero no siempre es así, no siempre “pueden prevenir tal destrucción” (Gluckman, 2009, pp. 73 y 77). Es aquí donde nuestro autor intuye cambios sociales revolucionarios, ergo, no siempre impera el equilibrio social.

Lo que quiero evidenciar con esta interesante teoría del liderazgo y el conflicto es que en las barras de fútbol se dan ambos movimientos, por un lado, el interés de algunos adherentes de mantener el sistema de mando con o sin cambios (poner o no otros líderes) y, por otro, algunas otras personas y peñas que han querido y han posibilitado en ciertos tiempos de las historias de las hinchadas, revoluciones internas, en donde se ha puesto en el poder a integrantes de grupos que otrora fueran personas o grupos con escaso poder, lo cual ha significado, en algunos momentos, virajes en la lógica de liderazgo²⁹.

29 Gluckman también hizo referencia a los rituales de reversión/rebelión, para advertir acciones que encierran una protesta al orden establecido, las cuales tienen por intención preservar y

En las siguientes secciones aportaré material de campo que refuerza las ideas arriba mencionadas sobre la dramatización del conflicto (dimensión performativa), a través de las cuales operan lógicas de poder específicas y heterogéneas ligadas a dinámicas subversivas, pero también, revolucionarias dentro de barras organizadas de fútbol.

La rebeldía y exclusión de Jairo

El 2 de mayo de 2018, en el partido referido más arriba entre Saprissa y Santos, sucedió, como ya lo mencioné en el capítulo II, un encontronazo verbal y físico entre Jairo y Patricio. Durante el primer tiempo del partido, este último le reclamó al primero una equivocación con la instrumentalización del bombo. En el descanso del medio tiempo, discutieron acalorada y agresivamente. Johan y yo estábamos justo en medio de la discusión. Se decían frases muy fuertes; en un momento, la discusión subió de tono y se profirieron mentonazos de madre. Jairo se abalanzó sobre su oponente y le propinó dos golpes en el rostro. Patricio le gritaba: “¡vea, pa!, no le pegué uno solo [un solo golpe], ni uno, porque usted es mi compa!”. Johan tomó a Jairo y lo sentó en la grada.

Ya sentado, Jairo estaba realmente furioso y fuera de sí. Yo le decía: “tranquilo mae, eso no arregla nada”, y él me decía, “afuera [después del partido] vemos a ver qué”. Yo: “y sí, se agarra y luego ¿qué?”; agarrándose las mejillas, con los ojos desorbitados y en clara señal de furia, Jairo me

fortalecer dicho orden. En este sentido, el autor esgrime, a partir de datos etnográficos, que los rituales exageran los conflictos, pero terminan propiciando cohesión social, “son una afirmación de rebeldía, no de revolución”, de esta forma, “el mismo orden mantiene a esta rebeldía dentro de sus límites” (2009, pp. 154 y 157).

Díaz (2014), sugerentemente apunta que “en las sociedades contemporáneas no existen prácticamente rituales de rebeldía” (acá entrarían las hinchadas de fútbol), sin embargo, “la categoría es útil para analizar otros procesos políticos actuales”, ya que: “la dramatización, exagerada o no, de los conflictos sociales, su puesta en escena o teatralización conforma un mecanismo cultural relativamente extendido que puede modificar ‘específicas distribuciones de poder’. Por consiguiente, posibilita la reproducción de una estructura de dominación, un mecanismo, en fin, que consolida una estructura de poder que, en principio, no se cuestiona. Las rebeliones ritualizadas, por ejemplo, son utilizadas por los grupos de presión para aspirar a tener acceso a recursos escasos” (2014, p. 150).

Intento decir que en la Ultra y en la Garra existe -como ya lo he anotado antes- una dramatización exagerada de los conflictos (*performance*), que tiene como función elemental lograr distribuciones de poder específicas; poder que, solamente en principio, no se cuestiona, porque finalmente estas rebeliones provocan cambios en la estructura organizativa de las barras.

respondió: “¡Si es lo que a mí me gusta, hasta con los pacos [policías] me he agarrado!”. No dije nada más.

Lo interesante es que varios ultras, de inmediato, le pidieron a Jairo que se tranquilizara, le indicaron que eso no beneficiaba al grupo, que más bien podía traer consecuencias. Decían: “¡si quieren agarrarse, háganlo afuera!”, para que las cámaras del club dispuestas en varios puntos de la gradería sur no registraran dicho comportamiento (recordemos: lo que puede ser mostrado -región frontal- y lo que no -trastienda-).

Jairo, como he dicho más arriba, vive en un barrio cercano a mi casa. Después de aquel partido, se fue conmigo hasta nuestro lugar de residencia. Durante el camino me decía que le había enojado que Patricio le dijera que se fuera de la barra sin tener ningún poder para hacerlo. Continuaba con su descargo, esta vez, emprendiéndola contra uno de los dirigentes: “¿quién le dice a Fabricio ni picha [coloquial de pene] cuando se equivoca? Nada le dicen, solo a uno, ¿por qué me voy a dejar? ¿Quién le quita a Fabricio abrir el partido [tocar el bombo al inicio del encuentro]? ¡Nadie! Él siempre abre, ¿por qué?”. “¿Por qué será?”, le pregunté yo. “Diay, no sé, ellos saben a quién pueden decirle cosas y a quién no. Igual, vea a Yerko, ese mae caga [regaña] a todo el mundo, menos a los de arriba [ubicados en la parte superior de la gradería sur], a los XXX y los de XXX, porque sabe que andan mazo [revólver]. A los de abajo [sector inferior de la gradería], los chamacos, los pasa cagando... saben a quienes cagar”. Después de un breve descanso, ya más tranquilo, Jairo me decía: “**Somos una familia**, ¿por qué alguien va a mandar a otro? (esta idea de familia la retomaré más adelante).

Un par de días después de toda esta situación, Fabricio me escribió un mensaje de texto vía *WhatsApp*: “No se encariñe mucho con Jairo, lo vamos a echar del grupo [Banda de los Morados], por esos despiches [desórdenes]”.

Entre el 5 y el 6 de mayo del 2018, sostuve otra conversación con Fabricio vía *WhatsApp*. Me comentaba que se iban a reunir para definir qué hacían con Jairo y que no le había gustado lo que hizo con Patricio. En la noche del día 6, Jairo se comunicó conmigo para decirme que ese día, en la reunión de la Banda, él mismo había decidido salirse del grupo... “De los errores se aprende, aunque no hubiese querido que fuese así, pero voy fuerte igual que siempre... Además, pier [pierna; en este contexto: ‘amigo’ o ‘mae’] siento que es un peso menos para estos días que he estado muy estresado. Mejor sigo alentando a mi equipo por aparte, con los Cruzados

[peña conformada por barristas de Heredia y Alajuela]” (conversación vía *WhatsApp* con Jairo, 6 de mayo de 2018).

Al día siguiente, Fabricio me comentó su versión de los hechos a través de un audio: “Mae, no bajó el moco [no quiso disculparse] Jairo. Vieras qué difícil. Qué muchacho más orgulloso. Le quisimos dar la oportunidad y no quiso; dijo que se iba a tomar un tiempo”. Según Fabricio, Jairo dijo en la reunión, cosas en contra de él, por ejemplo, que siempre tocaba el bombo de primero y que el diseño de la manta [la enviada a hacer a Córdoba, Argentina] lo hizo él. “Desde que tocó a Patricio se enterró para mí”, me decía Fabricio con tono afligido, y continuaba: “yo no me creo nada en la barra, pero he cumplido sueños también; pero nunca con violencia o mucho menos por pegarle a alguna persona. Está claro que él está más rayado [loco] que uno”.

Dicho esto, yo le pregunté, “pero entonces, ¿quiénes lideran la barra? ¿la Banda?”. Me contestó: “No. Yo los represento, es un grupo de trabajo, en el cual yo soy parte, pero son varios, pero nosotros sí hemos puesto a caminar la barra”. Esto es interesante, porque en varias ocasiones, antes y después de esta anécdota, Fabricio se reivindicaba como líder de la Ultra, recuérdese la historia contada más arriba cuando íbamos en el avión rumbo a Ciudad de México (evento acontecido meses antes del conflicto recién reseñado), en donde Fabricio le decía a un pasajero de vuelo, que él era el dirigente general, mientras Jairo me codeaba y me decía en tono burlesco: “escuchalo, jugando de dirigente”.

Tais, mujer integrante de la Ultra analiza estas tensiones, de manera similar a como lo hiciera Jairo, en términos de lazos familiares:

Bueno, dentro de nuestra misma barra, pues tenemos que entender que **la Ultra es como una familia muy grande**, entonces, como en toda la familia siempre van a haber diferencias, a veces son pequeñas y por cualquier cosa, pero creo que todos somos tan apasionados que al final eso hace florecer, como hacer flores, lo bueno también hace florecer lo peor de las personas y creo que a veces, di, tal vez yo tengo una manera de pensar, creo que más que nada es eso: diferencias de pensar, diferencias de actuar. No todos actuamos diferente en una situación, no todos queremos abarcar una situación igual, hay unos que tienen diálogo, hay otros que prefieren pelear, hay otra gente que prefiere callar. Entonces somos tantos, somos tantos que al final son cosas que pasan, y son pleitos que más allá se solucionan y se

arreglan porque al final todos somos los mismos, creo que lo que nos unió y nos ha hecho conocernos y nos hizo estar en la situación que estamos fue Saprissa ([entrevista con Tais](#), integrante de la Ultra Morada, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

En la siguiente sección seguiré insistiendo en esta lógica del conflicto (subversiva) muy matizada por Tais. Expondré algunas otras circunstancias con las que demostraré que -en ocasiones- los conflictos no se resuelven de la forma armoniosa en que la integrante de la Ultra lo refiere (un ejemplo claro es el caso de Jairo). Esto, de ninguna manera, significa que, como lo esgrimiré más adelante, no exista colaboración y entendimiento a lo interno de las agrupaciones. Podría decir que lo que existe es una calma (unidad) aparente, aunque también genuina (región frontal), atravesada por múltiples conflictos (*trastienda*) que en ocasiones logran desestabilizar el orden, como en cualquier grupo social.

El Norte contra el Sur

Este tipo de conflictos dramatizados y con tintes de rebelión que he venido reseñando se expresan en otras facetas de la Ultra Morada relacionadas con su historia y la actualidad de su estructura de mando y organización.

En trabajos previos ([Rodríguez, 2014a](#) y [2014b](#)), argumentaba que la organización interna de la hinchada, entre los años 2003 y 2014, estaba cruzada por conflictos de clase y de poder, alimentados por tensiones devenidas de la distinta procedencia barrial de sus adherentes. Por aquel tiempo, existían pugnas entre Los del Sur (peñas provenientes de los barrios del sur de la capital) y Los del Norte (barrios ubicados en un norte geográfico y simbólico; lugares con menos complicaciones materiales que los del sur).

Para reflexionar sobre aquellas disputas, utilicé la metáfora de las órdenes de caballería para referirme a la lógica de liderazgo en la Ultra Morada: hablaba de una mesa redonda conformada por los *caballeros* (8 dirigentes: 7 del norte y 1 del sur); *escuderos*, que eran allegados a los caballeros o dirigentes; y, los de mayor envergadura demográfica: los *vasallos*, ultras con poco poder y tiempo en la agrupación. El líder sureño estaba respaldado por las peñas del sur (grupos mayoritarios dentro de la barra), mientras que el/los líder/es del norte estaba respaldado por las

peñas provenientes de dichos sectores, menos importantes en cuantía. Esto provocaba tensiones: los del norte por mantener el dominio (7 contra 1) y el líder del sur, por hacerse con el control general del colectivo³⁰. Este ordenamiento fue cambiando con los años, lo que aún permanece es el conflicto y, a pesar de él, como demostraré más adelante, la cooperación (en los términos de Gluckman).

A aquel líder del norte (que llamaré Felipe) y al líder del sur (que llamaré Maty), según cuentan Jairo, otros ultras y exultras, en una reunión general de la barra celebrada entre 2013 y 2014, se les instó a no volver más. La razón de esta invitación a renunciar, no solo a su liderazgo, sino a su militancia (más adelante me referiré a este término político empleado por Fabricio), obedeció, al parecer y según cuentan varios adherentes actuales de la organización, a la instrumentalización que estos dos personajes hacían de los dineros de la agrupación para beneficio propio, es decir, parte de los fondos que producía el grupo se los dejaban ellos. Este liderazgo de Felipe y Maty ha sido el más longevo dentro del grupo, caracterizado por un poder muy visible, fuerte, casi autoritario; conformaban una “primera

30 Este intenso conflicto interno tuvo consecuencias en la relación de la Ultra Morada con la directiva del Deportivo Saprissa. El periódico *La Nación* de Costa Rica ha advertido sobre estas tensiones en muchas de sus ediciones, por ejemplo, la del 19 de marzo de 2013, en su sección deportiva, titulaba: “Saprissa le jala el aire a la Ultra y le cierra la puerta este domingo”. En esta nota, Juan Carlos Rojas, presidente de la institución saprissista, advertía que el club estaba preparado para tener “cero tolerancia” con la barra y que, además, ya le habían informado a los líderes de la agrupación la determinación de no dejarlos ingresar al estadio el domingo, todo esto debido a actos de violencia generados por la agrupación cuando intentó ingresar a la fuerza a un estadio donde el club sostendría un juego como equipo visitante. En esa misma nota el presidente del Saprissa insistía en la facilidad de prohibir el ingreso al estadio a los integrantes de la Ultra, pues la “Fuerza Pública conoce a los integrantes de la agrupación” (Umaña, 2013). Meses después, el Deportivo Saprissa pondría cinco cámaras en la gradería sur e iniciaría un proceso de empadronamiento para dicho sector del estadio: cualquier persona que quisiera ingresar a dicha tribuna debía (y debe) de estar empadronada. Es el único sector del estadio en donde se pide este requisito para poder acceder; de hecho, como parte de mi trabajo de campo, tuve que empadronarme.

Las relaciones de la hinchada con el club han sido variables: en ciertos momentos ha habido tensiones, como se muestra en la información del diario nacional; en otros, ha habido muy buenas relaciones, incluso, les han dado algunas facilidades, por ejemplo: un lugar privado dentro del estadio para que la barra pueda guardar los instrumentos, boletos más baratos para los partidos de local, o bien, algunas entradas de cortesía (“privilegios” que no se dan hoy día). En la actualidad, como lo anoté en otra sección del presente libro, no existe una buena relación entre la Ultra y la dirigencia del Saprissa.

línea” muy vigorosa y respetada, no solo por el resto de los ultras, sino, por las demás barras del contexto futbolístico nacional.

El 20 de agosto de 2017, para un partido que Saprissa disputó de local en Cartago contra el equipo de la UCR, Fabricio, Jairo, Mariano y Patricio me contaban que miembros de la Doce les habían robado un bombo de 28 pulgadas (cualquier robo es lamentable, pero un bombo es una de las pérdidas que más furia y resentimiento provocan), según Jairo, por una novatada: unos ultras iban con el bombo por el Parque Central de San José, cuando Liga Deportiva Alajuelense tenía un juego a la misma hora en el Estadio Nacional.

Para ellos, la agrupación es muy novata: hay muchos adherentes muy jóvenes que no han aprendido cómo ser barra, según Fabricio y Mariano, esto se debe al cambio generacional dentro de la Ultra y el haber echado a la “vieja guardia” (La Mesa Redonda encabezada por Felipe y Maty).

Según Jairo, estos líderes viejos quieren regresar a controlar la barra; la nueva dirigencia no se los permite. Si regresan “los queman” (los linchan). El temor de los nuevos es volver a la jefatura y prácticas “oscuras” de los viejos, aunque, como veremos, los manejos indebidos o sospechosos de fondos, se siguieron dando.

Felipe y Maty se retiraron de la agrupación después de aquella reunión³¹. El control lo asume Santo; tiempo después, este muchacho debe de abandonar su posición de líder y militancia, por dos razones: primero, porque hacía manejos indebidos de dinero, por lo cual, la misma gente del sur (sector de procedencia de Santo), quien lo respaldó al inicio, lo terminó echando y, segundo, porque fue acusado a 25 años de cárcel por un crimen cometido en enero de 2017, sobre el cual se dictó sentencia en septiembre de 2018 (Solano, 2018). Yerko, quien ya compartía cierto nivel de liderazgo en la etapa de Santo (aunque había roces entre ellos), según Jairo, “agarró fuerza, agarró impulso para agarrar la vara [en este contexto, la barra]” (conversación informal con Jairo, 23 de julio de 2019).

Para febrero del 2019 hubo otro conflicto entre una peña del sur y Yerko, producto de este enfrentamiento y por la presión ejercida de parte de su grupo inmediato de apoyo (sucedida, según dicen algunos miembros

31 Según algunos ultras consultados, estos exlíderes conformaron una barra contrapuesta a la Ultra que se llamó “los del Carnaval”; alentaban en la gradería norte del estadio Ricardo Saprissa. Pudieron asistir a otros escenarios donde el equipo era visitante, sin embargo, se desintegraron a los pocos meses de formada.

de la barra, por otro manejo indebido de fondos), Yerko dimite. Existe otra versión muy interesante sobre esta dimisión que describe esta lógica dramatizada del conflicto en donde, incluso, se piensa en estrategias de conspiración: Santo, desde la cárcel, envió un “peón” de su confianza para desbancar el mando de Yerko, porque el que inició el problema contra este último fue un ultra del círculo de confianza de Santo³².

Fabricio, Pelota y Pita, que ya compartían el liderazgo con Yerko, asumen -para febrero/marzo del 2019- la dirigencia de la barra. Aunque Yerko volvió a integrar esta cúpula algunos meses después.

Jairo (en conversación informal del 17 de julio de 2019), me comentaba que Pita, por aquellos tiempos, se robó una plata de las camisetas que se mandaron a hacer con motivo del aniversario de la barra. Según esta versión, la Ultra se organizó y recogió la plata, se la dieron a Pita y este nunca entregó las camisetas... ni el dinero. Según Jairo, algunos integrantes de la agrupación dicen que, para ese tiempo, Pita estuvo en Playa Tambor con la esposa y ahí fue donde la gastó. Producto de esta nueva situación de conflicto, Pita no vuelve a la cancha y el mando lo asumen Fabricio y Pelota.

Más allá de querer comprobar si las historias referidas son verídicas o no, quisiera señalar dos elementos que son reiterativos en la mitificación del mando en la Ultra, por un lado, los líderes hacen manejos sospechosos e indebidos del dinero de la barra, al menos las versiones apuntan en esa dirección. Por otro lado, se reproduce una dimensión de conflicto violento dramatizado que, al parecer, es institutivo de las relaciones de poder a lo interno de la barra, esto queda patente en las otras anécdotas etnográficas contadas en apartados anteriores, pero, sobre todo, en esta lógica estructural de liderazgo caracterizada por robos, renunciadas, tensiones y sanciones que incluyen la expulsión de la agrupación. Parece ser que en el colectivo se ha instituido esta situación circular y mítica: asciende un líder-roba-lo expulsan y viene otro líder. Una *performance* del conflicto en la que, además, se evidencian rebeliones y revoluciones internas.

32 A pesar de estas versiones sobre el liderazgo de Yerko, previo a un partido entre Saprissa y Liberia en Tibás, el 18 de febrero de 2018, pude observar cómo este líder daba a conocer a cientos de ultras reunidos en las inmediaciones del estadio, la lista de peñas que habían colaborado para la “salida” (ceremonia previa al encuentro de fútbol; al respecto, ver: Rodríguez, 2019b) del partido ante el América de México en el Estadio Ricardo Saprissa (21 de febrero de 2018). Nunca, en mis investigaciones anteriores, observé algo parecido: un dirigente dando cuenta de los fondos obtenidos y gastados a los miembros de la barra.

Fabricio, el 3 de junio de 2017, me decía: “estamos como comenzando de nuevo, en la vara de enamorar a la gente. Porque la gente se fue por miedo” (este joven, como ya lo he expuesto, compartía el liderazgo de la barra con Yerko y Pelota, además era, por aquellos tiempos de la implementación etnográfica, el líder de la Banda de los Morados³³). El miedo de la gente, según me decía, obedecía a la información que daban medios de comunicación sobre el accionar de las barras, la cual en la mayoría de los casos hacía referencia a dinámicas descivilizatorias.

Ahora bien, quizás este comportamiento fluctuante de la estructura, mediada por dramatizaciones exageradas de los conflictos y tensiones internas, iniciado, según las referencias orales casi desde la misma génesis de la hinchada (Rodríguez, 2006), junto con lo antes enunciado sobre los medios de comunicación (capítulo I), haya podido ocasionar un descontento/miedo en los adherentes, lo que trajo como consecuencia un descenso demográfico.

Esta paulatina deserción de simpatizantes es muy evidente, máxime si se piensa en que, para un partido futbolístico en casa, para el período comprendido entre 2003 y 2010, solo la Ultra podía llenar la gradería sur del Estadio Ricardo Saprissa (2000-3000 personas, aproximadamente). Durante mi proceso de trabajo de campo, que dio como resultado este libro, fue difícil observar tal cantidad de personas; diría que nunca vi tanta gente en la hinchada como la pude observar hace más de una década. Para Jairo esto es muy claro, incluso, con pesar afirma: “la Doce está más organizada; tiene más gente... es que nosotros se ha ido mucha gente, ya no llegan o llegan de vez en cuando” (conversación informal con Jairo, 17 de enero de 2018).

La situación actual dista de ser como lo era hace 10 o 15 años: hoy los y las ultras son menos. Fabricio lo sabe, razón por la cual, me hablaba de “enamorar” de nuevo a la gente.

En síntesis, las dinámicas descivilizatorias de los *outsiders* amplificadas y exageradas por medios de comunicación, produjeron una significativa reducción de adherentes; aunque, y quizás lo más importante, las disputas internas referidas al *performance* del conflicto institutivo dentro de las barras hicieron un importante aporte en este descenso demográfico.

33 Fabricio, según él mismo me comentó, dejó el mando de la banda y de la Ultra entre el mes de febrero y marzo de 2022. Esto por un conflicto que hubo con el robo de una de las mantas durante un viaje que realizaron a Ciudad de México. Aun así, según él mismo me indicó meses después, tiene intenciones de retomar el mando en la Banda y en la Ultra.

Pero, además, la conflictividad interna ha provocado rebeliones, subversiones y revoluciones que han ocasionado cambios dentro de la hinchada, algunas modificaciones han sido superficiales (se cambia un líder, llega otro), pero otras han sido estructurales. Sí, llegan otros líderes, pero la idea de barra cambia. Hoy, la dirigencia de la barra tiene una visión más democratizadora que en momentos anteriores, se habla de militancia activa (como veremos en un apartado posterior), se informa a los miembros de la barra qué se hace con los dineros que recaudan, se dirimen y deliberan los conflictos (como en el caso de Jairo), las mujeres tienen una participación más activa que hace 15 años (como lo hiciera notar Tais en testimonios que ya he expuesto en este texto), etcétera.

Quiero decir que, si bien la barra estaba más centralizada en la década del 2000 alrededor de liderazgos fuertes y una política autoritaria; hoy la barra es más sensible en términos políticos, tiene una disposición politizada (como siempre la ha tenido), pero más consciente de ella, es decir, los dirigentes de la Ultra saben que hacen política y que deben hacerla para poder dialogar y dirimir diferencias internas entre peñas. Esta conciencia de Jairo, expuesta más arriba, de que la barra es una familia y que él no es menos que nadie, apunta en esa dirección. En corto: para que en medio del conflicto haya cooperación (volviendo con la idea gluckmaniana), es necesaria la política: discutir, dialogar, negociar y llegar a acuerdos internos.

Termino este apartado regresando a Gluckman y Díaz. Sí, hay conflicto y tensiones, sí, hay cooperación y negociación, pero, sobre todo: sí, hay cambio social a lo interno del colectivo. Estos sismas organizacionales y de liderazgo han provocado cambios internos necesarios; en síntesis: los líderes actuales saben que no pueden dirigir a la agrupación de la misma forma en que se hacía hace algunos años, porque no durarían mucho tiempo en su cargo. Hay una conciencia política más amplia dentro del colectivo. Los adherentes saben que hay un mando, pero también saben que este no es total.

Antes de extenderme un poco más acerca de algunas ideas que he ido perfilando (militancia, política, cooperación, etcétera), quisiera presentar el caso de la organización y estructura dentro de la Garra Herediana y su relación con el caso “Orko” sobre el cual ya hice mención en apartados anteriores, el cual tiene alguna relación con este clima de tensión descrito en la Ultra Morada.

La barra de “Orko”

Como lo indicara en la sección introductoria de este capítulo, el 27 de agosto de 2017, se enfrentaron en el estadio José Rafael “Fello” Meza, el Club Sport Cartaginés y el Club Sport Herediano. Al reducto llegaron las barras de ambos clubes; en las afueras hubo una confrontación física entre ellas.

En aquel momento, la Garra era dirigida por Orko. Este joven le lanzó una piedra a un contrario, mientras el agredido se encontraba postrado en el suelo y era violentado por otros garreros; así se pudo observar en diferentes videos que se transmitieron de manera continua en medios de comunicación.

La prensa tituló este acto de varias maneras, siempre haciendo énfasis en la descivilización de estos jóvenes.

El diario *Diez* de Honduras indicó lo siguiente:

Bochornoso: Brutal agresión a aficionados en pelea de barras en Costa Rica

Un hecho que dejó personas gravemente heridas se dio en el fútbol de Costa Rica, las barras del Club Sport Cartaginés y el Club Sport Herediano se enfrentaron en las afueras del estadio José Rafael “Fello” Meza.

El medio de comunicación tico Antena 6 compartió en sus redes sociales un video donde se puede observar cómo un aficionado golpea en su cabeza con una enorme piedra a otro que estaba en el suelo.

El partido se desarrolló sin estar aprobado el plan de seguridad por parte del Ministerio de Seguridad Pública de Costa Rica ([Solano, 2017](#)).

La Nación de Costa Rica dedicó un editorial a este evento, el cual tituló: “Brutalidad en el deporte”; esgrimiendo, además:

Luego de una larga serie de patadas propinadas en cuadrilla, un salvaje levanta una enorme piedra y la lanza sobre la cabeza de la víctima postrada en el suelo.

No hay otra forma de explicarlo en el marco de la rivalidad deportiva. Ningún partido de fútbol da para tanto. La afición al deporte es

una excusa de los delincuentes cuya diversión consiste en la pelea, más que en el fútbol.

Las autoridades intervinieron cuando ya la pelea había causado víctimas y, al final, detuvieron a 55 personas (*La Nación*, 2017).

Las repercusiones de dicho acto no se hicieron esperar:

La Fiscalía de Cartago tendrá un día clave este miércoles, en el caso que llevan dos de los detenidos por agredir a un aficionado de Cartaginés en las afueras del Fello Meza, ya que solicitaron un año de prisión preventiva ante el juez para los dos involucrados.

Sánchez, de 30 años, es sospechoso de tentativa de homicidio calificado pues fue quien golpeó con una piedra de considerable tamaño a Arias, seguidor del equipo brumoso, mientras el blanquiazul estaba en el suelo.

En lo que respecta a Monge, se le vincula con la golpiza y su intención de lesionar a la víctima. A él se le atribuyen “el delito de lesiones graves”, según el comunicado de la fiscalía (*Brenes*, 2017).

Por otra parte, el Club Sport Herediano, tomó medidas:

Herediano anunció ‘medidas drásticas’ contra los responsables de los actos de violencia del domingo 27 de agosto en los alrededores del Estadio Fello Meza y que derivaron en una brutal agresión contra un aficionado cartaginés, que debió ser operado de una fractura craneal. Los agresores son buscados actualmente por la Policía y fueron señalados como miembros de la Garra florense, barra brava que sigue los partidos de los rojiamarillos.

También aseguraron que no permiten el ingreso de este grupo de fanáticos radicales (*Quesada*, 2017).

Este tipo de interpretaciones de carácter descivilizatorio son muy usuales en diversos sectores de la opinión pública, como pude demostrar en el capítulo I del presente texto. Ahora bien, los abordajes periodísticos –aunque necesarios para quienes recurrimos a ellos con fines analíticos– tienen una deuda general: nunca, o casi nunca, en medio de este tipo de

hechos violentos, incorporan la perspectiva de los actores directos, en este caso, los y las hinchas (más de 10 fuentes mediáticas fueron revisadas solo para el “caso Orko”, ninguna de ellas tomó en cuenta el criterio de los y las barristas³⁴).

¿Por qué sucede esto? Puedo pensar en dos razones (seguramente podrían esgrimirse algunas más). La primera es que a un importante sector de la prensa costarricense y de la región latinoamericana, no les interesa lo que puedan decir los y las jóvenes al respecto de estos actos violentos; quiero decir: para los medios, la violencia tiene una única explicación: es mala, antagoniza con lo que debe de ser, es desviada y descivilizada. Lo cual me lleva a la segunda razón: no importa qué puedan decir los/as garreros/as o los/as ultras, lo que importa es establecer una idea en la agenda mediática, que es a la que suele suscribirse un sector importante de la opinión pública.

Ahora bien, el caso “Orko” ha sido un hito de cambio social dentro de la Garra Herediana. Quiero decir: para sus adherentes la agrupación era una antes y otra después de lo sucedido en Cartago, pero, sobre todo, después de la encarcelación del joven dirigente.

Intentaré reconstruir qué fue lo que sucedió aquel 27 de agosto de 2017, no solo para ofrecer interpretaciones alternativas a las sugeridas por los medios de comunicación, sino, para profundizar en las versiones de los/as garreros/as sobre lo acontecido: ¿cómo lo vivieron ellos? Pero, lo más importante: ¿qué ha significado para ellos este cambio?

César, uno de los actuales líderes de la Garra, me comentaba lo siguiente:

Mae, yo no fui ese día por trabajo, pero, di mae... fueron a comprar unas entradas mae y resulta que eran tres maes que fueron a comprar una entrada, y les salieron varios maes de la Fuerza Azul, de los cuales gorrearon [golpearon con ventaja] a M, di mae, obvio que si yo veo que lo están gorreando a usted y usted es de la cuadrilla mía mae, di, para eso es una barra ¿me entiende? Vamos fuertes, por eso fue que se armó ese despelote.

34 Algunos medios televisivos entrevistaron al joven agredido y a su hermano, ambos exintegrantes de la Fuerza Azul (Barra del Club Sport Cartaginés). Sin embargo, el enfoque de la entrevista fue evidenciar las consecuencias de integrar una hinchada; en reiteradas ocasiones hicieron acercamiento (*zoom*) al rostro deformado del agredido.

Mae, lo de Orko, pegó a ese mae [al joven de la Fuerza Azul] porque él le pegó una pedrada a la güila [pareja de Orko], porque el mae no es así. Ese mae decía [en algún pleito]: “mae, quédense aquí, para qué van a ir, déjenlos que vengan aquí, si quieren pelear ellos”, y el mae nos trataba siempre de evitar la bronca, pero di mae, digámonle, le pegan a la güila o, le pegan a alguien cercano suyo, usted va a reaccionar igual.

El domingo voy a ir a verlo [a la cárcel]. Sí, el mae está bien, el mae quiere salir y seguir; hubo un tiempo en el que yo me iba a retirar, y el mae me dijo que no, me mandó un mensaje ahí, con Ale, “que no, que no lo hiciera, que viera la vara, que pensara, que diera tiempo, que se acomodara todo”.

Como le digo, fue la prensa que lo metió [a la cárcel], de hecho, la prensa dejó de hablar de Orko por otro accidente que hubo después, no sé qué fue lo que hubo... (entrevista a profundidad con César, líder de la Garra Herediana, realizada el 8 de junio de 2019, en la ciudad de San Rafael de Heredia).

Carlitos, líder de una de las peñas más importantes de la Garra, me comentaba -habiendo estado en el estadio Fello Meza- lo sucedido aquel día de agosto de 2017.

(...) nosotros nos atrasamos porque, di, para variar, nosotros esperamos a un mae que siempre se atrasa en todo, como buen herediano... y la vara es que nosotros como barra, fuimos como 2 busetas de 30, si no me equivoco, y en ese entonces nosotros llegamos y apenas llegamos ya había terminado todo [el pleito] pero nosotros no nos dimos cuenta; me acuerdo muy bien porque teníamos que comprar las entradas. Yo fui con E, M y no me acuerdo quién más y cuando estábamos pasando, di, uno siente el ambiente tenso, uno sabe cuando algo pasa, o algo así, uno sabe; nosotros estábamos comprando las entradas, yo andaba las pulseras, no me las quité. Fui muy caballo. Y estaba toda la barra [Fuerza Azul] detrás de nosotros diciendo, “ah, están pagando la pulla [están ‘siendo objeto de venganza’]” y no sé qué... y yo decía “lo normal”.

Me imagino que nunca había pasado nada, hasta que después me contaron todo el desmadre. A nosotros casi no nos dejan entrar,

pasamos todo el partido, eso sí adentro, pero costó mucho que entráramos, yo no entendía el porqué, porque cuando llegué, ese acto que pasó sucedió como al minuto que nosotros llegáramos, o sea terminó y nosotros llegamos, yo siento que si nosotros hubiéramos llegado como barra eso no nos hubiera pasado, se hubiera evitado esa bronca, pero como solo fue Orko con Los de Chepe y Los del Oeste [contra] la toda la barra de Cartago. Entonces yo siento que eso mucho pasó por el hecho que ellos querían llegar, claramente ellos también van con esa mentalidad, como le digo, Los de Chepe son de mucho choque, ellos iban con la mentalidad de pelear ([entrevista a profundidad con Carlitos](#), líder de Los del Sur de la Garra Herediana, realizada el 26 de agosto de 2019, en la ciudad de Heredia).

Ni César ni Carlitos estuvieron en el conflicto sucedido aquel día en Cartago. Sin embargo, son garreros que suelen asistir asiduamente al estadio -al menos durante mi trabajo de campo, fueron de los integrantes que más iban a la cancha-, es decir, se enteraron de primera mano de lo sucedido. Lo interesante es que ambas versiones se distancian en un elemento: César dice que Orko reaccionó a una agresión que le hicieran adherentes de la Fuerza Azul a su pareja sentimental; Carlitos nunca mencionó esto, sin embargo, los dos coinciden en que Orko -a pesar de estar con dos peñas de la Garra- estaba poco respaldado, ergo, no eran muchos, en comparación a la barra contraria.

Claudio recuerda la reacción de Orko recién sucedida aquella situación en las afueras del estadio cartaginés. La narración es similar a las anteriores, no en detalles específicos (por ejemplo, si Orko era o no un joven “tranquilo”; sobre lo cual, los testimonios se distancian un poco), pero sí en esta lógica conflictiva de las barras organizadas:

(...) cuando yo llegué lo vi asustado, a Orko... ‘**Mae, vieras... me jalé una torta** [me metí en un problema]’; y le digo yo, ‘¿cómo?’ ‘Sí sí mae, me jalé una torta.’ Entonces se vuelve a armar otra bronca, ahí afuera del estadio cuando ya nosotros llegamos; porque digamos en ese entonces cuando pasó esa bronca, solo había llegado el grupo de San José y Los Gallinas, ahí en ese grupo venía Orko (...) Bueno en ese entonces se estaba moviendo un montón de gente de la barra y ya la cuestión fue que cuando llegamos y mi compa [otro amigo] siempre me dijo algo y yo, di, yo a él es el que más le creo porque fue uno de los que estuvo ahí, de hecho fue uno de los que estuvo detenido...

al mae le decimos M, la cuestión es que él me dijo que lo último que él se acuerda que Orko dijo fue que, antes de que pasara lo de que él le pegara la pedrada al otro muchacho, dice que fue que vio a Orko con mucha cólera, porque a uno de nosotros, de los compas de nosotros, lo habían asaltado y que prácticamente fue por eso que él reaccionó así; pero no sé qué habrá pasado por la mente... él sí era una persona que sí le gustaba mucho... si había un problema o una bronca, ir al frente talvez, ir a... a pelear porque él sí, para peores sí era bueno como para los mecos [golpes]. Entonces sí, quizás no sé, el hombre, él era muy tranquilo, pero cuando explotaba... ([entrevista a profundidad con Claudio](#), adherente de la Garra Herediana, realizada el 30 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia. Énfasis míos).

Por su parte, Artemisa coincide con algunos criterios de sus compañeros. Así me reseñaba esta situación “Orko”:

El caso de Orko no voy a negar que fue un duro golpe para la barra. Aunque suene increíble es de las personas que generaba menos conflictos, por una situación personal estuvo fuera y ese día regresó y pues lo que pasó no se justifica un accionar impulsivo, no sé. Nos atacaron, tacharon y demás, pero seguimos y hoy estamos más unidos. Nunca jamás lo olvidamos ni lo haremos, fue el líder de la Mxrga y se visita y estamos pendientes de él y de su mamá. Se han hecho actividades para ayudar a la mamá. Y lo haremos con él y con cualquiera [que] lo necesite. El centenario ayudó a retomar proyectos a volver a unirnos y se han logrado cosas lindas. Justamente hoy estamos celebrando 25 años de existir. Podrán silenciarnos pero jamás callarnos. Este amor es eterno y muchos llevamos tatuado este escudo. Uno de los lemas es que si morimos, desde el cielo alentaremos. Siempre recordamos a los que hoy no están y amaban estos colores como nosotros ([entrevista con Artemisa](#), integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Quiero insistir en dos argumentos que ya el lector y la lectora pudieron advertir páginas arriba. En primer lugar, la violencia de las barras no es irracional; Carlitos, Claudio, César y Artemisa racionalizan el evento: analizan y describen por qué sucedió y dan pistas de cómo pudo haberse evitado. Incluso, atinan a decir (a excepción de Claudio) que Orko no es un tipo agresivo, tanto es así que les extrañó que reaccionara como lo hizo.

Lo otro sobre lo que quiero volver es que sí, hay una *performance* del conflicto en las barras organizadas y una de sus manifestaciones fue registrada –aquel 27 de agosto– por varias cámaras, incluso las de seguridad del Fello Meza. En los términos de Goffman, esa actuación de la violencia quedó expuesta a la audiencia, no hubo una administración de la región frontal y la *trastienda*.

Hasta acá –como ya lo he dicho– la *performance* del conflicto es institutiva de las relaciones y acciones que operacionalizan las barras organizadas: no puede existir hinchada sin una dramatización exagerada del conflicto y la tensión. El punto es que, me parece, la misma sociedad es así (volveré sobre esta razón estructural en las conclusiones de este texto). Por ahora, quisiera continuar con los relatos sobre Orko y lo sucedido con la Garra después de aquel agosto del 2017.

En la entrevista que le realicé a Eduardo en el año 2019, le preguntaba cómo era la Garra antes de la llegada de Orko; el joven me respondió lo siguiente:

Eduardo: Orko era de [una peña importante de la Garra], él duró un tiempo sin ir a la barra. Cuando él llegó, di, yo no sé, la verdad, ni puse cuidado, él empezó a agarrar la dirigencia, después de eso, mucha gente se empezó a acercar a la barra, ¿ya? se sintió como que tenían un respaldo de que se estaban haciendo bien las cosas, entonces, hubo un tiempo que, di, hubo varias cosas que salieron y era con la dirigencia de Orko; él sí ayudó un montón a levantar la barra también, pero también ayudó a bajarla [por lo sucedido en Cartago].

Onésimo: ¿Compa tuyo el mae?

Eduardo: Sí, sí, sí, sí. Como le digo estábamos lo que se llama, la primera línea, que son los líderes, digamos, en ese tiempo, igual era Orko y después están los líderes de Peña... entonces estaba yo, estaba D, V, A, B, bueno, eran varios, entonces nosotros éramos igual, los que hacíamos, los que ayudábamos a Orko, ahora no, ahora solo estamos tres, y los demás líderes no hacen nada, entonces ha costado más.

Onésimo R: O sea ¿no hay esa primera línea?

Eduardo: Ahorita no. Antes sí era más grande la primera línea, eran 12 líderes, 15 y estaba Orko arriba. Entonces Orko decía: “vean, el

viaje es para Guápiles, el bus es tanto, el viernes vamos a hacer una carne asada y vender cervezas y con esa plata se reduce el costo del viaje... cosas que se han perdido por la cantidad de gente. [Después de] lo de Cartago, un montón de gente se salió por... por parte de los papás, “usted no me vuelve o se va de la casa”. Después hay gente que eran papás de chiquitos, y tal vez obviamente no viven con la esposa, o con la mamá de la chiquita, entonces les dicen, “a usted no le dejo a la chiquita si usted no se sale de esa barra... mi hija no tiene por qué verlo en la tele haciendo esas cosas”, entonces muchas veces es por eso ([entrevista a profundidad con Eduardo](#), exlíder de la Garra Herediana, realizada el 17 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia).

Según el anterior testimonio, el liderazgo de Orko era tan importante y decisivo que, el hecho de que el exlíder fuera encarcelado, ha ocasionado una especie de sisma en la Garra, en primera instancia, un descenso demográfico, pero, sobre todo, un vacío de poder y de dirección que no ha podido ser llenado por ninguno de los dirigentes actuales de la barra.

Esta visión apocalíptica también la esboza César:

Mae, todo se derrumbó en ese momento que Orko hizo eso; muchos maes todavía dicen, “mae, es que yo no voy por la vara de Orko”. Sí mae, yo digo que fue por eso, mae, por la vara de Orko. O sea, sí, porque después de lo de Orko a mí me costó un montón volver a armar... Yo supe lo que fue ir a 4, 5 partidos con puras palmas, con 5 maes. Ya se fueron reuniendo los que les fueron gustando y, de hecho, Orko tenía ciertas cosas con el Club mae: entradas baratas, toda esa vara, entonces, diay, no es lo mismo pagar 3000 que pagar 1000 [colones]... entonces mucho mae se acostumbró a eso también ([entrevista a profundidad con César](#), líder de la Garra Herediana, realizada el 8 de junio de 2019, en la ciudad de San Rafael de Heredia).

Carlitos presenta una reflexión un poco más compleja que las dos anteriores, aunque, finalmente, termina coincidiendo con que la debacle de la Garra -en términos demográficos, pero también de gestión política- inició con el arresto de Orko.

Es que, no solo es el hecho de que sea él [Orko]; él es una referencia [quiere decir, un referente de la barra]. El problema es muy específico: en nosotros la Garra Herediana, a veces muchos somos hinchas no del equipo, somos hinchas de un líder y ese es el mal pensamiento

que tienen muchos [por ejemplo], “C” era un referente anterior y cuando él estaba ahí en referencia, éramos 100 miembros solo del sur; 100 miembros del sur y éramos los que poníamos respeto y todo... El problema es que ese mae buscaba mucha bronca [sobre todo, con los Cruzados, peña de la Ultra de Heredia y Alajuela].

(...) Esa gente [Los Cruzados] no conoce códigos de barras... porque usted no se puede meter con nadie en su familia, si usted es de otra barra y yo soy de otra barra, es usted y yo nada más, ellos no respetaron y buscaron la casa y le mandaron bala a la casa de “C”, desde ese entonces el mae se fue alejando y muchos miembros se fueron detrás de él. Como le digo, muchos tienen ese pensamiento que somos hinchas de un hincha, volvemos ahora a lo mismo con Orko. Lamentablemente hizo lo que hizo allá en Cartago y muchas peñas principalmente los Gallinas -que esa era la peña líder de él- fueron desapareciendo, o sea se fueron poco a poco y por eso es que actualmente la barra está como con esas bajas y altas. Usted le pregunta a cualquier otra barra y a nosotros nos llaman los amargos y con justa razón. Porque a la gente hay que estarle rogando para que vengan y todas esas cosas, en cambio usted ve otras barras y ahí están todos desde temprano, en cambio nosotros no, estamos intentando volver a lo que era la Garra antes, pero es que justamente desde que pasó lo de Orko marcó un antes y un después de la garra (...) no perdimos solo el apoyo de nosotros mismos, sino también el apoyo de la misma afición, la misma afición nos dio la espalda.

[Ahora] La primera línea es complicado porque antes era fuerte la primera línea, era el Orko, V, A, I... pero, di, lamentablemente, se fue la cabecilla. Orko para mí fue el mejor líder que ha tenido esta barra... y después quedó, bueno, V, que es uno de los más viejos, pero él hasta que no vuelva Orko está así: como a veces sí, a veces no. Entonces, quienes están de referencia, de primera línea solo A, César y Eduardo ([entrevista a profundidad con Carlitos](#), líder de Los del Sur de la Garra Herediana, realizada el 26 de agosto de 2019, en la ciudad de Heredia).

Es muy llamativo que una persona y un evento en específico fuesen tan determinantes en un grupo. Como dice Carlitos: hay gente que es hincha de un hincha, lo cual deja ver el tipo de liderazgo que se fue construyendo en la Garra: un poder centralizado, a diferencia de la Ultra (como

ha podido verse y se verá en un apartado posterior titulado “Militancia, inteligencia y cooperación en el reino de las peñas”).

Carlitos, después de lo dicho arriba, hacía referencia a que estaban intentando que la gente volviera a la Garra, sin embargo, el problema era que la identidad de barra brava se estaba perdiendo. Por lo cual, le pregunté qué era para él “lo bravo”. Esta fue su respuesta:

Lo bravo es que él [Orko] ponía respeto, él ponía respeto, si vamos todos, todos van, nadie se queda atrás, nadie se deja morir [nadie se abandona], si usted no está cantando el viene ¡pumm! [le pegaba], pero no es por maldad sino para que reaccione, aquí estamos en lo que estamos y lamentablemente eso se ha perdido mucho, no hay alguien que diga “mae, cálese, cante, mae, venga y ayúdeme con esto”, se ha perdido mucho respeto hacia los líderes porque es que ellos, cada cabecilla tiene su forma de planeamiento y es que ellos tres César, Eduardo y A se encargaban mucho de la murga [fiesta, bombos, instrumentos, etcétera]; Orko en sí era el líder, él es el que venía, ponía respeto, él sacaba buses, él sacaba dinero de su propio bolsillo y pagaba los buses para irnos todos, claramente nosotros le ayudábamos, obviamente no lo dejábamos morir, pero él era el que movía todo eso y si usted hacía una yeguada [cometía un error] el mae venía y lo cagaba [regañaba]; alguien que pusiera un orden ahí. Eso es lo que hace falta. “A” podrá ser la cabecilla o Eduardo, pero nadie les hace caso; el mae dice “ya entren” [al estadio] y es una burla más bien, es como “mae, sea más serio, ahorita entro ([entrevista a profundidad con Carlitos](#), líder de Los del Sur de la Garra Herediana, realizada el 26 de agosto de 2019, en la ciudad de Heredia).

Los líderes actuales carecen de legitimidad. Al parecer, no instituyen una autoridad fiable. Uno pensaría que la Garra echa de menos un mando central que dirija con decisión; como decían Claudio y César en las entrevistas que les hice: “se necesita un mae con mano dura³⁵” (una especie de

35 Es sumamente interesante esto de la “mano dura”. En Costa Rica, un importante sector de la población (según puede verse en redes sociales) ha fantaseado desde hace muchos años con un dirigente autoritario que tenga, justamente, “mano dura”. Un presidente autoritario que tome decisiones totales, definitivas; algunas personas alaban, por ejemplo, a una figura como Nayib Bukele, precisamente porque para ellos y ellas actúa con severidad. Con Oscar Wilde, podría decir, “ten cuidado con lo que deseas, se puede convertir en realidad”. (Tomado de <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/gaby-vargas/ten-cuidado-con-lo-que-deseas>).

fantasía autoritaria); o bien, personas comprometidas, porque en la Garra “falta que la gente se comprometa”, lo que, al parecer, sí hacía Orko. Incluso, Aarón, integrante ocasional de la Garra, una noche de agosto de 2018, en un partido entre el Club Sport Herediano y el Santos de Guápiles, me decía: “Orko sigue siendo el líder, aunque esté en la cárcel”.

Esto me hace pensar que la organización y el liderazgo no son asuntos menores dentro de estos colectivos, esto es: no son solo jóvenes que cantan y se pelean; tienen intrincadas relaciones estructurales que no son posibles de observar o de notar si no se está un tiempo prudencial en interacción con ellos y ellas.

Ahora, tanto Eduardo como César se disputaban -durante el 2018 y el 2019- ese ejercicio de poder centralizado. Los dos mencionaron que eran las cabecillas del grupo; le daban un lugar al otro, pero era un lugar confuso, quizás secundario; cada uno se veía así mismo como “la cabeza”. Así lo menciona César: “yo no sé qué tan cara de líder me verán a mí; a mí ‘A’ me dice: ‘mae, yo quiero que usted se dedique a este partido con la gente ¿por qué?, porque a usted es la única persona que la gente le va a hacer caso, porque el respeto de la Garra se tiene que ganar cantando”. Por su parte, Eduardo: “yo siempre soy... como decir... la cabeza, pero yo no ando diciendo ‘bueno, soy la cabeza’ de la barra; soy el dirigente, pero digamos en base a eso todo mundo lo ve de esa forma”.

Una anécdota etnográfica me servirá para ilustrar esta tensión por poder entre César y Eduardo.

El 10 de septiembre de 2019 jugó el Club Sport Herediano contra la U Universitarios. Eduardo llegó un poco tarde al partido. Me saludó y se sentó a la par mía. Inmediatamente me contó que ya no estaba dirigiendo la barra. Ante mi sorpresa, me dijo que tuvo un problema con César.

El problema, según Eduardo, fue que César le reclamó que él estaba robándose dinero de la agrupación (otra vez, este imaginario sobre el robo, muy instaurado en la Ultra Morada). Según Eduardo, eso lo enfureció, por lo que le dijo a César, “si va a estar con esas desconfianzas, mejor yo no sigo más en esto. Mejor encárguese usted entonces”.

Esto, según el exdirigente, había sucedido hacía algunas semanas, y desde entonces, Eduardo no se encargaba de organizar viajes, ni nada relacionado con el cuidado, protección y traslado de los instrumentos.

Al parecer, en ese momento, quien se encargaba de esa logística era César, quien, según Eduardo, estaba enfrentando problemas, porque tenía

una mayor dificultad para trasladar los instrumentos, porque vive más lejos del estadio; Eduardo vive cerca del Eladio Rosabal Cordero, por lo cual, no se le complicaba el traslado de los bombos.

Según Eduardo, cuando dejó la barra por estas acusaciones de César (único, según él, en hacerle esta acusación), le dijo a él y a “A” que ellos tenían que ir a la dirigencia (del Club Sport Herediano) a decir que ellos se iban a encargar de la Garra de ahora en adelante. “Obvio no lo van a hacer. ¡Imagínese a César llegando todo ‘xxx’ a hablar con la dirigencia! ¡Olvídense!” terminó por decirme Eduardo aquel día sentado a la par mía.

Eduardo (y otros integrantes de la Garra), me hablaban con añoranza de la Vieja Guardia de la Garra. Veían a alguien de dicha agrupación y lo señalaban; además, se referían a sus roles antiguos con una especie de orgullo. Eduardo me comentaba aquel día de septiembre de 2019, que uno de los sujetos de la Vieja Guardia fue líder y que “era un líder que no aguantaba nada”; si alguien no cantaba lo enjachaba, o si estaba tocando el bombo, le tiraba los palos a quien no cantara. “Tuvo varios pleitos”, me decía el exlíder. Pero esto lo decía en tono jocoso, y como con una especie de nostalgia, quizás pensando que la barra estaba mejor antes, unos 8 o 10 años atrás. También me comentó que otro joven –quien esa noche llegó un poco tarde a la cancha– fue líder antes que Orko. No me comentó mucho más al respecto.

Intento decir que, según Eduardo, en los últimos 8-10 años ha habido, por lo menos, 5 o 6 cabecillas (incluyéndose). Lo cual sugiere vacíos de sentido en el ejercicio del poder, que ocasiona un transitar efímero de los liderazgos.

Las situaciones antes referidas: el cambio constante de líderes, la añoranza de tiempos pasados mejores –por una desgastada y erosionada legitimidad de las dirigencias actuales–, el caso “Orko” como hito de cambio social dentro de la agrupación: un liderazgo altamente mitificado que no ha permitido que el grupo, como ellos mismos lo apuntan, “levante”, a pesar de sus esfuerzos; en síntesis, la reproducción de esta particular *performance* del conflicto en el liderazgo interno de la Garra, ha provocado fracturas, rebeliones y revoluciones; en corto: un cambio social constante en el sentido y significado de la Garra Herediana, que se vive aún en tiempos actuales.

Las hinchadas están en constante dinámica y movimiento, no son agrupaciones estáticas y reducibles a un carácter eminentemente lúdico o violento. Existen dimensiones políticas muy importantes, como lo he ido

mostrando y como quedará aún más claro en la siguiente sección, en donde haré referencia a categorías nativas como “militancia” e “inteligencia” en las barras organizadas.

“Militancia”, “inteligencia” y cooperación en el reino de las peñas

Regresando a la idea de conflictividad dentro de la Ultra Morada, esta también se manifiesta -como ya he podido adelantar- en la organización de las peñas dentro de la tribuna durante un partido. Según Fabricio, en la parte alta de la gradería sur, arriba de la Banda de los Morados, se ubican Los de Coronado, Los Pillos y Los de San Pedro (ambas, peñas del Norte); a la derecha, Los Piratas y Los de Escazú (Norte); en el medio, con La Banda, se ubica Santa Pasión y Los de Curri (norte); a la derecha, Los de Pavas (sur); debajo de estos, Los Cruzados (Heredia y Alajuela), Los de Guara (Guararí de Heredia); a la izquierda, siempre debajo de la Banda, Los de San Miguel (sur), Los de Los Guido (sur), Los de Cristo Rey (sur), demás peñas del sur y Los de Cartago; debajo de estos últimos, Barrios Unidos (norte). “La Banda de los Morados es el centro y corazón de la barra. Algunos casi ni se mueven de sus lugares... toda territorial la Ultra, miher [mi hermano]” (conversación vía *WhatsApp* con Fabricio, 6 de mayo de 2018).

Algo interesante de este ordenamiento es que Los del Sur están abajo y Los del Norte arriba, simbolizando estas diferencias de clase cruzadas por conformaciones barriales muy claras; tan claras que, pareciera, la Ultra está incidida por el “*reino de las peñas*”, más que por una centralización del mando (a diferencia de la organización de antaño y de la fantasía garrera). En corto: el poder dentro de la agrupación está repartido, distribuido, esparcido. No hay un líder autoritario que dicte órdenes de obediencia inmediata e incuestionable, sino, varios dirigentes que, de alguna u otra forma, poseen cierto poder dentro de sus propias peñas, las cuales, en muchas ocasiones, se alinean para llevar a cabo ciertos proyectos, pero en muchas otras se oponen y rivalizan entre sí.

Así lo entiende Tais, integrante de la Ultra, quien argumenta:

Di, bueno, la organización casi siempre se ha manejado igual: líderes, siempre va a haber un líder por cada barra, ya sea los Guido, Desamparados, San Miguel, la Capri, Pavas, Heredia, los de Alajuela,

los de aquí, los de Coronado. Siempre va a haber un líder por cada barra, de ahí se manejan peñas más grandes que son todos los barrios unidos, ya sean ‘Los Cruzados’, ya sean ‘Los Sureños’, creo que son como las más... ‘La Banda’ exactamente, que se juntan todas las barras y se hace un grupo más grande. [‘M’ le repite la pregunta]. Okey, okey, bueno, ¿cuántas Peñas son? Pues como te digo son un montón, son como por barrios, cada barrio tiene sus líderes y de ahí sale como otra peña digamos, que ya son varios grupos unidos que ya sería como dije ahora, ‘Los Cruzados’, ‘Los Sureños’, que son las más referentes, ‘Barrios Unidos’, ‘La Banda’, que creo que son ahorita las peñas más referentes, pero dentro de esas peñas viene mucha organización de muchos líderes. ¿Cómo se maneja la barra? Pues desde hace muchos años no tiene un solo [...], tenemos nuestro líder que es el que maneja todo, y de ahí todas las cabecillas que se maneja todo en conjunto. ¿Cuál es la diferencia de organizaciones anteriores? Di, que se les pide la opinión a todos, que de verdad se volvió un grupo. Antes era todo muy cerrado, antes se manejaba todo muy a “lo que yo digo, así se hace”. Pero ahora se pide opinión y se trata de todos ir por el mismo camino, tomando la misma decisión, no hacer lo que solo una persona pensaba, entonces creo que eso sería (entrevista con Tais, integrante de la Ultra Morada, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021).

Una anécdota etnográfica más servirá para seguir fundamentando esta idea del *reino de las peñas* en la organización de la barra; lo cual implica una resistencia/rebelión de algunos grupos de adherentes, situación que condiciona el liderazgo de Fabricio y su grupo.

El 5 de agosto de 2018, Saprissa jugó contra la UCR en la Villa Olímpica, Desamparados (sur de la capital). Durante el encuentro de fútbol, Fabricio, quien suele fungir también como una especie de maestro de orquesta (aunque no solo él ejecuta esta labor), regaña a un grupo dentro de la barra, porque estaban cantando mal el grito de guerra, al parecer, no se lo sabían. No logré visualizar de qué peña eran. El líder les dijo: “¡manda huevo, tantos años y no se han aprendido el grito de guerra!”. El regaño fue severo, sin embargo, estos jóvenes, desde su lugar en la tribuna, respondieron, en tono rebelde, pero sin volver a ver al dirigente: “dele, dele mae, no es el momento para eso... ¡Viva Saprissa!”. Fabricio les respondió: “¡Siempre es momento, no jodás!”. No fue la primera vez que, después de un regaño

del líder, algún barrista respondiera de manera confrontativa. Esto, por supuesto, no sucedía en los tiempos de la Mesa Redonda.

Me parece que La Ultra, de alguna manera, se ha visto obligada a adoptar esta nueva organización, por –al menos– un par de razones: así lo han consensuado a lo interno, en gran medida ante los conflictos por los liderazgos y, también, por la persecución (social y policial) de la que ha sido objeto la barra (grupaldades descivilizadas); al respecto quisiera volver a una anécdota que respalda esta última idea.

El 20 de agosto de 2017, en el partido del que ya he hecho referencia entre Saprissa y la UCR en Cartago, Fabricio me hablaba de las formas abusivas y autoritarias con que para él ha procedido la policía en sus intenciones de contener a los barristas. El líder me decía que para él Costa Rica estaba muy militarizada, mientras me contaba una situación que vivieron después de un partido que sostuvo el Deportivo Saprissa en Pérez Zeledón [una de las ciudades josefinas ubicadas más hacia el sur del país]. Aquella vez, según este joven, la policía paró la buseta en la que venía la barra después del encuentro, en la noche y en medio del Cerro de la Muerte (más de 3000 msnm). Los bajaron del transporte y los golpearon hasta el vómito. Además, según Mariano, refiriéndose a aquella misma situación, los hicieron cantar, en medio del frío y sin camisa, algunos cánticos en apoyo a la UIP (Unidad de Intervención Policial) y la GAO (Grupo de Apoyo Operacional). Incluso, cuentan los jóvenes, a uno de los adherentes lo dejaron en pleno cerro durante la madrugada; cuando lo encontraron estaba casi hipotérmico.

Por situaciones como estas, según Fabricio, ellos deben de hacer “inteligencia”, es decir, buscar estrategias que confundan a la policía, para que no puedan ubicarlos, ni conocer sus trayectos y así poder seguir asistiendo a los partidos que sostenga Saprissa fuera de Tibás. Según el dirigente: “para Limón fue un bus y entrando a Limón lo devolvió la Ley. Nosotros es que hacemos inteligencia y nos vamos en carros, pero está feo. Además de que es caro venir a la cancha, entonces la gente ve eso y ya la gente no viene, ¡para que les estén pegando y los fiche la Ley!”

Para el líder de la Ultra, el cambio en el uso de transporte (antes usaban buses y busetas, hoy utilizan fundamentalmente, automotores pequeños) se debe a que necesitan evadir los controles policiales; aun así, para encuentros lejanos, como el viaje referido más arriba a Liberia, hay grupos

que sí contratan busetas. La Banda de los Morados prefiere transportarse en vehículos particulares y pequeños.

Otra de las razones por la cual han cambiado su forma de transportarse es que así, y siendo que el número de ultras se ha reducido, logran sortear la amenaza de que una barra rival los ataque.

Para aquel mismo partido contra la UCR, me ofrecí a resguardar uno de los bombos grandes (40 pulgadas de diámetro) de la barra (no había nadie que lo pudiera guardar en su casa); les dije que yo lo podía llevar en mi carro. Entonces, entre Mariano, Jairo y yo cargamos el bombo en mi vehículo; inmediatamente, Mariano cubrió el instrumento con un suéter mío y una toalla, según él, para que ningún hincha contrario pudiera verlo y quisiera robárselo. “Hay que tener cuidado”, decía Jairo, “yo por eso cuando viajo, lo hago vestido de civil”. Hace 10-15 años, los ultras pasaban por el centro de San José, Heredia o Cartago con sus camisetas alusivas a la Ultra (eran muchos e infundían temor en sus rivales), hoy esto es diferente, ni siquiera andan en público en sectores “peligrosos”, con la camiseta de Saprissa, como bien lo apunta Jairo.

Esta “inteligencia” se manifestó en el viaje que hicieron los ultras a Guápiles (sobre el cual ya me he referido). Ese 26 de noviembre de 2017, Fabricio y los demás jóvenes que iban en la pequeña buseta (vehículo para 9 pasajeros propiedad del padre del líder), estaban preocupados, temían que en algún retén policial ubicado en la autopista 32 o Braulio Carrillo los pudieran detener y devolver.

Pasando el puente sobre el río Sucio, el temor se hizo realidad, había conos y un retén policial. Fabricio se percata e intenta acercarse a un camión grande que iba delante de nosotros, para que este le sirviera de escudo y lograr pasar el control sin ser divisados por los oficiales. Había ocho policías, ninguno observó la buseta, gracias a la “inteligencia” del dirigente. Pasamos. Los jóvenes celebraron. Fabricio decía, “esto es como el primer gol”, e inmediatamente, pide a sus compañeros de viaje que avisen, vía redes sociales, la ubicación de aquel retén, para que los otros grupos de ultras estén prevenidos.

La logística para asistir a los encuentros -antes de la pandemia- era más fácil de organizar a nivel de peñas, es decir, en grupos pequeños, quienes colaboraban entre sí para lograr ciertos cometidos, como sortear los controles de la Fuerza Pública. Viajar a algún partido en un grupo grande

(uno, dos o más buses como se hacía en la década del 2000) sería exponerse a ser devueltos por la policía o quedar en evidencia ante barras rivales.

En síntesis: la lógica de mando y organización ha cambiado por factores internos (*performance* del conflicto entre peñas), pero también por situaciones externas (escarnio social y la descivilización subyacente).

A pesar de estos episodios de tensión y rebeldía narrados arriba, hay personas, como Fabricio, que trabajan en favor de la cooperación y unión colectivas. El 7 de septiembre de 2017, este joven publicó, en su perfil de Facebook, el siguiente comunicado:

Buenas noches gente. No me gusta, honestamente estar haciendo este tipo de cosas públicas por redes sociales (Face). Debido a situaciones que se presentan y la no asistencia, **ni militancia** de muchas personas en nuestra Barra Ultra Morada a distintas actividades de la cual también somos parte. Va la siguiente aclaración y medidas que hemos adoptado hace ya un tiempo. De parte del grupo en el que yo trabajo y pertenezco (La Banda de los Morados). Hemos convocado desde sus inicios a una serie de Actividades en pro del crecimiento de la barra. Sean estos ensayos, caravanas, salidas, previas y actividades de índole social. **Por consiguiente hemos reiterado también que el grupo está abierto para todas aquellas personas que gustan de trabajar con nosotros.** Las puertas están abiertas (no hay ninguna restricción) sean nuevos o viejos de ir a la cancha, siempre van a ser bien recibidos. Sin embargo, marcando la pauta, también en que el objetivo principal y primordial siempre será el ir a alentar y asistir a la cancha. A diferencia de otros grupos -el compromiso de la banda es distinto-. Desde la asistencia a ensayos, hasta subsidiar los gastos de lo que conlleva dar mantenimiento y compra de instrumentos. Por ende, el compromiso va más de asistir a la cancha. El trabajo que hacemos nosotros es por cuenta propia y sale del bolsillo de nosotros. Por lo tanto, cuando realizamos rifas o actividades muchas veces solicitamos la ayuda de ustedes. Por qué, por un lema, si esperamos que otros hagan, nadie hace nada. Entonces, mejor tomar nosotros la iniciativa del trabajo. Muchas personas que pertenecen o pertenecían están resfriadas [alejadas de la barra por la poca confianza que tienen], cuando otros grupos piden ayuda o dinero para actividades, en realidad es normal, las personas ahora están **muy celosas con esa cuestión -dinero- por las personas de la “vieja escuela”**. Relativamente dejaron a todo mundo resfriado.

Esto va más allá de la cancha. Tenemos que dar un cambio de la perspectiva tanto de las personas que van a la cancha, hasta de la misma sociedad, como grupo organizado, y eso va más allá de las palabras y de las muchas publicaciones que hacemos todos en redes y grupos. Ya empezamos a dar ese paso, pero ocupamos que todas esas personas que aún están resfriadas se acerquen a colaborar y trabajar. **En la Ultra Morada ya no hay los beneficios que había o gozaban algunos, hace unos años. Esos beneficios y compromiso nos tocan retribuirlo a la sociedad nosotros.** Los que aún pertenecemos y militamos. Ante los medios y la sociedad. Que nos apuntan y nos tachan.... Darle vuelta a esa tortilla. Nos toca...

Para concluir En Nombre total de la Ultra Morada tenemos una actividad este próximo sábado en el San Juaneño de Tibás. En celebración del día del niño. Tenemos una fiesta con alrededor de 100 niños de la comunidad del cantón. Son niños de familias con escasos recursos. Familias vulnerables con lo cual nosotros queremos que la pasen bien y se lleven un presente. Cuestiones como estas van a ser recurrentes en nuestra organización. Pues a trabajar. Saludos. (Tomado de la cuenta de Facebook de Fabricio, el 7 de septiembre de 2017. Énfasis míos).

Hay varias cosas muy interesantes sobre el extenso extracto anterior. Primero: el joven habla de militancia. Nunca en mi experiencia con barras organizadas de fútbol había escuchado algo así; de hecho, solo este personaje se refiere a la adherencia barrista con este apelativo eminentemente político. Al respecto, es importante destacar que Fabricio, además de ser dirigente en la Ultra Morada, milita en el Partido de los Trabajadores (PT), agrupación política de izquierda; asiste a las reuniones del partido, publica comentarios y críticas a lo que él entiende como conspiraciones provenientes de los grupos de poder matriculados con el modelo de producción tardío-capitalista, tiene tatuada una imagen del Che Guevara, tiene libros socialistas en su biblioteca, etcétera.

Incluso, Fabricio hace una interesante clasificación de la afición saprissista. Según me dijo, están los aficionados corrientes, los hinchas ocasionales y los hinchas militantes. Los primeros son los aficionados comunes y corrientes (Rodríguez, 2006), aquellos que asisten a un sector del estadio diferente a la gradería sur del Ricardo Saprissa; los segundos, son hinchas de la Ultra que no van a todos los partidos, como dicen los militantes, “son

los que escogen partidos” (fundamentalmente, clásicos); los terceros, son los también llamados por el dirigente “militantes de verdad”, que siempre asisten a los diferentes estadios de fútbol costarricense para alentar al equipo (antes de las prohibiciones de entrada a las barras a los estadios de parte de casi todos los clubes de fútbol durante el año 2019).

Segundo: esto de la militancia socialista tiene una interesante cercanía con la persistente intención narrativa de Fabricio de buscar la unión y cooperación dentro de la agrupación: el testimonio anterior hace referencia a la búsqueda de participación dentro de la Banda de los Morados, pensando la agregación desde una dimensión comunitaria.

Tercero: algo que ya he dicho, la insistencia con la mención de la “Vieja Guardia”, la cual pareciera tener una influencia importante en la constitución actual de la Ultra Morada (y también de la Garra); muchos de los jóvenes, durante mi experiencia etnográfica, nombraron o hicieron referencia a ella, para bien y para mal, lo interesante es que está muy presente en sus relatos, casi como un fantasma que los persigue pero que ellos y ellas mismas han construido.

Cuarto: llama la atención la referencia a ese cambio de perspectiva en las personas que han estado “resfriadas” (alejadas) de la barra, según el líder, por los manejos sospechosos de la “vieja escuela”, lo cual está vinculado con aquel volver a “enamorar a la gente” para que vuelvan a asistir a la cancha.

Quinto: el joven habla de la no existencia de ciertos beneficios que había antes, se refiere a que, la “Vieja Guardia” recibía algún tipo de “privilegio” de parte del club, por ejemplo, la venta de entradas para la Ultra a un costo más bajo del usual, esto para que la barra revendiera entradas y tuviera algunos fondos para financiar sus actividades en apoyo al equipo. Según Fabricio, esto ya no se da; ahora son los propios ultras quienes financian sus proyectos.

Sexto y último: relacionado con el perfil socialista del líder saprissista, es muy sugerente la visión de retribución a la sociedad objetivada en la actividad para el día del niño, mencionada en la nota.

Da la impresión de una búsqueda de equilibrio, unión y cooperación, cercana a las argumentaciones gluckmanianas expuestas más arriba: conflictos subversivos y situados que contradictoriamente terminan generando unidad grupal.

Entonces, en medio del conflicto, ciertos integrantes de la Ultra buscan unidad, o al menos, entienden que la unión es básica para poder sortear algunos predicamentos externos. Un par de anécdotas etnográficas me servirán para ampliar estas ideas.

El 9 de mayo de 2018, Saprissa jugaba contra Heredia en San Juan de Tibás. Llegué temprano y saludé a los ultras que pude divisar en el camino. Cuando íbamos subiendo en grupo, con los bombos, murgas y demás instrumentos, para ingresar al recinto, nos detuvieron unos oficiales de la Fuerza Pública; nos indicaron que debíamos ponernos contra la pared del parqueo del estadio. Yo le pregunté a uno de los policías: “¿nos van a requisar?”. “Sí”, repuso el oficial. Nos requisaron. Conmigo no se detuvieron mucho, pero con dos ultras que estaban a la par mía se tomaron bastante tiempo. A uno de ellos que llevaba bastón le hicieron desarmarlo, al otro, le hicieron quitarse los tenis, todo esto, para cerciorarse de que no llevaran drogas escondidas; mientras tanto, muchos aficionados del Saprissa pasaban en frente de nosotros y se nos quedaban mirando.

Volví a ver a Fabricio. Estaba molesto. Les decía a los oficiales, sin faltarles el respeto, que estaban (ellos, la Ultra), jugando de local, que siempre habían podido ingresar con los bombos sin ninguna dificultad. Pasados algunos minutos, nos dejaron seguir nuestro camino hacia la puerta de acceso. La defensa utilizada por el líder contenía un tono colectivo, como si la Ultra fuera una, homogénea. La agrupación utiliza este tipo de estrategias (mostrar unidad y coherencia), sobre todo, con este tipo de actores institucionales; esto porque, mostrarse aislados significaría un mayor y mejor control de parte de las autoridades.

Para el domingo 14 de julio de 2019, la Banda de los Morados organizó una actividad en unas canchas de fútbol 5 en Tibás. El objetivo era recolectar dinero para comprarle una silla de ruedas a un aficionado saprissista (no ultra), que no contaba con los medios económicos para hacer frente a un gasto de ese tipo. La Banda desarrolló la logística del evento: se invitaron a todas las peñas de la Ultra Morada para jugar un minitorneo de fútbol 5; se conformaron más de 20 equipos (la mayoría integrados por miembros de sus respectivas peñas), los cuales, además de una cuota de inscripción al evento, aportaron alimentos (tamales, carne, salchichón, pollo, café, refrescos y tortillas), para ser vendidos en el lugar y lograr tener una mejor recaudación.

La actividad fue todo un éxito, se jugaron los partidos, se vendieron los alimentos, se logró recaudar el dinero necesario para la silla, pero,

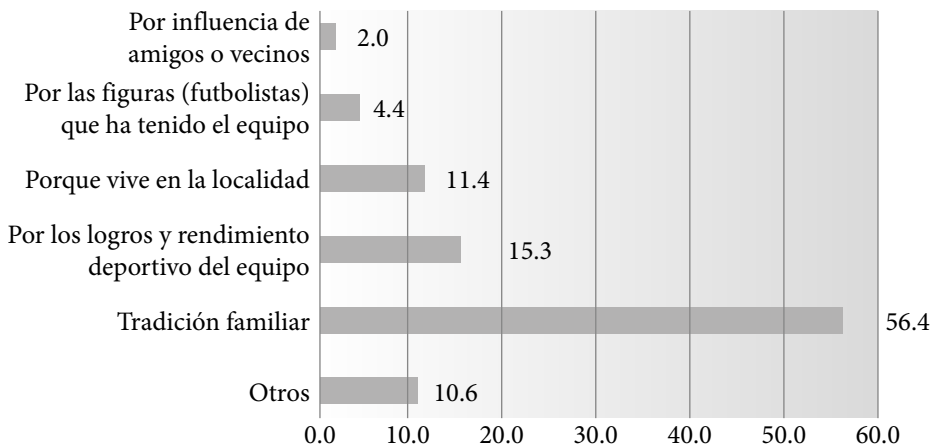
fundamentalmente, la Ultra mostró una imagen de unidad y cooperación, a pesar de los conflictos internos sobre los que he hecho mención a lo largo del presente libro.

Esto último, acerca de la unidad de la barra, me permitirá continuar la reflexión sobre esa idea de familia esbozada en algunos discursos previos; con esto, por fin, retomo un hilo que dejé colgado un poco más arriba.

La manta de la familia

En la encuesta que elaboramos desde el IDESPO, citada en el capítulo I, se consultó a las personas acerca de las razones por las cuales eran aficionadas a un determinado equipo de fútbol masculino de primera división. El Gráfico 5 muestra los resultados (porcentajes).

Gráfico 5. Razones por las cuales las personas encuestadas son aficionadas a un equipo de fútbol en particular



Fuente: IDESPO-UNA Encuesta: *Percepción de la población costarricense sobre el fútbol, 2018*

Como se puede apreciar, casi 6 de cada 10 personas respondieron que lo que determina su afición clubística es la “tradición familiar”. La gente escoge club de fútbol, presumiblemente en la niñez, por razones ligadas a situaciones familiares; en esta escogencia la familia es tan importante que los “logros y rendimiento deportivo de equipo” pasan a un segundo plano (15,3%).

Los miembros de las barras organizadas de fútbol no difieren de esta perspectiva ciudadana; similar pregunta les hice a algunos miembros de la Garra, todos respondieron de manera similar a Eduardo:

Onésimo: ¿Y por qué se hizo herediano, mae?

Eduardo: Por tradición de mis papás... Mi papá era herediano, él me llevaba desde los 5 años al estadio. Y después ya mis abuelos también me llevaban y después ya fue cuando un tiempo dejaron de ir, pero ya yo seguía yendo, pero por mi cuenta ([entrevista a profundidad con Eduardo](#), exlíder de la Garra Herediana, realizada el 17 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia).

En la sección “‘Tenga cuidado, pito’. Etnografiando dos barras de fútbol” (capítulo II), describí parte de la historia de una manta que la Banda de los Morados pagó a hacer a Córdoba, Argentina. Quisiera discutir algunos detalles más sobre dicha anécdota, la cual se relaciona con esta idea de la importancia de la familia dentro de estas agrupaciones.

Aquel 15 de abril de 2018, la Ultra decidió estrenar su nueva manta en un balneario ubicado en Desamparados, cantón localizado al sur de la ciudad capital de Costa Rica. La noche anterior (14 de abril) le preguntaba a Jairo si quedaba un espacio para poder ir con ellos. Días atrás, yo le había dicho que no podía ir, porque me había comprometido a asistir a un partido del Club Sport Herediano. Me dijo que no, que ya no había espacios. El joven se escuchaba dolido, porque yo no iba a poder acompañarlos.

Sin embargo, el 15 de abril en la mañana, recibí un mensaje de Jairo, “alístese”, me decía, “un compa no va a ir, entonces va usted”. Claro, tenía que hacerme pasar por el joven que no iba, ya que el centro recreativo era un club privado. Me aprendí el nombre completo del ausente y su número de cédula. Cuando ingresé al balneario un guarda me preguntó los datos. No olvidé ningún detalle.

Ahí conocí a la pareja y la hija de Fabricio, la niña tenía en ese momento apenas unos cuantos meses de nacida; el Peque también llegó con su familia, dos hijas y su esposa. También llegaron Walter, Daniel, Mariano, Juan, (algunos de estos, con sus novias), Johan, con sus dos hijos, esposa y, por supuesto, Jairo. Estaba casi toda La Banda de los Morados, faltaban tres miembros, nada más.

Fabricio recordó la anécdota de un viaje que hicimos a Playa Ballena en el 2009, cuando yo estaba haciendo el trabajo de campo para mi tesis doctoral con jóvenes de Guararí de Heredia (Rodríguez, 2017); Juan también fue con nosotros aquella vez. Nos reímos. Recordaban aquella travesía de manera muy grata. Les agradecí.

El dirigente de la Banda de los Morados le dijo al resto de adherentes que por favor no subieran fotografías del trapo (manta) a las redes sociales, porque los integrantes de la Doce que vivían en Desamparados podían percatarse y llegar a donde estaban para quitárselos. El líder quería evitar cualquier tipo de confrontación, muy acorde con su forma de militar y de hacer “inteligencia” dentro de la agrupación.

Después de esta actividad organizada para estrenar el trapo, los jóvenes de la Banda se dirigieron al Estadio Colleya Fonseca de Guadalupe para ver y alentar al Saprissa y, de paso, presentar al resto de la barra, el nuevo ‘trapo’.

¿Por qué la Banda escogió un balneario y no el estadio Ricardo Saprissa para estrenar la manta? Me llevó muchos meses llegar a una posible interpretación. Pienso que ellos mismos me la dieron, porque el contenido analítico de sus cotidianidades, de sus dinámicas, está en la propia *conciencia colectiva*.

Jairo me daba una pista, cuando reclamaba: “Somos una familia, ¿por qué alguien va a mandar a otro?”, en medio de su conflicto con Patricio, que terminó en su expulsión del colectivo. El mismo Patricio, en aquella misma situación, hacía una interpretación parecida cuando, al no haberle devuelto ningún golpe a su contrincante, le dijo: “¡vea pa’ no le pegué uno solo, ni uno, porque usted es mi compa!”.

Intento decir que los jóvenes ven en su grupo una especie de familia, por eso, fueron a un balneario a celebrar como familia la consecución de un objetivo: la elaboración de la manta. No quiero decir con esta idea que estos miembros de la Banda sustituyen la familia nuclear por una sustituta³⁶. No. Estos jóvenes barristas no tienen relaciones tan problemáticas con sus familias biológicas, como sí las tienen otros grupos centroamericanos.

36 Como lo estableciera Mario Zúñiga para referirse a los vínculos problemáticos de expandilleros salvadoreños con sus familias biológicas y los nuevos vínculos que establecían con la “familia sustituta” (la pandilla), concluyendo que en estas subjetividades se da una sustitución de la familia por la pandilla (2009, pp. 307-308).

Los adherentes de la Banda crean lazos muy parecidos a los familiares, generando vínculos profundos, lo cual explica, en parte, por qué ellos deciden desplazarse, viajar, alentar y apoyar al Deportivo Saprissa dentro del colectivo juvenil; pero no sustituyen una familia por otra, simplemente, complementan los vínculos.

Los y las integrantes de la Garra, como ya lo he precisado en otras secciones de este libro, también generan este tipo de vínculos familiares. Así lo relata Claudio:

“(…) para mí en principio [la Garra] empezó como un pasatiempo que, di, ahí talvez la pasaba bien; iba y veía Heredia que me gustaba, pero después, di, ahí igual fue como convirtiendo en la vida de uno, talvez... muchas personas lo ven como una manera... ¿cómo lo puedo decir?, como tonta o no sé... pero para uno es... quizá mucha gente dice, ‘es que no, ahí no hay amigos, no hay...’, pero, di, yo la verdad, yo sí crecí con gente que talvez... di, hoy en día **casi que los considero como familia**, como le digo, para mí ser de La Garra es como, di... una familia aparte, otras personas que talvez... di, sí compartí mucho y entonces, di, para mí son como una familia aparte, importante en la vida de uno, sí ([entrevista a profundidad con Claudio](#), adherente de la Garra Herediana, realizada el 30 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia).

Cuando le pregunté a Eduardo qué significaba la Garra para él (antes de dimitir de su puesto), me contestó:

Una familia, un estilo de vida. Porque, a Claudio lo conozco desde el colegio, desde octavo del colegio y digamos, la amistad con él, con los papás de él, ha sido gigante, entonces siempre digamos, **nos categorizamos como familia**, a pesar de indiferencias entre peñas.

Yo puedo llegar a donde X persona y decir, oiga, vieras que no tengo plata para pagar la luz, por ejemplo, pum, ‘tenga’, ¿ya?, entre los mismos, porque siempre ha sido una amistad que son todos los domingos, porque digamos, hay días de reunión de peña, de la barra, ensayos de la murga, hay proyectos, bienes sociales, están, las previas, los asados, partidos, entonces, di, son cosas que entre semana usted prácticamente los va a ver todos los días, entonces ya es algo que llega a formarse, a formarse por tanto tiempo de estar juntos ([entrevista a profundidad con Eduardo](#), exlíder de la

Garra Herediana, realizada el 17 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia).

De nuevo: no es que la barra sustituya a la familia nuclear, más bien pareciera que el colectivo es un complemento que produce integración y cooperación a lo interno de las agrupaciones, a pesar de la *performance* del conflicto latente en ellas.

Quizás sería prudente ver a las barras organizadas de fútbol como una extensión -en este sentido de lo familiar- del sustrato social del cual proceden o, ¿es que acaso no hay amores, cariños, emociones, sensibilidades y también tensiones, discusiones y peleas a lo interno de la pluralidad de familias que existen en nuestra sociedad?

En este capítulo he intentado, a partir de material etnográfico, discutir una noción teórica, la cual, según mis interpretaciones, es institutiva de las hinchadas organizadas de fútbol, me refiero a la *performance* del conflicto: una dramatización exagerada de la tensión, la cual se vincula de manera estrecha con la descivilización (Elias, 1996 y Wacquant, 2010), pues esa violencia suele quedar en evidencia ante los ojos de las audiencias, aunque los/as jóvenes quieran ocultarla.

Esta *performance* del conflicto no solo apunta a una dimensión agresiva, en ella también existe cooperación, colaboración, maniobras políticas complejas, militancias, lealtades, amistades y nociones muy interesantes acerca de lo que ellos/as consideran como una familia complementaria. Quiero decir que las barras organizadas no se agotan en el espectáculo violento con que son percibidos por diversos sectores de la opinión pública. Sus regiones (frontal y posterior) nos permiten observar otras dinámicas, las cuales tienden a racionalizar el conflicto.

Una última cosa: las facetas antes descritas (*performance*, conflicto, intención de ocultar ciertas dimensiones, amistades, lealtades, emociones y la misma violencia) son parte consustancial de eso que entendemos como sociedad. No son comportamientos únicos de los colectivos adscritos al fútbol.

Es necesario pensar a estos jóvenes más allá de esa irracionalidad, porque un “objeto” que se irracionaliza es un “objeto” que no se piensa, con lo cual eludimos la infinita responsabilidad que tenemos de dar cuenta de esas prácticas plurales.

CONCLUSIONES

“Las cosas no se arreglan así”: un vuelo rasante con los/as descivilizados/as del conflicto



Un vuelo rasante con las hinchadas de fútbol

Durante un par de años (2000 al 2022) Jairo se encargó de las tareas de mantenimiento de mi casa y, en algunas ocasiones, de las casas de otros vecinos del barrio en donde vivo. Como he mencionado, mi vecindario queda cerca de su hogar, por lo cual, no le resultaba incómodo ser nuestro *handyman*: se encargaba de pintar varias casas, lavar los carros, hacer los jardines, hacer pequeñas obras de construcción, inclusive, se encargaba de limpiar los interiores y los ventanales altos de algunas viviendas (claro está, cuando sus convulsiones se lo permitían). Jairo, desde mediados de 2022, tiene trabajo formal en una ferretería, por lo cual, no continuó con sus labores en la comunidad.

La mañana del 6 de octubre del 2021, mientras lavaba mi carro, Jairo me comentó que se había metido en otra bronca. Esta vez no se trataba de ningún conflicto dentro de la Ultra (como el descrito más arriba con Patricio), pero sí en su barrio.

Semanas atrás de ese día de octubre, Jairo se encontraba lavando un auto de un conocido en las afueras de su casa, en un momento determinado, pasó un vecino en su vehículo personal. Por accidente, al estar utilizando la manguera, el joven ultra le echó agua al automotor; el vecino detuvo el automóvil y “enjachó” a Jairo, “tenga cuidado, pa’, me mojó el carro”. Mi amigo, siendo tan irascible como es, le respondió: “¡qué es la vara, playo, no ve que estoy lavando el carro, no jodás!”. “Diay, si quiere se tira pa’ afuera”, le contestó confrontativo el vecino. Jairo agarró la manguera y empapó el interior del vehículo... con todo y vecino adentro.

Jairo me comentó que el hombre, ni lerdo ni perezoso, se “tiró pa’ afuera”, acto seguido, “nos dimos de pichazos (golpes); ahí mismo, en la calle. Dos compas míos estaban viendo, pero como éramos uno contra uno, nos dejaron, porque así es la vara [así es el código de barrio, si hay dos que se están peleando y ninguno tiene una ventaja desmedida sobre el otro, nadie interviene]”.

Según Jairo, se revolcaron en la calle y se pegaron de igual a igual. Fuerte. Ninguno “echó pa’ atrás”. En determinado momento, el vecino le dijo unas palabras altisonantes a Jairo, este recogió un garrote del suelo para usarlo en contra de la otra humanidad. Inmediatamente, ahí sí, los compas de Jairo intervinieron, “No, no, suave mae, así no”. Los separaron. El vecino tomó la varilla de la gata (instrumento con que se levanta el carro para cambiar algún neumático ponchado) y quiso “ponérsela de corbata a Jairo”. Los compas observadores, dramatizando la posición de jueces, también lo impidieron y pararon la bronca. La cosa quedó ahí.

Días después de esta situación, Jairo me indicó que, estando en su casa, recibió una notificación del Poder Judicial de Costa Rica. El vecino lo había demandado por lesiones. Yo le pregunté: “mae, pero ¿cómo, no que se dieron tuanis [de tú a tú]”. “Sí, pero ese mae es un playazo [despectivo de homosexual]”, me dijo mi joven amigo, porque, “por qué va a salir con esa vara si nos dimos rico, ¡y sale con eso! Es un playo”.

Le dije que él tenía testigos, los compas que presenciaron la pelea y que podía incluirlos en la demanda para que pudieran dar su versión de los hechos. Jairo me dijo que no iba a hacer eso. Me decía que no veía bien pedirle a un compa que dejara de trabajar durante una tarde o una mañana por esa estupidez (porque tendrían que ir al juzgado a testificar), que “las cosas en el barrio **no se arreglan así**” y que ese mae (el vecino) es un maricón.

Conozco el barrio donde vive Jairo, he visto de cerca algunas de sus problemáticas y las vicisitudes que les corresponden vivir a todas las personas que residen ahí y, en este caso particular, al joven ultra. Existen códigos y estos deben de respetarse; pasarlos por alto significa degradación moral.

Esta anécdota resume la idea de la *performance* del conflicto que he venido tratando a lo largo del texto, pero agrega otra cosa: la importancia de observar de cerca y experimentar los códigos morales y las dinámicas que suceden en las vidas de las personas que nos ayudan a componer una síntesis explicativa.

En este escrito he hecho referencia sobre el tipo de códigos barriales manifestados en la historia de Jairo, que se utilizan para resolver los conflictos dentro de estos espacios, los cuales se hacen extensivos a las prácticas y dinámicas dentro de las hinchadas³⁷.

37 En las barras las tensiones no se resuelven acudiendo a la policía, incluso, en aquella anécdota que narré en el capítulo III sobre cierto roce de la Ultra Morada con la UIP (Unidad de

Lo que quiero decir es que, para conocer de cerca estas lógicas juveniles relacionadas con subjetividades y sustratos espaciales específicos, tuve que mirar de cerca las vivencias por las que estos jóvenes transitan, no solo al interior de sus hinchadas, sino, en sus demás espacios experienciales (barrio, familia, grupo de amigos, trabajo, etcétera).

Rosana Guber en su conferencia magistral virtual dictada el 6 de mayo de 2021 como parte de las actividades inaugurales del Centro de Investigaciones Antropológicas (CIAN), Escuela y Posgrado en Antropología de la Universidad de Costa Rica, empleaba la metáfora *vuelo rasante*, tomada de su experiencia etnográfica con los expilotos que estuvieron en la Guerra de las Malvinas (conflicto bélico entre Inglaterra y Argentina por las islas Malvinas o islas Falkland), a inicios de los años 80 del siglo pasado, para designar las operaciones militares que debían hacer esos excombatientes suramericanos para sortear con éxito los radares británicos, los cuales no podían detectar el movimiento de las aeronaves si estas viajaban rozando el mar; el peligro, decía Guber en aquella conferencia, es que ese *vuelo rasante* no se hacía sobre tierra firme, sino, sobre el mar y sus olas, ergo, era peligroso, pero les permitía a los pilotos atacar con éxito los blancos británicos.

La autora de *El Salvaje Metropolitano* (2008) y otras tantas obras de interés antropológico/etnográfico, decía a la audiencia que ese es el tipo de cercanía que debe realizar la antropología cuando hace etnografía: un *vuelo rasante* sobre aquello y aquellos que está intentando comprender; una cercanía así de íntima que le permita entender cómo es el oleaje -disparejo siempre- de la cultura abordada³⁸.

En este libro intenté hacer un “vuelo rasante” con varios integrantes de las barras organizadas de fútbol: un desarrollo experiencial que me posibilitara acercarme a los sentidos que estas personas (hinchas, hijos, padres, esposos, novios, novias, hermanos, trabajadores, estudiantes, etcétera) les dan a sus prácticas, muy especialmente, en sus concepciones sobre sus procesos organizacionales, estructurales y políticos.

Intervención Policial) y la GAO (Grupo de Apoyo Operacional), ningún ultra demandó a la policía, aunque, al parecer, podían hacerlo por el supuesto abuso de poder de las autoridades.

38 Esto, sin duda, tiene que ver con lo que la misma autora indica en su libro *Experiencia de Halcón*, cuando habla de *la experiencia* -noción nativa- la cual “se esgrime desde un mismo ser que ha vivido allá y acá en el tiempo y el espacio, atestiguando su presencia; haber estado allí, afirmando la novedad de un “saber vivido” en primera persona, y su atesoramiento como futura reliquia a la espera de ser valorada y reconocida” (2016, p. 37).

Una etnografía de 4 años supone desentrañar algunas dimensiones íntimas de los grupos, pero no la totalidad de estas. Es imposible. En los términos de Goffman, uno puede tener acceso “rápido” a la región frontal, pero es más lento acceder a la *trastienda* y, estando ahí, no es posible conocerla toda. El etnógrafo está preparado para conocer algunas cosas, para adentrarse en algunas circunstancias sociales profundas y lidiar con cierto *oleaje* cultural, pero no puede “conocer el todo” que implica una cultura, una sociedad, una comunidad o un grupo.

En esas circunstancias, este libro y su vuelo rasante ha permitido conocer algunas particularidades de las hinchadas de fútbol, no solo en Costa Rica, sino, en América Latina, desde una interpretación subjetiva como es cualquier tipo de interpretación. He realizado un acercamiento al “objeto” único, en un tiempo y espacio determinado, que me ha posibilitado dar cuenta de algunas prácticas culturales y sociales de estos sujetos, las cuales se encuentran vinculadas, sin ninguna duda con la sociedad en la cual encuentran su asidero. No puede ser de otra manera. Estos jóvenes son parte de nuestras sociedades latinoamericanas, no fueron concebidos en un planeta lejano.

La cara oculta de los descivilizados y su performance del conflicto

A lo largo de este libro he intentado explicar que las lógicas de sentido de las hinchadas tienen vetas de análisis que pueden ser abordadas; son agrupaciones con comportamientos racionales que tienden a ser irracionalizados por ciertos sectores sociales y en ciertos momentos específicos.

Así lo entiende Pablo Alabarces, quien afirma que, cada vez que surge un problema con las barras, inmediatamente asoma en la superficie “de las primeras planas” reactualizando cierta lógica desviada que recae sobre estos colectivos. Pero, señala el autor, “su tratamiento no excede los días en que el caso en cuestión se mantiene en agenda” para luego desaparecer de la cartografía mediática. “Durante esos días, predomina la reproducción del discurso dominante, expuesto como sentido común...”, el cual tiene que ver con la reproducción de metáforas biologicistas: “son cuerpos extraños que deben ser expulsados del cuerpo social (...)” (2013, p. 35).

Alabarces recalca:

(...) son sujetos animalizados *-bestias, animales salvajes-*. Estos repertorios estigmatizadores rematan, sin embargo, en una paradoja: porque la animalización y la biologización expulsan estos comportamientos del campo de lo racional, mientras que, como nuestro trabajo señaló más de una vez, los comportamientos de las hinchadas muestran organización y planificación, antes que brutal o instintivo espontaneísmo (ídem., p. 36).

En este sentido, he intentado -fundamentalmente en el capítulo I- dar cuenta de lógicas descivilizatorias que operan en los discursos mediáticos, los cuales se reproducen en otros sectores sociales (como lo demostré con la encuesta del IDESPO-UNA) que entienden a estos grupos como desviados; una categoría que es construida desde el seno de la sociedad, la cual es la que interpreta, controla y acusa qué es y qué no es desviado.

No estoy diciendo que estos grupos no reproduzcan comportamientos violentos, claro que lo hacen. Lo que objeto es la forma maniquea con la que se trata esa violencia, la cual es incluso separada de la violencia estructural y simbólica (Žižek, 2009) reproducida por la sociedad y, en especial, por sus grupos de poder. Somos constructores y reproductores de múltiples formas de violencia y agresión; la pregunta que surge es: ¿por qué pensamos que estas hinchadas deberían de funcionar diferente a como funciona una sociedad contradictoria, dispareja y desigual como la nuestra?

Pienso que descivilizar y caracterizar como desviados a ciertos grupos es una estrategia para responsabilizar a algunos sujetos por situaciones socioculturales y políticas que los exceden. Insisto en algo: si las hinchadas pertenecen a este mundo, tienen, por razones obvias, una relación con las formas en que ese mundo se ordena, se organiza y se estructura. Descivilizar o demonizar es culpar a otros por algo que es de todos y todas.

También he demostrado que las barras organizadas de fútbol reproducen, para sus audiencias, una región frontal, esto es, elementos que ellos y ellas quieren mostrar acerca de sus organizaciones, pero, a su vez, en una región posterior o *trastienda* actúan una serie de dramas que no quieren que sean vistos; aun así, hay momentos en que esa *trastienda* se les escapa y quedan en evidencia, como lo he demostrado en el capítulo II.

Estas agrupaciones no son estáticas. Evolucionan. Y en ese constante cambio su “cara oculta” (lo que ellos -al parecer- no quieren mostrar) queda

expuesta al escarnio público como ha sucedido múltiples veces en las que los medios de comunicación dan cuenta de estas facetas conflictivas.

Los cambios dentro de las hinchadas de fútbol, como en cualquier grupo social, desencadenan episodios de crisis que pueden volverse caóticos y generar tensiones que pueden ser difíciles de manejar. Así ha sucedido en la historia de las barras organizadas de nuestro país (investigaciones de otros y otras colegas latinoamericanos/as muestran un comportamiento similar, en otras hinchadas de la región), en donde se han dado conflictos que quedan expuestos ante las audiencias pero que a su vez -cosa que no tienen en consideración los diversos medios de comunicación- manifiestan algo: disputas por poder, cambios estructurales y políticos, desencuentros, alteraciones del “orden” instituido, subversiones, nuevos comienzos y generación de ideas diferentes de cómo son vividas y experimentadas las organizaciones desde adentro, desde sus propios adherentes.

La *performance* del conflicto -como lo he expuesto a lo largo del libro, pero, sobre todo, en el capítulo III- es institutiva de las relaciones y acciones que operacionalizan las barras organizadas: no puede existir hinchada sin una dramatización exagerada del conflicto y la tensión.

El punto es que la misma sociedad es así. Lo podemos ver en la vida cotidiana de nuestras instituciones y grupos sociales: las disputas a lo interno de las familias, las tensiones entre amigos, los conflictos entre parejas, las lógicas de poder entre miembros de las clases políticas de nuestros países, etcétera. Incluso, podemos verlo en las producciones culturales/informativas: novelas, “*TV shows*”, películas, series, los noticieros, entre otros.

Pienso que esta conflictividad latente en las barras organizadas y en la sociedad sirve para poder reproducir algo: en el caso de las hinchadas, esta dramatización exagerada de la tensión es el motor que posibilita el apoyo al club (“estamos enamorando de nuevo a la gente”; “somos el corazón de apoyo de la barra”, etcétera), parte fundamental de ser hincha. En el caso de la sociedad, este carácter performativo de la tensión sirve para dramatizar emociones como el amor, el cariño o el odio, sentimientos que unen, pero también separan.

No digo que la *performance* del conflicto sea condición *sine qua non* para cualquier situación, evidentemente, este estudio sobre barras organizadas de fútbol no puede ser tan pretencioso. Cada situación social tiene sus propias características que la hace única y, en ocasiones, irrepetible; pero, lo que sí quiero dejar claro es que el conflicto es una dimensión latente en

nuestras sociedades que, en ocasiones, suele expresarse de manera performativa y dramatizada, es decir, exagerada.

Las hinchadas son activas constructoras de eso que llamamos sociedad: sus manifestaciones políticas, culturales y sociales evidenciadas en este libro dan cuenta de ello. Son sujetos que actualizan ciertos criterios de lo que significa vivir en colectividad; sus sensibilidades podrán ser distintas a las de otros grupos, pero no hay duda de que son individuos que tienen algo que decir –aunque raras veces son escuchados– y que pueden aportar muchísimo al proceso de discusión y abordaje de sus propios conflictos; pero, además, pueden sumar, si se les mira y escucha con atención y profundidad, a las formas en que todas y todos producimos sociedad.

Observar con detenimiento a este tipo de grupos, nos puede arrojar explicaciones muy interesantes de cómo nos organizamos y vivimos como colectivo social; pero, ante todo: por qué la tensión y el conflicto son parte de las formas en las que decidimos vivir.

Fabricio, Claudio, Jairo y Orko, los cuatro casos con los que empecé cada apartado de este libro (además, por supuesto, de los/as otros/as hinchas mencionados/as), dan cuenta de una ambigua realidad: son sujetos, en gran medida, generados por una sociedad contradictoria, la cual, a su vez, los rechaza y los trata de descivilizados, sin detenerse en el conjunto de prácticas plurales que dan cuenta de los diversos sentidos que los caracteriza. Repito: no son demonios que andan esparciendo el mal en el “saludable” contexto social en que vivimos. Las barras organizadas de fútbol en Costa Rica y en América Latina no solo hablan de ellas mismas, hablan también de la sociedad que las produce.

Podemos mirar de frente a Jairo, personaje del cual extraje varias anécdotas a lo largo del libro, una de las cuales me sirvió para iniciar este apartado de conclusiones, y lanzar la pregunta: ¿qué hace posible que un joven costarricense hincha, hijo, sobrino, tío, hermano, trabajador y bachiller en educación media, no tuviese, durante gran parte de su vida, garantizada su manutención diaria, menos aún su seguridad social (acceso a la salud), es decir, derechos humanos indispensables para todas las personas del mundo?

Quizás esta interpelación nos haga entender su furia.

BIBLIOGRAFÍA

- Abarca, Humberto y Mauricio Sepúlveda. (2005). "Barras bravas, pasión guerrera. Territorio, masculinidad y violencia en el fútbol chileno". En: *Jóvenes sin tregua. Cultura y políticas de la violencia*. Francisco Ferrándiz y Carles Feixa (Eds). España, Anthropos, pp. 145-169.
- Alabarces, Pablo. (2002). *Fútbol y patria. El fútbol en las narrativas de la nación en la Argentina*. Prometeo, Buenos Aires.
- Alabarces, Pablo. (2013). "La violencia, la academia y el fracaso". En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 21-38.
- Ajanel López, Esdras Saúl. (2014). Estudio criminológico sobre la violencia en los estadios de la Liga Mayor de Fútbol en Guatemala. Tesis para obtener por el grado académico de licenciado en Ciencias Jurídicas y Sociales. Universidad Rafael Landívar, Quetzaltenango, Guatemala.
- Aponte, David, Pinzón, Diana, y Vargas, Andrés. (2009). *Barras de fútbol, juventud y conflictos: Mapeo en la localidad de Kennedy (Bogotá) (2000-2008)*. Colombia: Centro de Recursos para el Análisis de Conflictos (CERAC).
- Aragón, Silvio. (2014). "Neoliberalismo, construcción de nuevas subjetividades y violencia en el contexto del fútbol argentino actual". En *Esporte e sociedade*, año 9, nº 24, pp. 1-14.
- Aragón, Silvio. (2009). "Perdiste..." Interpretaciones sociales sobre los derechos humanos, en el contexto del fenómeno de la violencia en el fútbol. *Razón y Palabra*, 14(69). Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx>

- Arboccó de los Heros, Manuel y Jorge O'Brien Arboccó. (2013). Barras bravas y tiempos bravos: violencia en el fútbol peruano. *Revista Av. Psicol*, n. 21, pp. 155-166.
- Argumosa, Corey. (2013). La violencia en el fútbol: el caso de América Latina (Tesis de grado). Claremont Mckenna College. Recuperado de: http://scholarship.claremont.edu/cmc_theses/856.
- Barruecos, Luis A. (2009). "H. Max Gluckman, las teorías antropológicas sobre el conflicto y la escuela de Manchester". *El Cotidiano*, núm. 153, enero-febrero, 2009, pp. 97-113 En: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32515314>
- En: <https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=32515314>
- Becker, Howard. (2012). *Outsiders. Hacia una sociología de la desviación*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Benjamín, Walter. (1940). *Sobre el concepto de historia*. En: <https://conversacionsobrehistoria.info/2018/09/23/walter-benjamin-sobre-el-concepto-de-historia-1940/>
- Bolaños, Diego, y Hleap, José. (2007). "Tradiciones y pasiones en la socialidad": Sistematización de la formación y conformación de la barra popular Barón Rojo Sur -BRS- seguidora del equipo de fútbol América de la ciudad de Santiago de Cali. *Educación física y deporte*, 26(1), pp. 121-131.
- Borges, Jorge Luis. (1969). "El etnógrafo". En *Elogio de la sombra*. Tomado de: <http://investigacionsocial sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/103/2013/09/El-etnografo.pdf>. Búsqueda: 17 de abril de 2021.
- Bourgois, Philippe. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Buarque de Hollanda, Bernardo. (2015). "Torcidas organizadas no Brasil: Um olhar histórico (anos 1960-1980)" Ponencia presentada en el XXX Congreso Latinoamericano de Sociología (ALAS), San José, Costa Rica, pp. 1-10.
- Buarque de Hollanda, Bernardo y Plinio Labriola. (2015). *Os gaviões da fiel. Ensaios e etnografias de uma torcida organizada de futebol*. Editorial 7Letras, Rio de Janeiro.

- Buarque de Hollanda, Bernardo; Teixeira, Rosana da Câmara. (2017). “Asociativismo juvenil e mediação política: as torcidas organizadas de futebol no Brasil e a construção de suas arenas públicas através da FTORJ e ANATORG”. *Revista Antropolítica*, n. 42, Niterói, pp. 236-264, 1. sem. ISSN: 2179-7331.
- Bundio, Juan. (2013). Redes negativas: el pequeño mundo de las hinchadas de fútbol. *REDES*, 24(2), pp. 109-134.
- Cabrera, Nicolás. (2013). “De corporalidades masculinas, aguantadoras y populares. Violencia, identidad y poder en la hinchada del Club Atlético Belgrano de Córdoba”. En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*; José Garriga Zucal (comp.). Buenos Aires, EGodot, pp. 127-153.
- Cañón, Luz. (2012). Capítulo Cuarto: Barras de fútbol y violencia en la Escuela (S.R).
- Carrión, Fernando. (2011). Fútbol y violencia: Las razones de una sin razón. *Revista Polemika*, 7, pp. 42-51.
- Castaño, Guillermo, Sandra Restrepo y Nicolás Uribe. (2014). “Agresividad, consumo de drogas y “barras bravas” en el fútbol”. *Revista Virtual Universidad Católica del Norte* (41), pp. 79-95. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=194229980008>
- Celestino, Teresa. (2009). Globalización y origen de las barras La Adicción y Los Libres y Lokos. *Razón y Palabra*, 14(69), pp. 1-31. Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx>
- Clavijo, Jairo. (2004). Estudio de barras de fútbol de Bogotá: los Comandos Azules. *Universitas Humanística*, 31(58), pp. 43-59. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=79105804>
- Clifford, James. (1999). *Itinerarios transculturales*. España. Gedisa.
- Cornejo, M. (2014). Las barras en el fútbol chileno: fenómeno social o violencia implícita. *Esporte e Sociedade*, año 9, núm. 24, pp. 1-22.
- Coulon, Alain. (2005). *La etnometodología*. Tercera edición. Madrid. Cátedra.
- Czesli, Federico. (2013). “Apuntes sobre la identidad de la hinchada de Platense”. En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 95-125.

- Castro, John. (2013). El aguante en una barra brava: apuntes para la construcción de su identidad. *Folios*, (38), pp. 167-184. Recuperado de: <http://redalyc.org/articulo.oa?id=345932041012>
- Castro, John. (2010). Etnografía de hinchadas en el fútbol: una revisión bibliográfica. *Haguaré* (24), pp. 131-156.
- Castro, Raúl. (1994). “No pedimos ni damos tregua: barras de fútbol y violencia en el estadio”. En: *Anthropológica*, n. 12, pp. 161-178.
- De Toledo, Luiz Henrique. (2013). “Hinchadas como política en el Brasil Pos-Dictadura”. En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 208- 251.
- Díaz, Rodrigo. (2014). *Los lugares de lo político, los desplazamientos del símbolo. Poder y simbolismo en la obra de Victor W. Turner*. Gedisa, México.
- Díaz, Rodrigo. (1998). *Archipiélago de rituales. Teorías antropológicas del ritual*. México. Editorial Anthropos.
- Elias, Norbert y Eric Dunning. (1996). *Deporte y ocio en el proceso de la civilización*. Fondo de Cultura Económica, México.
- Erriest, María y Ullman, María. (2010). Fútbol, seguridad ciudadana y derechos humanos. Algunas consideraciones para su debate. *Revista Crítica de Ciencias Sociales y Jurídicas*, 28, pp. 1-28.
- Fadori, Marcelo; Nicolás Cabrera y Gisele Schwartz. (2014). “Apuntes de un estudio comparativo entre torcidas organizadas e hinchadas”. En: *Movimiento 20*, Porto Alegre, pp. 163-176.
- Fernández, Federico. (2004). Fútbol, relaciones asimétricas y poder: los vínculos entre dirigentes, referentes políticos y barra brava. El caso de los talleres de perico (Jujuy-Argentina). *Revista de Ciencias Sociales (CI)*, (14), pp. 95-111. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70801408>
- Foucault, Michel. (2009). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Siglo XXI, México.

- Foucault, Michel. (2010). *Las palabras y las cosas. Una arqueología de las ciencias humanas*. México. Siglo XXI.
- Freud, Sigmund. (2000). *El malestar en la cultura*. Alianza Editorial, España.
- Galdámez, Catalina y Rodrigo Morales. (2016). “Centroamérica: perspectivas económicas, políticas y sociales para 2016”. Información recuperada del sitio: <https://mx.boell.org/es/2016/03/23/centroamerica-perspectivas-economicas-politicas-y-sociales-para-2016>. Revisión: 6 de junio de 2019.
- García, Gabriela. (2009). *Jóvenes, identidad y fútbol: Las barras bravas en los estadios de Quito*. (Tesis para optar por el grado de Máster en Ciencias Sociales con mención en Comunicación). FLACSO.
- Garriga, José. (2016). Del “correctivo” al “aguante”. Análisis comparativo de las acciones violentas de policías y “barras bravas”. *Runa*, 37(1), pp. 39-52.
- Garriga, José. (2015). *El inadmisibile encanto de la violencia. Policías y barras en una comparación antropológica*. Cazador de tormentas, Buenos Aires.
- Garriga, José. (2014). *Haciendo amigos a las piñas. Violencia y redes sociales de una hinchada de fútbol*. Prometeo Libros, Buenos Aires.
- Geary, Mónica. (2017). Las barras bravas centroamericanas y la violencia masculina. Informe de investigación. Fundación Justicia y Género. San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica.
- Geertz, Clifford. (1989). *La interpretación de las culturas*. Gedisa, Madrid.
- George, Marcus. (2001). “Etnografía en/del sistema mundo. El surgimiento de la antropología multilocal”. En: *Alteridades*, julio-diciembre, año/vol. 11. Núm. 22. Universidad Autónoma Metropolitana, Iztapalapa, México, pp. 111-127.
- Gherzi, Enrique. (2003). Barras bravas: Teoría económica y fútbol. *Estudios Públicos*, n. 90, pp. 29-45.

- Gil, Gastón. (2008). Criminalización, arbitrariedad y doble militancia. La policía y violencia en el fútbol argentino. *Revista de Estudios Sociales* (31), pp. 132-145.
- Gluckman, Max. (2003). “Análisis de una situación social en Zululandia Moderna”. En: https://www.ciesas.edu.mx/publicaciones/clasicos/Articulos_CCA/031_GLUCKMAN_Analisis_de_una_situacion.pdf. Traducción de Rocío Gil y José Luis Lezama, revisada por Roberto Varela. Versión castellana tomada de: *Bricolage*, año 1, núm. 1, pp. 34-49. Versión en inglés: “Analysis of a social situation in modern Zululand”, en *Rodhes-Livingstone Paper*, núm. 28, Manchester University Press, Manchester, 1958.
- Gluckman, Max. (2009). *Costumbre y conflicto en África*. Fondo Editorial Universidad de Ciencias y Humanidades, Perú. Título original: *Custom and conflict in Africa*, Oxford University Press, Oxford, 1955.
- Goffman, Erving. (1959). “Las regiones y la conducta”. En: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*. Buenos Aires. Amorrortu, pp. 117-151.
- Goffman, Erving. (1970). *Ritual de la interacción*. Editorial Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires.
- Guber, Rosana. (2008). *El salvaje metropolitano. Reconstrucción del conocimiento social en el trabajo de campo*. Argentina. Paidós.
- Guber, Rosana. (2014). “Introducción”. *Prácticas etnográficas. Ejercicios de reflexividad de antropólogas en campo*. Buenos Aires. Miño y Dávila Editores.
- Guber, Rosana. (2016). *Experiencia de Halcón. Los escuadrones de la Fuerza Aérea Argentina que pusieron en jaque a la flota británica en Malvinas*. Buenos Aires, Sudamericana.
- Hermitte, Esther. (2002). “La observación por medio de la participación”. En S. E. Visacovsky y R. Guber (comps.). *Historia y estilos del trabajo de campo en Argentina*. Buenos Aires, Antropofagia.
- Huizinga, J. (2007). *Homo ludens*. Alianza, Buenos Aires.
- IEEPP (Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas). (2017). *Generaciones para la paz. Juventudes, diálogo y propuestas para Centroamérica*. 1ª Edición. IEEPP, Managua. 64 p.

- IDESPO. (2019). *Percepción de la población costarricense sobre fútbol y barras, 2018*. Informe de investigación. Onésimo Rodríguez (coordinador). IDESP-UNA, Heredia.
- Interpeace. (2014). *Barras por la paz*. Guatemala, Interpeace.
- Korsbaek, Leif. (2009). "Introducción". En: *Crimen y costumbre en África*. Max Gluckman. *Costumbre y conflicto en África*. Fondo Editorial Universidad de Ciencias y Humanidades, Perú. Título original: *Custom and conflict in Africa*, Oxford University Press, Oxford, 1955, pp. 9-27.
- Korsbaek, Leif. (2018). "Max Gluckman, el funcionalismo y el estructural-funcionalismo". *Boletín de Antropología*, Universidad de Antioquia, Medellín. Vol. 33, Núm. 56, julio-diciembre, pp. 205-225.
- Krotz, Esteban. (2002). *La otredad cultural entre la utopía y la ciencia. Un estudio sobre el origen, el desarrollo y la reorientación de la antropología*. México. Fondo de Cultura Económica y Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Iztapalapa.
- Kuper, Adam. (1973). *Antropología y antropólogos. La Escuela Británica (1922-1972)*. Editorial Anagrama, Barcelona.
- Lopes, Felipe. (2010). Torcidas organizadas do futebol brasileiro: singularidades e semelhanças com outros grupos de torcedores da América do Sul e da Europa Revista Espaço Acadêmico 9 (104), pp. 75-83.
- Lopes, Felipe. (2013). Dimensões ideológicas do debate público acerca da violência no futebol brasileiro. Revista Brasileira de Educação Física e Esporte 27 (4), pp. 597-612.
- Lube Guizardi, Lube. (2012). "Conflicto, equilibrio y cambio social en la obra de Max Gluckman". *Papeles del CEIC # 88*, septiembre 2012. En: <https://addi.ehu.es/bitstream/handle/10810/41624/12465-45907-1-PB.pdf?sequence=1&isAllowed=y>
- Magazine, Roger, y Fernández, Sergio. (2014). Transformaciones en la organización de la afición futbolística en México: El surgimiento, territorialización y criminalización de las barras (1995-2014). *Esportae e Sociedade*, Rio de Janeiro, año 9, núm. 24, pp. 1-16.
- Magazine, Roger, y Fernández, Sergio. (2013). "La afición futbolística y la violencia en México: 1995 a 2012". En: *Violencia en el fútbol*.

- Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 184- 207.
- Malinowski, Bronislaw. (1932). *Los Argonautas del Pacífico Occidental*. Londres, George Routledge.
- Martínez, Nina y Calderón Nelly. (2009). Barra Perra Brava: ¡Yo le voy al Toluca, aunque gane! Identidad y usos de la comunicación. *Razón y Palabra*, 14(69). Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx>
- Mateus, Geral y Mahecha, Viviana. (2002). “Hacia una interpretación etnográfica de una barra de fútbol”. *Folios*, (16).
- Morales, José. (2009). Barra, barrios y poder en “La Komún” (Equipo de fútbol del Santos Laguna). *Razón y Palabra*, 14(69). Recuperado de: <http://www.razonypalabra.org.mx>
- Moreira, Verónica. (2013). “Así cualquiera tiene aguante, de fierro tiene aguante todo el mundo’. Disputas morales sobre las prácticas violentas en el fútbol”. En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 41-67.
- Moreira, Verónica. (2008). “Buenos luchadores y grandes hombres”: Poder y política de una hinchada de fútbol en Argentina. *Questión*, 1(17).
- Obregón, Osvaldo. (1982). “El “clásico universitario” chileno un caso singular de teatro de masas”. En: *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, n. 1, pp. 67-80.
- Ortega, Mario. (2008). “Fútbol, barras y violencia”. En: Cantero, Luis, Medina, Xavier, y Sánchez, Ricardo (Coord.): *Actualidad en el deporte: investigación y aplicación*. España: Donostia, pp. 51-65.
- Ortiz, Renato. (1998). “Diversidad cultural y cosmopolitismo”. En: *Nueva sociedad*. No. 155. Mayo-junio, pp. 23-36.
- Panfichi, Aldo y Jorge Thieroldt. (2016). “Clubes y barras: Alianza Lima y Universitario de Deportes revisitada. La transformación de la identidad futbolística en Perú”. En: *Ese gol existe. Una Mirada al Perú a través del fútbol*. Aldo Panfichi, editor. Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, Perú.

- Panfichi, Aldo y Jorge Thieroldt. (2008). Clubes y barras: Alianza Lima y Universitario de Deportes. *Esporte e Sociedade*, Rio de Janeiro, año 9, núm. 24, pp. 1-16.
- Parada Dueñas, Francisco. (2013). Barras Bravas: Tensiones y convergencia desde una perspectiva híbrida. *Revista de Ciencias Sociales*, n. 31. Universidad Arturo Prat, Tarapacá, Chile, pp. 61-85.
- Programa Estado de la Nación en Desarrollo Humano Sostenible. (2016). *Quinto informe Estado de la Región en Desarrollo Humano Sostenible/PEN CONARE*. 5ª. edición. PEN, San José, Costa Rica. 452 p.
- Ramírez, Jacques y Juan Serrano. (2014). Hinchas, territorios y violencia en el fútbol ecuatoriano. *Esporte e Sociedade*, Rio de Janeiro, año 9, núm. 24.
- Recasens, Andrés. (1999). *Diagnóstico Antropológico de las Barras Bravas y de la Violencia Ligada al Fútbol* (segunda edición). Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile.
- Rodelo, Jesús y Wendy Armienta. (2009). “El Escuadrón Aurinegro: Identidad y representaciones en una barra de fútbol (Equipo Dorados de Sinaloa)”. En: *Razón y Palabra*, 14(69), pp. 1-17.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2023). “Central America’s Soccer Fan Groups”. In: *Football supporters’ groups in Europe and Americas: culture, violence and politics in the 21st century*. Palgrave-Macmillan, Londres. https://link.springer.com/chapter/10.1007/978-3-031-06473-9_13
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2019a). “Pandillas, cuadrillas y barras de fútbol: prácticas plurales de la juventud”. En: *Rev. Rupturas*, 8 (2), julio-diciembre, pp. 101-120.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2019b). “La ‘previa’ y ‘la salida’: ¿prácticas rituales en La Ultra Morada?” En: *Discriminaciones socioculturales globales. Entre el fútbol y la política*. Willy Acosta (Editor). Heredia, CLACSO, IDESPO, Universidad Nacional, pp. 167-191.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2018). “Pandillas, cuadrillas y barras de fútbol: prácticas plurales de la juventud”. *Revista Rupturas*, 8 (2). Julio-diciembre, pp. 101-120.

- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2017). *Aquí está todo: ratas, evolución y honor. Cuadrillas juveniles y barrio en Costa Rica*. San José. Editorial Arlequín.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2014a). “De sur a norte: barrio y clase en la Ultra Morada” en *Revista Reflexiones*, número 93, vol. 1. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, pp. 9-18.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2014b). “Poder y conflicto en una barra de fútbol: el caso de la Ultra Morada” en *Esporte e sociedade*, año 9, n° 24, septiembre, Núcleo de Estudos e Pesquisas sobre Esporte e Sociedade, Sao Paulo, pp. 1-20.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2007a). “Barras futbolísticas y simbología: el graffiti en la Ultra Morada” en *Revista Reflexiones*, número 86, volumen 1, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Costa Rica, pp. 29-43.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2007b). “Rituales en La Ultra Morada: la máscara de la pertenencia”. En *Revista Centroamericana de Ciencias Sociales*, vol. IV, núm. 1, FLACSO, San José, pp. 209-252.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2006). *Entre cánticos y graderías: la construcción de un colectivo juvenil del ámbito futbolístico en Costa Rica. El caso de La Ultra Morada*. Tesis de Maestría. Universidad de Costa Rica, San José.
- Rodríguez Aguilar, Onésimo. (2005). “Un acercamiento a la construcción de un colectivo juvenil inscrito en el marco del fútbol nacional: La Ultra Morada”, en *Cuadernos de Ciencias Sociales. Culturas Juveniles. Teoría, historia y casos*. N.º 136. Mario Zúñiga (comp.), Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), San José, pp. 41-58.
- Rodríguez, Onésimo; Diego Soto y Cindy Zúñiga. (2019). “Barras/hinchadas de fútbol en América Latina. Un estado de la situación”. En *Prensa. Revista Recorde*, Rio de Janeiro, Brasil.
- Romero, Edilberto. (2015). *Las Barras en Honduras: entre el fanatismo y la criminalización de las agrupaciones juveniles*.
- San Martín, Ítalo. (2013). “Plan estadio seguro: Plan estadio seguro: Una intervención biopolítica a las barras del fútbol. *Revista de Ciencias*

- Sociales* (CI), (31), pp. 111-124. Recuperado de: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=70829847007>.
- Segura Trejo, Fernando. (2013). Ritualización y mercantilización de la violencia en el fútbol: Elementos comunes y diferencias entre las barras de Argentina y México. México DF, México: Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).
- Suyapa, Zoila. (2013). Resiliencia educativa de estudiantes ante los riesgos sociales generados por las barras juveniles de fútbol en Honduras. *Paradigma*, (34), pp. 9-69.
- Taddei, Renzo. (2016). La invención de la violencia (de las hinchadas de Buenos Aires). *Antípoda*, (24), pp. 15-33.
- Teixeira, Rosana da Câmara. (2018). “A Associação Nacional das Torcidas Organizadas do Brasil na arena pública: desafios de um movimento coletivo”. Bogotá, *Antípoda. Revista de Antropología y Arqueología*, 30. pp. 111-128. <https://dx.doi.org/10.7440/antipoda30.2018.06>
- Turner, Víctor. (1987). *The Anthropology of Performance*, Nueva York, PAJ Publications, pp. 103-144.
- Turner, Víctor. (1988). *El proceso ritual*. Taurus, Madrid.
- Uribe, Nicolás y Castaño, Guillermo. (2014). Barras de fútbol, consumo de drogas y violencia. *Psicología desde el Caribe*, 31(2), pp. 243-279.
- Valenzuela, José Manuel. (2009). *El futuro ya fue. Socioantropología de l@s jóvenes en la modernidad*. Tijuana, México: Colegio de la Frontera Norte.
- Villanueva, Alejandro. (2014). “Entre la zanahoria, el garrote, la estigmatización y el abandono de las hinchadas en Colombia”. *Esporte e Sociedade*, Rio de Janeiro, año 9, núm. 24, pp. 1-14.
- Villanueva Bustos, Alejandro y Nelson Fabián Rodríguez. (2013). “Aspectos legales, jurídicos y normativos sobre las barras futboleras en Bogotá y Colombia”. En: *Violencia en el fútbol. Investigaciones sociales y fracasos políticos*, José Garriga Zucal (comp.). EGodot, Buenos Aires, pp. 252- 264.

- Viquez, David. (2006). *Juventud, barras de fútbol e identidad social*. Tesis para optar por el grado de Licenciatura en Psicología. Ciudad Universitaria Rodrigo Facio, San Pedro de Montes de Oca, Costa Rica.
- Yunez, Leila. (2012). Las barras bravas y las representaciones sociales en el caso de estudio del FRV pasión de un pueblo representada en un equipo (Tesis de grado para optar por el título de Politología con concentración en Relaciones Internacionales). Santiago de Cali.
- Wacquant, Löic. (2010). *Las dos caras de un gueto. Ensayos sobre marginalización y penalización*. Siglo XXI, Buenos Aires.
- Žižek, Slavoj. (2009). *Sobre la violencia. Seis reflexiones marginales*. Paidós, Barcelona.
- Zúñiga Núñez, Mario. (2009). “Las dos familias: la sustitución de las relaciones primarias en tres relatos de vida de miembros de pandillas salvadoreñas”. En: *Revista Digital* de la Maestría en Ciencias Penales, N° 1. Universidad de Costa Rica. <http://revistas.ucr.ac.cr/index.php/RDMCP/article/viewFile/12634/11890>. Pp 307-356. Fecha de revisión: mayo 19 de 2017.
- Zúñiga, Núñez Mario. (2016). “Practicar la juventud en la Centroamérica contemporánea: una propuesta”. Lección inaugural del II semestre de 2016, dictada en la Sede del Atlántico de la Universidad de Costa Rica. Texto inédito.

Noticias en medios de comunicación

- Alfaro, José Pablo. (2020). “La sangre corre entre la Ultra Morada”. En: *La Nación*. Ver en: <https://www.nacion.com/puro-deporte/futbol-nacional/la-sangre-corre-entre-la-ultra-morada/UT7HRWOO2RBKFKHQBEZBNNNF6U/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.
- Am Prensa (Redacción). (2017). “300 pandilleros secuestran pasión por el fútbol y seguridad en estadio”. Ver en: <https://amprensa>.

[com/2017/08/300-pandilleros-secuestran-pasion-futbol-seguridad-estadios/](https://www.teletica.com/deportivo-sapriisa/veto-de-la-ultra-violencia-en-clasico-fue-la-gota-que-rebalso-el-vaso-segun-juan-carlos-rojas_249001). Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Araya, José Fernando. (2020). “Veto de la Ultra: Violencia en clásico fue ‘la gota que rebalsó el vaso’, según Juan Carlos Rojas”. Ver en: https://www.teletica.com/deportivo-sapriisa/veto-de-la-ultra-violencia-en-clasico-fue-la-gota-que-rebalso-el-vaso-segun-juan-carlos-rojas_249001. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Brenes, Cristian. (2017). “Fiscalía pedirá un año de prisión preventiva para dos de los agresores de aficionado de Cartaginés”. Ver en: <https://www.nacion.com/puro-deporte/futbol-nacional/fiscalia-pedira-un-ano-de-prision-preventiva-para-dos-de-los-agresores-de-aficionado-de-cartagines/XJBYELKS2VF6ZKTXGNZ56PFNVE/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Durán, John. (2014). “El País de España compara a las barras bravas de Costa Rica con las maras de Centroamérica”. Ver en: <https://www.nacion.com/puro-deporte/futbol-nacional/el-pais-de-espana-compara-a-las-barras-bravas-de-costa-rica-con-las-maras-de-centroamerica/GXJY2OGK2ZARXI6UY7Z2SKNFCI/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Marín, Douglas. (2014). “Violencia en el fútbol de Costa Rica; muchos responsables y pocas soluciones”. En: *La Información*. Ver en: https://www.lainformacion.com/deporte/violencia-en-el-futbol-de-costa-rica-muchos-responsables-y-pocas-soluciones_glKkZlPykbnMSXdkSQVKj/. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Marín, Douglas. (2017). “Las barras bravas del fútbol, un eterno problema sin solución en Costa Rica”. En: *La Vanguardia*. Ver en: <https://www.lavanguardia.com/deportes/20170830/43926518338/las-barras-bravas-del-futbol-un-eterno-problema-sin-solucion-en-costa-rica.html>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

La Nación (Editorial). (2017). “Brutalidad en el deporte”. En: *La Nación*. Ver en: <https://www.nacion.com/opinion/editorial/brutalidad-en-el-deporte/266TEDXIQZFU3FGKLEYFO2U52Q/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.

- La Prensa Libre (Redacción). (2017). “Violencia en fútbol de Costa Rica casi le cuesta la vida a un aficionado de Cartaginés”. En: *Diario La Prensa Libre* (Guatemala). Ver en: <https://www.prensalibre.com/deportes/futbol-internacional/violencia-en-futbol-de-costa-rica-casi-le-cuesta-la-vida-a-un-aficionado/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.
- La Teja (Redacción). (2020). “La Ultra ensucia el clásico”. En: *Diario La Teja*. Ver en: <https://www.lateja.cr/deportes/fotos-la-ultra-ensucia-el-clasico/VOVU7LPQPRDLFPY3HBIJRQP63E/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.
- Quesada, Eliseo. (2017). “Hereditario veta a hinchas que agredieron a aficionado cartaginés”. En: *La Nación*. Ver en: <https://www.nacion.com/puro-deporte/futbol-nacional/hereditario-veta-a-hinchas-que-agredieron-a-aficionado-cartagines/AIVNLZ6LSBFLPDFT4H7T2VCHEY/story/>. Búsqueda: abril-mayo de 2020.
- Solano, Jeison. (2017). “Bochornoso: Brutal agresión a aficionados en pelea de barras en Costa Rica”. En: *Diario Diez Centroamérica*. Ver en: <https://www.diez.hn/centroamerica/1102789-498/bochornoso-brutal-agresi%C3%B3n-a-aficionados-en-pelea-de-barras-en-costa-rica>. Búsqueda abril-mayo de 2020.
- Solano, Johel. (2018). “Mono, exlíder de la Ultra fue condenado a 25 años de prisión”. Tomado de <https://www.crhoy.com/nacionales/mono-exlider-de-la-ultra-fue-condenado-a-25-anos-de-prision/>. Revisión: 23 de julio de 2019.
- Umaña, Johan. (2013). “Sapriisa le jala el aire a la Ultra y le cierra la puerta este domingo”. En: *La Nación*, Costa Rica. Sección: Fútbol Nacional. Ver en: <https://www.nacion.com/puro-deporte/futbol-nacional/sapriisa-le-jala-el-aire-a-la-ultra-y-le-cierra-la-puerta-este-domingo/U6Y5NILDYVCI5FATUENHV6PZA4/story/>. Búsqueda: 1° de agosto de 2019.
- Vargas, Gaby. (2020). “Te cuidado con lo que deseas”. Ver en: <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/gaby-vargas/ten-cuidado-con-lo-que-deseas>
- Villalobos, Paulo. (2017). “Al menos 13 eventos de violencia requirieron intervención policial en Cartago por juego ante Heredia”. Ver en: <https://www.ameliarueda.com/nota/>

[fuerza-publica-intervino-13-eventos-cartago-dial-partido-herediano](#).
Búsqueda: abril-mayo de 2020.

Wilde, Óscar. (2020). “Ten cuidado con lo que deseas” por Gaby Vargas. *El Universal*, México. Sección Opinión. Ver en: <https://www.eluniversal.com.mx/opinion/gaby-vargas/ten-cuidado-con-lo-que-deseas>

Entrevistas

Entrevista a profundidad con “Eduardo”, exlíder de la Garra Herediana, realizada el 17 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia.

Entrevista a profundidad con “Claudio”, adherente de la Garra Herediana, realizada el 30 de mayo de 2019, en la ciudad de Heredia.

Entrevista a profundidad con “César”, líder de la Garra Herediana, realizada el 8 de junio de 2019, en la ciudad de San Rafael de Heredia.

Entrevista a profundidad con “Carlitos”, líder de Los del Sur de la Garra Herediana, realizada el 26 de agosto de 2019, en la ciudad de Heredia.

Entrevista a profundidad con funcionario de la gerencia del Club Sport Herediano, realizada el 6 de noviembre de 2019, en la ciudad de Heredia.

Entrevista con Tais, integrante de la Ultra Morada, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021.

Entrevista con Artemisa, integrante de la Garra Herediana, realizada vía *WhatsApp* el 28 de mayo de 2021.



PUBLICACIONES
UNIVERSIDAD NACIONAL

Este libro fue diseñado e impreso en el 2023 en el Programa de Publicaciones e Impresiones de la Universidad Nacional, consta de un tiraje de 200 ejemplares en papel editorial y cartulina barnizable y una versión en PDF Interactivo para lectura en dispositivos electrónicos.

xxxx-P.UNA